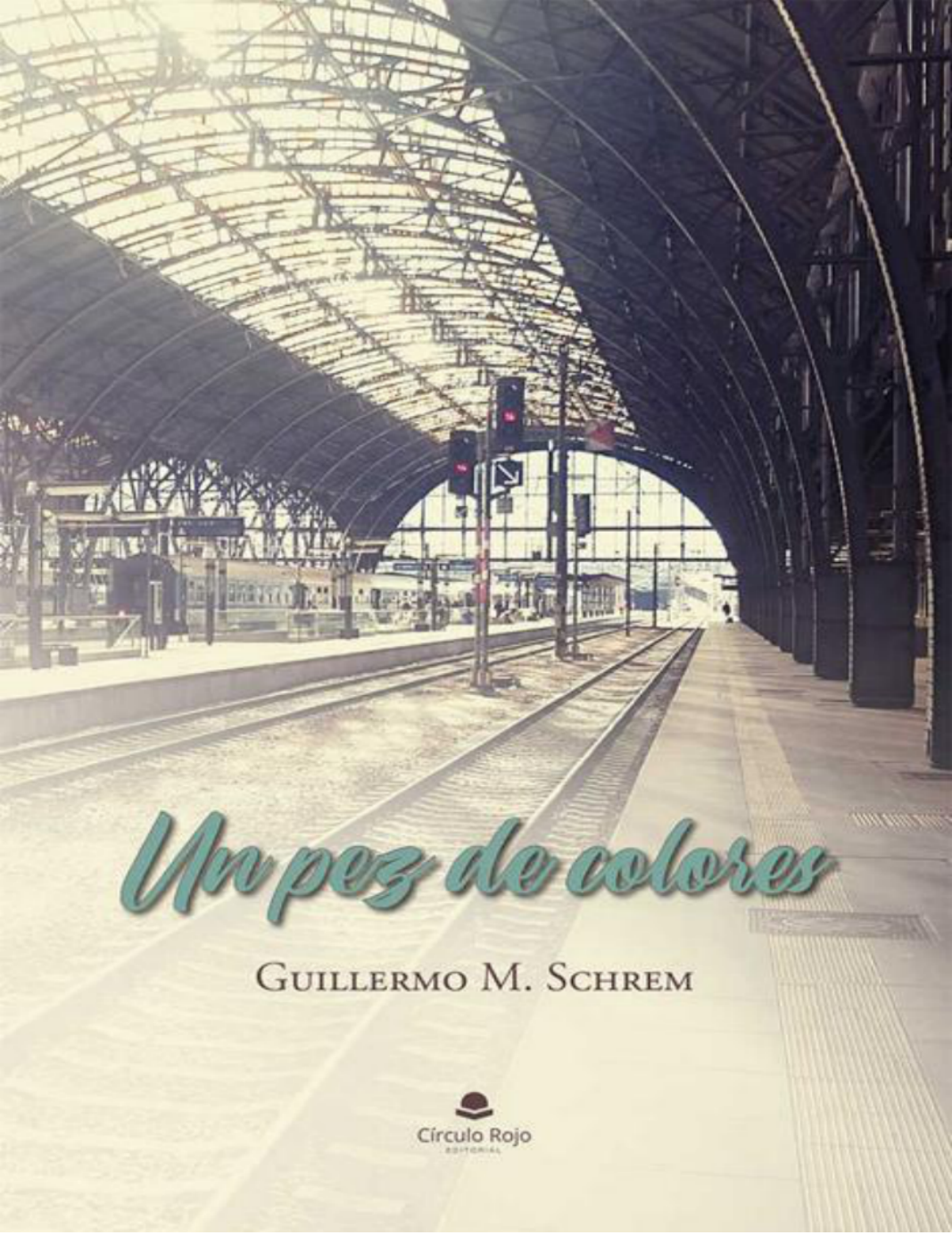

Un pez de colores

Guillermo M. Schrem

Círculo Rojo
EDITORIAL

Un pez de colores

Guillermo M. Schrem

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: junio de 2021

ISBN: 978-84-1104-681-7

© Del texto: Guillermo M. Schrem
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Fotografía de cubierta: depositphotos.com
Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

Yo he crecido cerca de las vías y por eso sé
que la tristeza y la alegría viajan en un mismo tren.

Adolfo Fito Cabrales

Primera jornada

El tren no llegó con cuatro horas de retraso, pero yo sí. Aunque debo decir que la gente que se movía por el andén no demostraba ningún tipo de inquietud, más bien intercambiaban opiniones y charlaban de esto y de aquello con la más distendida camaradería.

Pasé junto a aquel grupo saludando afablemente a un lado y a otro, al tiempo que era correspondido a coro por aquel nutrido y variopinto grupo.

—El señor G —preguntó-afirmó un hombre uniformado saliéndome al paso.

—Sí, yo soy —respondí azorado—. Les ruego me disculpen, pero mi transporte…

—No debe usted preocuparse —manifestó con una sincera sonrisa —. De hecho, todavía tendremos que esperar a un par de viajeros. Ya se sabe, la carretera, esta huelga ferroviaria, en fin… ¿Lleva equipaje? —cortó por fin—. ¿Solo esta maleta?

Me quedé pensativo por unos instantes, hasta que por fin caí de mi nube.

—Sí, solo esta maleta —respondí, tendiéndosela ante su gesto de solicitud—. Tengo entendido que durante el viaje puedo adquirir todo aquello que necesite, incluso ropa.

—Así es, señor, cualquier cosa que necesite podrá adquirirla en el vagón que tenemos habilitado para proveer a nuestros invitados. — Respiró profundamente y me indicó que le siguiera—. Ahora le mostraré su compartimento.

Eché una ojeada a los que iban a ser mis compañeros en aquel viaje y luego seguí al servicial cicerone que me había tocado en suerte.

Tenía unas anchas espaldas y su altura era considerable; una abundante cabellera negra coronaba su cabeza, salpicada por escasos pelillos canosos, y tenía un hablar y unos movimientos pausados. Vestía un traje gótico victoriano con casaca roja sobre una camisa negra de medio cuello. Lo cierto es que, para la planta que tenía el hombre, el uniforme le quedaba que ni pintado.

—Su compartimento, señor —dejó escapar mientras abría una puerta corredera—. Espero sea de su agrado. Mi nombre es Friedrich; soy alemán, señor —se apresuró a decir ante mi reacción de sorpresa —. Cualquier cosa que necesite, solo tiene que pulsar ese botón verde que tiene junto a la cabecera. Estaré encantado de atenderle, junto a

los otros tres viajeros que tengo a mi cuidado.

Abandonó su puesto con una ligera inclinación de cabeza, no sin antes haber depositado mi maleta sobre un pequeño mueble destinado a tal finalidad.

No soy muy conocedor de los tipos de madera, pero estaba seguro de que, entre otros, los muebles y el compartimento estaban hechos de caoba.

Aparté las cortinas, aseguraría que de seda, para encontrarme frente a un andén en el que paseaban algunos de mis camaradas en aquel viaje. Les saludé de nuevo y de nuevo fui correspondido amistosamente. En fin, la aventura estaba a punto de comenzar. Me hice con mi pipa y abandoné el vagón.

No me fue difícil entablar conversación con el resto de invitados, porque suponía que todos disfrutaban de mi misma suerte; no, no tuve ningún problema, ya que fui requerido por un grupo que hablaba animadamente junto a unos setos que servían de límite a la estación.

—Y bien, querido amigo, sea usted bienvenido al club del misterio —espetó un hombretón de rostro sanguíneo ofreciéndome su rolliza mano.

—Encantado de saludarles, mi nombre es Jaime —dije, estrechando la mano de los presentes.

Además del hombre de aspecto sanguíneo, que se presentó con el nombre de Víctor, se encontraban presentes la señorita Marisa y dos hombres más, que respondían a los nombres de Adriano y Ernesto.

La mujer, Marisa, era menuda y pizpireta; parecía hacerle todo gracia, lo cual representaba poderla aguantar pocos minutos; por el contrario, los dos hombres aparentaban ser parcos en palabras, como si estuviesen esperando acontecimientos o que la gente se manifestara abiertamente.

El corpulento Víctor se mostraba muy festivo, lo que le daba pie a la voluble Marisa para reírse como una loca. Los hombres esbozaban una ligera sonrisa, igual que yo.

—¿Qué letra le ha correspondido? —preguntó el parco Adriano.

—La G —respondí, creyendo que se me formulaba a mí la pregunta.

—Yo tengo la B —se apresuró a decir Marisa.

—Yo la H —susurró Ernesto, como cansado.

Adriano miró a Víctor, que parecía querer soltar un cañonazo verbal.

—Pues yo les gano —anunció con prosopopeya—. Tengo la W.

—Bien, ya hemos sido presentados —dijo por fin Adriano, con cara de estar ya fastidiado—. ¡Ah! Perdón, yo soy la M.

Un revuelo a la entrada de la estación parecía indicar que se nos unía el resto de la expedición. Otro uniformado se nos acercó para invitarnos a subir al convoy porque estaban a punto de dar el pistoletazo de salida. Fueron subiendo; me quedé el último para dar una ojeada a todos los componentes de aquel safari. Bueno, allí había exploradores de todas las medidas y con rostros de lo más sugestivo. Sea como sea, tenía varios días por delante para conocerlos más a fondo.

La salida de un tren siempre tiene algo de enigmático aunque uno sepa el destino, pero en nuestro caso, sin un rumbo concreto, el misterio se hacía más profundo y fascinante.

Fuimos desfilando hasta llegar a la larga barra del bar donde nos esperaban nuestros uniformados asistentes, capitaneados por un figurín de vestimentas más coloreadas que nos saludó efusivamente.

—El *Tren del Edén* les saluda cordialmente y les da la bienvenida a bordo. Algunos de ustedes ya conocen, por otros años, todas las comodidades que pueden encontrar en este hotel rodante; en cuanto al resto, que nos acompañan por primera vez, confiamos en que este sea el principio de una gran amistad. —Esbozó una tímida sonrisa al citar la archifamosa frase de *Casablanca*.

No sé a quién se le ocurrió bautizar nuestra excursión y a nuestro jumento con tan juncal nombre, pero, en fin, en *marketing* parece ser que no existe el miedo al ridículo y cualquier nombre, por muy tontorrón que sea, surge sin ningún tipo de rubor. Así pues, eso del *Tren del Edén* no hacía más que confirmar ese pensamiento. Aunque creo que nuestro destino no distaba tanto en kilómetros e historia, ya fuese sagrada o profana.

Fuimos obsequiados con unas copas de líquido amarillento pálido con burbujas, seguramente cava.

—Perdón —intervine—, las burbujas me dan acidez, ¿no les importaría servirme un whisky?

Aún no había terminado de hablar cuando Friedrich ya estaba escanciando un doce años en vaso bajo y con un solo hielo. Todo un conocedor en la materia. Por cierto, me sorprendió que otro de los presentes levantara la mano, adhiriéndose a mi sugerencia. Nos quedamos mirando con una sonrisa de complicidad.

—Nos movemos —exclamó triunfante el extrovertido Víctor alzando su copa.

Alzamos las copas, en mi caso y el de mi émulo el vaso, brindando por un feliz viaje. Movimiento que aproveché para acercarme hasta mi

colega de pócimas.

—Mi nombre es Jaime —confesé tendiéndole la mano.

—Alejandro o letra R —respondió estrechándomela—, como prefiera, aunque me inclino por mi nombre.

—Lo que preferiría es que me tuteara. ¡Ah! Soy la letra G. Que supongo debe de llevar escondida alguna historia.

Víctor hacía ostentación de su oratoria dicharachera y Marisa reía todas sus ocurrencias. Adriano y Ernesto conversaban entre ellos —parecía que se conocían de otro u otros viajes—, acompañados de dos mujeres, supongo que sus respectivas consortes. Junto a la barra, se refugiaban un par de jovenzuelos, uno de ellos con un estuche de algún instrumento musical; ambos parecían no participar de la fiesta, más por timidez que por indiferencia. Sobre un sillón descansaba una forma descomunal, con brazos, piernas y una sonrisa de autosuficiencia que echaba para atrás, y junto a él una mujer de mirada huidiza, rematada por una sonrisa parida en un diván psiquiátrico. Alrededor de aquel sátrapa presuntuoso pululaban dos parejas con cara de darle la razón hasta si afirmaba que la Tierra era plana. Esos iban a ser mis compañeros de viaje.

Aquel martes amaneció jueves y yo esperaba que fuera como la película *Los jueves, milagro*; en fin, voluntad parece ser que ponía esa jornada particular, por citar otra película. Mi cabeza siempre estaba alerta e hilvanaba un pensamiento con otro. Ese era mi karma, pensar mucho sin pasar a la acción. Quizá por eso mi mujer me había abandonado, quizá por eso yo había aceptado aquel viaje escapado del bombo de la fortuna, ya que había sido agraciado en un concurso de cuyo nombre no quiero acordarme; bueno, de hecho el concurso lo había ganado ella, pero lo había puesto, quién sabe por qué, a nombre de los dos, por lo que allí estaba yo. Me costó persuadir a los organizadores de que ella se encontraba dando clases en Irlanda y no podía viajar, pero por fin los pude convencer. Lo que no les dije era que se había echado novia en la verde Erin y que no tenía intención de volver. Comenzaba una nueva vida para mí y, cosa curiosa, dado mi carácter sedentario, me decidí a lanzarme a la aventura. Tal vez aquello era un comienzo y no estaba dispuesto a desaprovecharlo.

Y qué decir de los componentes del safari, sobre los que mi azarosa mente había sacado ya, sin poderlo evitar, alguna conclusión: los había que se comían los guisantes con cuchillo y tenedor, además de no quitarse la corbata cuando se duchaban; amén del sátrapa sonriente o buda feliz que esperaba que le doraran la píldora a todas horas, a menos que acariciara pretensiones más rocambolescas en su

mente, ya de por sí rebosante de superioridad. En cuanto a la dicharachera jovencita cincuentona, pues, además de creer que un orgasmo era el modelo de una marca de coche, tenía el alma inquieta, pero el corazón contento. Los dos muchachos, músicos supongo, me parecían muy tiernos y creo que solo tenían ojos para su amor, porque uno de ellos llevaba un calcetín de cada color y ninguno de los dos se había percatado. Y por último, Alejandro, no sabía si haciendo honor a su nombre, era la reencarnación de Pushkin poco antes de batirse en duelo, un fugitivo del festival de Woodstock o un granadero británico de paisano. Ya me enteraría. En fin y resumiendo, lo mismo que le dice un pez a otro: nada.

En lo tocante a un servidor, pues nada más que un jubilado que se había hecho viajero para huir de la vida cotidiana. Toda la vida por el arcén, ya tocaba ir por la carretera. Igual eso de salir de casa y dejar de lado los libros resultaba placentero para mis torturadas carnes y desasosegada alma. No nos ahoguemos en un vaso de agua, el vino da más juego.

Me retiré a mis aposentos, apartando la festividad de Víctor, que llenaba todo el vagón.

—¡Fíjese, fíjese! —Me fijaba—. Madera de roble, teca y caoba, igual que el Orient Express. ¿Qué le parece, señor G?

—Fantástico, sublime y pistonudo; por ese orden —respondí, saliendo de dudas sobre el tipo de madera que me había planteado anteriormente—. Y seguro que las paredes son de abedul.

—Sí, señor —exclamó el sociable rollizo sanguíneo pasándome el brazo por encima del hombro. Pronto comenzábamos con las confianzas—. Veo que domina usted el tema.

Sonreí, me zafé de su carnoso brazo y me callé que había leído un artículo sobre el Orient Express poco antes de tomar camino a la capital del reino.

Sobre la cama encontré un papel donde se enumeraba una serie de sugerencias y alguna que otra prohibición:

- Vagón 1. Compartimentos servicio.
- Vagón 2. Cocina.
- Vagón 3. Restaurante.
- Vagón 4. Salón no fumadores/Bar.
- Vagón 5. Salón fumadores/Bar.
- Vagones 6 a 8. Compartimentos viajeros.
- Vagón 9. Vestuario y útiles varios (a saber cuáles o *cuálos*).

Al final del compartimento 9 se encontraba un cubículo para el mayordomo de guardia; del resto de personal, la mayoría se alojaba en el vagón 1, mientras que otro solitario, también de guardia, ocupaba un sillón al comienzo del vagón 6.

En los vagones 6 y 7 se ubicaban tres dormitorios con camas de matrimonio, en tanto que en el vagón número 8 había cuatro individuales.

Además de las maderas nobles y no tan nobles que había apuntado Víctor, cada compartimento disponía de ducha, televisión, mobiliario múltiple y diverso, incluido mueble bar, así como accesorios de todo tipo, a saber, cafetera, secador, frigorífico. Se podía vivir. No me extrañaba que algunos de los viajeros, que parecían nadar en dinero, repitiesen la experiencia un año y otro.

Y bien, luego venían las sugerencias, por no decir prohibiciones: no fumar en la habitación, no pasear fuera del compartimento con ropa indecorosa, controlar el volumen de la televisión y mantener un tono de voz discreto en las conversaciones; en mi caso, cuando hablara con la pared o la almohada.

Junto al folio de marras, decorado con unos bordes y cenefas *art decó*, todo hay que decirlo, se encontraba otro del mismo colorido y decoración con los horarios que regían para los próximos días.

- Desayuno de 7:30 a 9:30
- Comida a las 14 horas
- Cena a las 21 horas
- Servicio de bar las 24 horas del día
- Servicio en el compartimento

Un estómago vacío es un mal consejero.
ALBERT EINSTEIN

Gloriosa frase para rubricar la tarjeta de información; aunque, viniendo de Einstein, todo es relativo, diría para concluir con un chiste malo.

Me cambié de ropa para quitarme la sensación del viaje y las cuatro horas de retraso. Eché una ojeada al material que llevaba porque allí todos parecían mear colonia y llevaban unos modelitos que, aun no siendo escandalosos, olían a un buen fajo de billetes y no quería desentonar, cosa difícil, dado el material de derribo que me había agenciado en casa y teniendo en cuenta las reservas con que contaba. Menos mal que allí te vestían de los pies a la cabeza. Dejé el portátil sobre la mesa y colgué en el armario los cuatro trapos que llevaba.

Entre mi retraso y el de los últimos en llegar, se nos había echado el tiempo encima, así que la hora de la comida no se hacía esperar y Friedrich pasaba por el vagón llamando a los rezagados, en este caso yo.

Atravesé los vagones de los compartimentos y el salón y bar donde tomaban el aperitivo Víctor y Marisa. Los saludé e intenté adentrarme en solitario en el vagón restaurante, pero, cual pareja de la Guardia Civil, me escoltaron hasta el comedor, donde un uniformado nos indicó nuestros asientos, junto a Alejandro, ya que el resto de mesas estaban ocupadas por las cuatro parejas.

—Las plazas no son fijas, señores. Pueden ir rotando cada comida, así podrán ir conociéndose todos mejor —informó el cabo del escuadrón—. Y ahora, tengan ustedes buen provecho. ¡Ah! Y espero que adivinen el camino que hemos tomado.

Era verdad, los viajes siempre representaban una sorpresa, pero, vistas las estaciones que dejábamos atrás, estaba claro que habíamos tomado rumbo a Segovia o bien a Ávila. La nota con el menú disipó cualquier duda:

Entrantes
Pincho de tortilla de Mombeltrán
Patatas revolconas o *meneás*
Primer plato
Cocido morañego
Segundo plato
Cochinillo asado
Postres
Yemas de santa Teresa
Hojaldres san Juan de la Cruz

Vinos
Vino especial sumergido
Vino especial enterrado
Vino blanco D. O. Rueda

A media tarde se servirán bollas de chicharrones, acompañadas de vino blanco semidulce.

Desde un buen festín se puede perdonar a todos, incluso a los parientes.

OSCAR WILDE

En fin, parece ser que la mística Ávila nos esperaba, así que brindemos por ella.

—¿Ha probado el vino sumergido? —preguntó Víctor, acariciando la copa de tinto que se había traído del bar.

—Pues no, caballero, ni el enterrado tampoco —respondí aferrándome, a falta de vino, a la canastilla del pan—. Sabía que hacían locuras con el vino, pero no me imaginaba que los sepultaran y los ahogaran, pero, si el resultado es bueno —un servicial soldado raso había llegado con una botella de vino tinto y otra de vino blanco. Le indiqué que me sirviera del tinto—, pues bienvenidos sean esos cadáveres, con perdón.

—Yo quisiera una cerveza con limón —pioló la pizpireta Marisa—. El vino se me sube a la cabeza.

No quiero ni imaginarme a aquella risueña y parlanchina princesita con una copa de más. *La prudencia, el más excelso de todos los bienes*, según Epicteto. Fuera como fuese, creo que reza así la frase, gracias, Marisa.

Naturalmente, no llegué al cochinillo; eso sí, les pedí que me lo pusieran en una tartera para llevármelo a casa y conseguí arrancarle una sonrisa al camarero porque, aunque todos ellos mantenían su impasible ademán, estaba presente su afán de no perder el sentido del humor, y eso que no llevaba la camisa nueva y el sol brillaba por su ausencia. De repente me vino a la memoria aquel campamento en que nos obligaban a cantar ordinarieces como el *Cara al sol* y *Prietas las filas* y después echar la cena con lo de una, grande y libre. Qué tiempos nos tocaba vivir, fray Guillermo. Otro toque cinematográfico (a).

—Así, señorita, que usted nunca ha participado en este tipo de viajes. —Víctor no se callaba ni con la cabeza debajo del agua.

—Pues no, es la primera vez. —Marisa tampoco se callaba—. Y me está resultando muy, cómo diría —eso, cómo lo diría—, muy atractivo.

Tanto pensar para utilizar ese adjetivo, con lo peculiar que habría quedado *primoroso, embriagador, deleitable* o, incluso, *pintoresco*.

—¿Conocéis Ávila? —intervino Alejandro.

—Yo no, yo no —saltó Marisa, aplaudiendo con las orejas—. Estoy deseando llegar porque parece ser que tenemos incluida una excursión.

—Querida —intervino cejijunto el W—, en este viaje va todo incluido, ¿no está usted de acuerdo? —preguntó a Alejandro, remarcando ese *usted*, que venía a decir que eso del tuteo no iba con

él. Ya se sabe, la prosapia, el boato y la altivez; resumiendo, la estulticia.

—Pues te va a gustar, Marisa —informé, cual arrojado explorador, con un tuteo más que descarado y mirando de soslayo a W—; hay mucho que ver, pero para un primer contacto creo que saldrás encantada.

Dejó escapar un suspiro angelical y yo diría que virginal, porque, que los dioses me perdonen y contradigan, pero aquella mujer tenía todo el aspecto de no haber conocido varón en toda su ya dilatada existencia.

—Tendré sumo gusto en hacer de cicerone para usted, señorita —dijo W, poniendo su mano sobre el dorso de la mujer, que dejó caer los ojos en plan puesta de sol—. Precisamente tengo un primo en la ciudad.

No sé qué pintaba el primo en aquella historia, pero seguro que era militar. La primera vez que estuve en Ávila me encontré con un capitán, tres estrellas (no celestes) y gorra de plato incluida, tomando vinos en una taberna, sin que hubiese anunciado desfile alguno en la población. Allí los militares salían a la calle con uniforme de gala para hacer patria o tenían toda la ropa de paisano en el cesto de la ropa sucia.

Le di un buen repaso a las yemas y a los hojaldres por aquello de una comunión mística entre Teresa y Juan. A mí san Juan de la Cruz siempre me ha producido un poco de desasosiego, porque eso de pensar que está enterrado en los Carmelitas Descalzos, en Segovia, pero que desde Úbeda solo les dejaran llevarse un puñado de huesos porque ellos también querían su parte del botín, me parece de lo más desagradable. Mas, como dejó escrito el poeta:

Por una extraña manera
mil vuelos pasé de un vuelo,
porque esperanza de cielo
tanto alcanza cuanto espera.

Cumbre de la mística y de toda la poesía, aunque descanses a pedazos, tus versos permanecen enteros y frescos, como el primer día.

Naturalmente, pasamos al café y la(s) inevitable(s) copa(s) de whisky, 12 *years*.

—¿Cómo desea el café, señor?

—Solo, como mi vida, mi existencia, mi ser y mi estar.

—*Un corazón solitario no es un corazón*, señor.

Mira tú, un admirador de Machado en aquella selva procelosa y

desconocida.

—*Soledad: un instante de plenitud.* —Miré al camarero y nos sonreímos—. Michel de Montaigne —concluí.

—*Estoy solo y no hay nadie en el espejo* —contraatacó Alejandro—. Jorge Luis Borges, y también quiero el café solo.

Terminamos la clase de citas literarias con un aplauso, esta vez de las manos, por parte de Marisa, lo que hizo que todas las miradas se dirigieran hacia nuestra mesa.

—Qué bonitas frases; a mí hay una que me encanta —huyamos, al refugio—, *hagamos un trío: tú, yo y toda la vida.*

—Muy bonita la frase, señorita —dijo impertérrito el sufrido camarero.

—Pues sé otra que…

Afortunadamente el señor don W salió a nuestro rescate.

—Querida, dejemos la poesía para nuestra velada después de la cena. —Cielos, ni los Borgia eran tan ruines (b). Vaya, otra vez el cinematógrafo se había colado a escondidas.

Uno de los comensales abandonó la mesa y se dirigió hasta nosotros con sonrisa de presentador de concurso televisivo.

—¡Que aproveche! —espetó sin perder la sonrisa—mi nombre es Sergio, director de banca —ya empezábamos con los títulos—; en fin, la letra C si lo prefieren, je, je… Parece ser que vamos a pasar unos días juntos, así que me gusta presentarme al resto de viajeros. Ya saben que nos esperan en la estación de Ávila, porque vamos a esa monumental ciudad —fíjate tú— para hacer un *tour* por sus calles y monumentos. ¿No les parece maravilloso? Toda España es maravillosa. Y eso que es el primer día. ¡Ah! Esa es mi mujer, Asunción. —Nos saludó de espaldas, levantando la mano, y respondimos de la misma guisa aunque no pudiese vernos—. Hemos comido con el matrimonio de los Guerrero, Visitación y Gabriel; son encantadores, con una conversación muy amena e inteligente, aunque él es poco hablador.

Menos mal que el señor W volvió a salir en nuestra ayuda, porque el director de banca se había propuesto alargar el mitin hasta nuestro aterrizaje en la amurallada ciudad.

—Mi nombre es Víctor, y yo y mis compañeros agradecemos la deferencia de venir hasta nuestra mesa para presentarse. Siempre es agradable…

Por fortuna el orden establecido nos sacó nuevamente del atolladero, porque don W llevaba el mismo camino que don C.

—Señores, estamos llegando a la Ávila de los tres títulos: la «del Rey», otorgado por Alfonso VII; la «de los Leales», otorgado por

Alfonso VIII y, por último, la «de los Caballeros», título concedido por el monarca Alfonso XI. Las tres, que se reencuentran en una sola, les dan la bienvenida. Y recuerden, a las dieciocho horas se ofrecerá una merienda compuesta por bollas de chicharrones, acompañadas de un delicioso vino semidulce. Feliz paseo.

Madre del amor hermoso, allí todo el mundo hablaba *largo*. Pues nada, en marcha, pero individualmente porque, después de saber que pasaríamos la noche estacionados entre aquellas vías, convencí a un interesado y acaramelado guía de que prefería perderme por mi cuenta entre las calles y edificios de la amurallada ciudad. Bueno, no fui el único, ya que Alejandro optó por la misma solución, ante la mirada despectiva del resto del grupo. Nadie es perfecto (c). Otra vez el cine.

Nuestros caminos se separaron nada más abandonar el entramado de vías y yo dirigí mis pasos a la avenida de Portugal, buena memoria la mía, para ver si todavía estaba sembrada de tascas y covachas de mal vivir. Haberlas habíalas.

Me aticé un vaso de vino de Cebreros y miré la etiqueta por si era de la marca *El Abrazafarolas*, pero no, esa marca todavía no estaba registrada. Después de poner gasolina, me lancé a redescubrir las piedras y la fauna abulenses.

Santo Tomé el Viejo me acoge y la plaza de Santa Teresa me susurra al oído que la iglesia que vislumbro es la de San Pedro, atrás he dejado el palacio de los Deanes y el siglo XVI para caer en el románico, ¿retrocedo en el tiempo? Abandono el Mercado Grande a través de la Puerta del Alcázar y giro a la derecha, la catedral del Cristo Salvador me espera con el culo pegado a la muralla. Me interno hacia la plaza del Chico y saludo al Ayuntamiento, al tiempo que una chica con los ojos del color de una canción me sonríe. Vuelvo al siglo XVI con el Torreón de los Guzmanes, pero sin olvidar la iglesia que cierra el Mercado Chico, San Juan, del siglo XII. Adelanto en el tiempo y voy al siglo XVII; es el convento de Santa Teresa, le echo un beso a la santa, aunque sé que no está allí sino en Alba de Tormes, ¿le habrán devuelto el brazo? Otro santo-santa despedazado-despedazada. Me vuelvo a sumergir en el siglo XVI con el Palacio de los Superunda y el Palacio de los Polentinos para coger la calle Vallespín, que me lleva hasta la Puerta del Puente, que se abre sobre el río Adaja y donde se encuentran las Antiguas Tenerías, lugar en que los judíos se dedicaban a la industria de la tintorería y el curtido de pieles; junto a ellas me encuentro con la ermita de San Segundo, edificio del siglo XII-XIII, que se levanta solitario junto al río. Bordeando la muralla me encuentro

con otra iglesia del siglo XIII, San Martín, cuya torre, de piedra y ladrillo, domina sobre las casas bajas de los alrededores hasta llegar a la basílica de San Vicente, datada entre los siglos XII y XIV, verdadera joya del románico, donde saludo a una señora de sonrisa casi medieval que se adentra en el templo con pasos de algodón. Sigo bordeando la muralla hasta dar con el ábside de la catedral y me encuentro con una florista de manos como pétalos a la que compro un ramillete de flores para adentrarme de nuevo por la Puerta del Alcázar y poco después me llego hasta la plaza donde me había encontrado con la chica con la mirada de una canción; está sentada con unas amigas, pero no me importa, me llego hasta ella y le regalo las flores: por tu mirada, le digo. Se pone roja, y creo que yo también. Después emprendo la retirada porque el sol declina, pero antes vuelvo a pasar a tomarme un vino D. O. Cebreros en una tasca de la avenida de Portugal.

El viajero solitario es el que llega más lejos.
LOUIS FERDINAND CÉLINE.

Otra vez la soledad.
Céline, declarado desgracia nacional en 1950.
Colaboracionista y antisemita, pero nos ha dejado una de las mejores novelas del siglo XX.
Quitemos los ropajes y dejemos la novela desnuda.

Acabo de descubrir que soy un hombre del siglo pasado.

Reina un ambiente de fiesta en los vagones, pero me escabullo para darme una ducha porque todavía falta una hora para la cena, así que imagino que la caravana de turistas habrá estado dando cuenta de los bollos y del vino semidulce. Me alegro por ellos, pero también por mí, ya que he pasado una tarde deliciosa. He absorbido el alma de la ciudad y tengo una sensación de relax que esperaba me acompañara el resto del día. Quedaba la cena.

Surtido de embutidos y quesos
Patatas con costillas
Huesitos

Me senté junto con Víctor en la mesa del sátrapa, Gerardo se llamaba, y su encantadora y enfermiza esposa Soledad; vaya, la soledad me perseguía, pero qué buen nombre para aquella alma torturada.

—Bueno, ha sido un paseo maravilloso —comentó el tal Gerardo, con unas ínfulas que conseguían dilatarlo un par de centímetros más por cada lado—, lástima no nos acompañara. Ahora bien, si tenía una cita en la ciudad, pues lo comprendemos, ¿no es así, señor W?

Menuda cena me esperaba soportando a aquel ególatra afiliado a las tres pes: pedante, prepotente y parlanchín, y al megalómano sandunguero que pretendía se le llamara de usía; ¡ah!, y todo ello amenizado por los toques de pandereta de la trastornada hermanita de la caridad, para con su maridito, claro.

—Pues no —respondí apático—, no tengo ningún ligue, ¿sabes? Perdón —miré al cancerbero rojizo— si te tuteo; en fin, tantos días así, revueltillos, creo que lo mejor es romper convencionalismos, ¿no te parece, Soledad?

La pobre mujer casi se muerde la lengua al oír su nombre.

—Sí, claro, claro —respondió rápidamente—. Sí, creo que es lo mejor, pero, por cierto…

—Jaime, mi nombre es Jaime y también soy la letra G —me apresuré a decir.

—Naturalmente, estimado Jaime —intervino el sabelotodo—, pero ¿por qué no ha querido venir con nosotros? Lo hemos pasado de fábula.

Don Víctor comenzaba a perder la paciencia porque no se le permitía meter baza en la conversación.

—No lo dudo, pero me gusta pasear solo.

—Tal vez le estemos molestando e igual hubiese preferido cenar solo —hizo hincapié en el término *solo*.

—En absoluto, me encuentro de maravilla, aquí, con vosotros —miré de soslayo a W—, porque hay ciertos actos que requieren compañía —el sexual, pensé— para disfrutarlos en toda su plenitud. Y qué mejor que una cena y su consiguiente sobremesa. —Si me crecía un poco más la nariz, le vaciaba un ojo al parlanchín—. ¿No os parece? —Míster W resoplaba.

—Desde mi punto de vista de antropólogo —se abrió la caja de los truenos—, que es una de las cuatro carreras que poseo —salieron los truenos—, parece que seamos una familia de indígenas norteamericanos degustando sus platos en su *tipi,* o quizá, ya que nos desplazamos, podríamos pasar por un pueblo nómada de Mongolia, recogidos en el interior de su *yurta*; en cualquier caso no representamos, puesto que no disponemos de nieve, al pueblo esquimal, refugiados en sus calientes y acogedores *iglús.*

Había que pararle los pies porque corríamos el riesgo de empalmar con el resto de carreras y pasar la noche en vela.

—Exacto, los *inuit*, pero no, no tenemos bloques de hielo para fabricar un *iglú,* así como tampoco varillas de madera, aunque quizá podamos encontrarlas en el vagón de objetos varios, para fabricar un *wigwam*, que son las construcciones de los indios del oeste norteamericano, digo para compensar a las tribus que vivían en *tipis,* que por cierto también eran nómadas, al igual que los mongoles.

La pobre Soledad, que había comenzado a toquetear su instrumento, musical, ante la sabiduría de su todopoderoso cónyuge y caudillo, *enmudeció la lira,* en su caso la pandereta, pero ya lo dice Gustavo Adolfo, *podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía,* aunque a ella creo que poco le habría importado Bécquer, ya que era la viva imagen de los restos de una pobre infeliz que en su juventud se había hinchado a *coitear* con los mozos, tratándolos de hombre objeto, mientras los hombres se ponían las botas tirándose a todas las mendas que se les abrían de piernas aunque los trataran de imbéciles. *Ande yo caliente y ríase la gente*. El cazador cazado. Sigamos.

Pues sí, el multicarreras me miró, me maldijo y se calló. De eso se trataba, ¿no?

Míster W aprovechó la brecha y metió cucharada, aunque ya quedaba poco azúcar en el recipiente.

—Pues yo tengo una casita en La Granja, cerca de Segovia.

Hizo bien en puntualizar porque yo me lo imaginaba en una granja, hozando, entre *oink* y *oink*, todo lo que se le pusiera por delante.

Pues bien, la gente se iba manifestando en todo su esplendor, sin tapujos y con una sinceridad pasmosa. Mejor, así quedaba claro qué pie calzaba cada uno de nosotros. Llegó la hora de los *cafeses*, pero prohibido poner los *pieses* en los *sofases*.

—¿El señor lo tomará solo? —preguntaron sobre mi hombro.

—Esto, no, gracias, Carlos —leí en un rótulo que llevaba en la pechera—, prefiero un whisky, si puede ser con cita literaria.

—Enseguida, señor, ¿han comido bien los señores? —Me miró—. *De grandes cenas están las tumbas llenas.*

—Eso me suena a Forges y sus náufragos.

—Mayor paladín no hubo, señor.

La madre que lo trajo, ¿de dónde había salido aquel menda?

Por cierto, W y el antropófago, perdón, antropólogo, hablaban, o quizá discutían acaloradamente sobre algo de lo que yo había desconectado.

Alejandro, desde otra mesa, donde compartía cena con Marisa y los dos muchachos músicos, levantó su vaso de whisky dirigiéndose a mí y yo hice lo propio. No le había preguntado por su paseo, y estaba pensando en el mío cuando de repente apareció un personaje en

escena que no tenía localizado. Caminaba por el pasillo como pensativo e iba vestido con unos ropajes como pasados de moda. Cuando llegó a nuestra altura, levantó la cabeza y me miró con ojos tristes sin que nadie pareciera apercibirse de su presencia. Rebasó la mesa y, para cuando me giré para verlo alejarse, ya había desaparecido. Me callé porque solo faltaba discutir sobre el sexo de los ángeles o ectoplasmas con aquellos figuras.

Me disculpé con mis compañeros y me levanté de la mesa sin que me hicieran ni puñetero caso. Soledad me regaló una de sus enfermizas sonrisas. Qué maja era. Me dirigí al salón de fumadores y recogí por el camino otra copa de whisky, que no sabía a quién iba dirigida, pero que rápidamente sería repuesta.

Desenfundé mi pipa, la cargué ceremoniosamente en medio de mi soledad. ¡Ah! Mi soledad. ¿Qué estaría haciendo mi mujer por tierras irlandesas? Guarradas, seguro. Mejor refugiarme en los estoicos: *No pretendas que los sucesos sucedan como quieres, sino quiere los sucesos como suceden* (gracias, Epicteto); o tal vez, o además, *el mundo es una mutación continua: la vida, una imaginación* (gracias, Marco Aurelio).

Fuera como fuese, el pensador impenitente había roto su inactividad al poner la carne en el asador recorriendo las calles de la ciudad y dándose un baño de monumentos, incluidos los ojos de la moza del Mercado Chico. Levanté los ojos y me encontré con Alejandro apoyado en el dintel de la puerta.

—¿Ya estás pensando, barbián?

—No puedo remediarlo.

—No te preocupes —prosiguió, tomando asiento—, eso mismo me ocurre a mí, lo que sucede es que ahora intento equilibrar la balanza con más actividad, pero igual te aburro con mis tonterías, pasivo intelectual.

—Joder, menuda definición —sonreí—. Dejemos la cháchara para otro día porque todavía me estoy recuperando de las que he tenido que soportar durante la cena. ¿Qué tal te ha ido a ti?

Calló y observó cómo cargaba la pipa. Vi un rictus de nostalgia en su mirada.

—¿No has visto nunca cargar una pipa?

—Muchas, pero nunca son demasiadas, me he dejado las mías en casa. Me imagino que en el furgón de trastos varios encontraré alguna.

—En mi compartimento tengo más, ya te pasaré una. —Le mostré la que tenía en la mano—. De momento podemos fumar esta entre los dos.

—Como el *calumet* de los indios.

—Déjate de indios, que ya he tenido bastantes por esta noche. —

Me hice con el encendedor—. Lo dicho, ¿qué tal la cena? —Empecé la ceremonia del encendido.

—Ya sabes, Marisa en su onda, pero es una buena chica cincuentona y, en cuanto a Eusebio y Eugenio, fíjate en lo curioso de los nombres, pues son dos pipiolos encantadores, músicos, uno toca el clarinete y no se separa de él por nada del mundo y el otro se recrea con la flauta travesera, que a veces también lleva consigo, manías de los niños. Son pareja y residentes en Chueca, quién lo iba a decir. ¿Satisfecha tu curiosidad?

Aspiré profundamente y contemplé como la capa superior de tabaco se ponía incandescente.

—Doy un par de caladas y te paso la pipa. Me voy a la cama porque estoy cansado por el viaje de esta mañana. ¡Ah! Por cierto, he secuestrado un whisky al vuelo que no me voy a tomar. Tuyo es.

—¿De dónde vienes, viajero audaz?

—De Barcelona.

—*Benvingut.*

—*Moltes gràcies.*

—¿No prefieres que te llamen Jaume?

—No, me gusta más Jaime.

Crucé el vagón comedor, que bullía como un mercado, pero, al pasar por la mesa de Marisa y los gemelos del sur, di unos golpecitos sobre el tablero y les deseé buenas noches.

Friedrich esperaba en la salida del vagón.

—Buenas noches, Friedrich; me voy a retirar a mis aposentos. —Le guiñé un ojo—. Que no me moleste nadie porque voy a soñar que estoy en una orgía. Por cierto, ¿no tendrás nada que ver con Nietzsche?

—Era mi bisabuelo, señor —respondió impertérrito.

Y, como me quedara mirando con cara de sorpresa, añadió:

—*Solo las preguntas con respuesta son las que llegamos a comprender.*

La verdad es que no sabía de dónde habían sacado a los asistentes, pero dos que conocía se llevaban la palma. Repetí las buenas noches y le recité el horario del desayuno para que se diera cuenta de que me había empollado la lección.

Sobre la mesita había una revista ¡del corazón! ¿Ya no se editaba el *Playboy*?

En fin, me fui a dormir con información calentita: la Zsa Zsa Gabor se había casado nueve veces, la Liz Taylor y Lana Turner, ocho, y en el sector masculino destacaba Mickey Rooney, también con ocho esposas. Rediós. Ahora, la palma se la lleva una tal Linda Wolfe, que ha pasado 23 veces por el altar y parece ser que con 68 años todavía

sigue dando guerra en un geriátrico de Indiana, en U.S.A. Debe de tener revolucionada a toda la fauna del local. Vivir para ver.

¡Cielos! Vaya notición. El ١٣ de abril, o sea, hoy, se celebra el Día Internacional del Beso, fecha que surgió porque una pareja tailandesa se amorró 58 horas besándose. A saber qué harían cuando el organismo reclamara necesidades; eso sí, romanticismo a tope.

Y, por si fuera poco, tal día como hoy, por orden de su padre Leovigildo, le cortaron la cabeza a Hermenegildo en Tarragona. Corría el año 585, aunque no fue hasta mil años más tarde, y a petición de Felipe II, que le cayó encima el título de santo. Le estaba sacando el jugo a la revista. Vaya que sí.

Caí rendido sobre la cama y no me quedó tiempo para soñar.

Segunda jornada

El martes había amanecido jueves, pero había retomado las riendas la semana y el miércoles vio la luz.

Salimos un martes por aquello de que los lunes están preñados de tristeza, aunque no habían tenido en cuenta el refrán: *en martes, ni te cases ni te embarques*, tal vez porque embarcarse en una aventura no es lo mismo que en un *paquebote*, palabra muy utilizada en los tebeos *DDT., Pulgarcito* o *Tío Vivo* para designar a los barcos; lo dicho, soy un hombre del siglo pasado.

Abandonando las rápidas y frías vías de los trenes de alta velocidad, cabalgábamos por rieles comarcales, dejando paso, si fuera menester, a los trenes que habitualmente hacían la ruta por aquellas latitudes, aunque no se nos permitía apearnos de nuestro carricoche. En fin, Salamanca nos esperaba, pues no quedaban muchas alternativas, pero era preferible dejar que llegara la sorpresa. Puse la radio y me sumergí bajo la ducha. Eran las 7 a. m. en punto, buena hora para esa época del año, porque iba a ver amanecer, apostado tras el mayestático desayuno que suponía nos iban a ofrecer. Imaginé que no caerían en la ordinariez de los socorridos churritos o la tostadita con aceite, seamos serios.

Las 7:30 a. m. *A la taula i al llit al primer crit (1)*, como rezaba el refranero popular.

Solo, estaba solo. El desayuno es algo sagrado, místico, diría yo, y la algarabía y el vocerío no ayudan a las buenas digestiones.

Quesos y embutidos.
La socorrida y amable tortilla de patatas.
Hornazo.
Farinato.

Apareció el solícito Carlos.

—¿Podrías recitarme la composición del farinato?

El gentil doncel púsose firmes y con voz de tenor declamó:

—Manteca, pan, harina, pimentón, cebolla, ajo, sal, anises y aguardiente.

—Responde Rafael Alberti —dije yo—:

Y con los huevos, lo que más quisiera

tan buen jamón de tan carnal cochino:
las papas fritas, un manjar divino
que a los huevos les vienen de primera.

Para qué más palabras si el atento camarero escanció una copa de líquido rubí, justo en el momento en que la undécima plaga de Egipto irrumpía en el vagón. Se acabó la tranquilidad.

—¡Qué bien se come en España! —palabra de un director de banca ondeando el patrio estandarte.

—Vigila lo que comes, ya sabes lo de tu tensión.

La mujer, una mocetona morena y espigada, clamaba en el desierto, porque el encorbatado y aguerrido timonel de insigne sucursal bancaria ya había echado mano de todo aquello que era más pernicioso para unas enfermizas arterias. A él sí que le hubiera ido bien una socorrida tostadita, pero, claro, la carne es débil. Y ahí los tenía yo, en mi mesa y dispuestos a exprimir el miércoles desde todos los ángulos y rincones.

—Somos el mejor país del mundo —se explayó, mirando una loncha de jamón cual óleo o acuarela—. Sol, buena comida y mujeres hermosas —soltó mirando picaronamente a su mujer, que le puso una cara de penitencia tercer grado—. ¿No te parece? —tuteome sin rubor alguno.

A mí lo que me parecía era que me acababan de estropear el desayuno, pero mira, uno puede llegar hasta a ser elegante y responder a las tonterías.

—No solo somos el mejor país del mundo, sino que tenemos la bandera más equilibrada y el himno más cerebral, al tiempo que poético, gracias al texto de don José María Pemán, el cual resulta lastimoso no se cante cuando suena bajo *este sol español, que me trajo hasta aquí, fue mi sol español*. Perdón, esto último está sacado de una canción de Luis Aguilé de 1968, que, por cierto, compartía single con la famosa *El tío Calambres*, pero pido perdón de nuevo, ya que me he dejado llevar por el ímpetu patriótico.

La mujer me miró con una cara que se podía interpretar como un intento de sacudirme el rostro con una loncha de jamón o, sencillamente, partirse el pecho, porque tenía cara de haber pillado todo el cachondeo acumulado en mi arrebatado pregón de fiestas.

El muchachote continuaba explayándose sobre las bondades de la vieja piel de toro, olvidando darle gusto al paladar con las augustas viandas con las que habían bendecido el desayuno. Y en esto apareció otra remesa de comensales, acompañados por otro ayudante de campo, del que ignoraba el nombre, pero que seguro, llegado el

momento, me sorprendería. Se trataba de mis excompañeros de andén, Adriano y Ernesto, escoltados por sus respectivas compañeras de viaje y aventuras, una arrogante y la otra modosita.

—¡Ah! —gritó una de ellas—. Hay sangre en este asiento.

Igual habían hecho la matanza del cerdo durante la noche para ofrecernos todo el embutido que rebosaba por el vagón.

El literato Carlos se aproximó hasta ellos y yo asomé la cabeza curioseando. Unas gotas rojizas salpicaban la silla y algo del mantel también se encontraba manchado.

El ayudante pasó la yema de un dedo sobre la mancha y se la llevó a la nariz.

—Señores, o mucho me equivoco o esto es gel o algo similar, aunque no huele.

La del gritito acercó sus fosas nasales y asintió. Nos miramos unos a otros y, mientras los recién llegados cambiaban de mesa, los mozos sustituían el mantel y limpiaban la silla.

—Feliz miércoles, señoras y señores —tronó una voz desde la puerta de entrada.

Que suenen los caramillos y los olifantes, Víctor W ha llegado.

—Pasad, pasad, tortolitos —pronunció con cierta displicencia y apartándose con cara de náusea ante la presencia de los músicos. Acto seguido se sentó en nuestra mesa; sabia decisión si se había propuesto acabar de fastidiarme el desayuno.

Se quedó mirando a un lado y a otro, esperando que vinieran a servirle, a lo que mi dedo índice señaló la colección de bandejas donde reposaban plácidamente las gloriosas viandas. Se levantó refunfuñando, ¿será posible?, igual quería que lo sentaran en la trona y le dieran el desayuno en la boquita.

Apareció el sátrapa con su bailarina acompañante y poco después Alejandro llegaba con Marisa. Estábamos al completo.

Levanté el vuelo en el momento en que el charcutero que quería le trataran de usía se puso a hablar acaloradamente con el mariscal directivo sobre las excelencias de este bendito país, cuna de héroes y santos.

Me retiré al salón de fumadores con una nueva pipa y un chicuelo que todavía no había perdido el acné juvenil me sirvió un café y un whisky.

—Gracias, Fermín —sonreí, señalando el pequeño rótulo que colgaba de su pechera.

Sonrió y se fue sin soltar ninguna frase. Seguro que se la tenía guardada.

Medité, cosa habitual en mí, sobre la colección de elementos que

viajaban en aquel último tren a Núremberg, como cantaba el gran Pete Seeger, y, realmente, no encontré nada realmente digno de mención. Una colección de caracteres y formas de ver el mundo, sobre el que parecía que jamás llegarían a ponerse de acuerdo, ya que todos eran los más inteligentes, más triunfadores y más arrojados, eso sin contar lo cultos y elegantes que pretendían parecer, ya ves tú, más que nadie sobre la faz de la tierra; vamos, allí pululaba una clase completa de psicología a nuestro alcance. En cuanto a mí, que sacaran ellos sus conclusiones; yo pretendía, como siempre, vivir y dejar vivir; ahora, gilipolleces las justas, así que no pensaba perdonar ni una. A fin de cuentas estaba pasando el duelo por la separación de mi querida esposa.

Parecían escaparse de la quema el enigmático Alejandro y los silenciosos músicos, de los que esperaba nos regalaran con alguna pieza en lugar de pasear el instrumento, musical, repito, por todo el convoy. La loquilla de Marisa me parecía encantadora por unos minutos, pero ahora estaba pensando en la mujer del saltimbanqui de banca; juraría que estuvo a punto de reírse con la caterva de tonterías que llegué a soltar.

—Así que aquí te escondes para cantar tus canciones preferidas. —Hablando de la reina de Roma, allí estaba ella.

—Sí, en estos momentos estaba memorizando *El tío Calambres*, ese que me dio su sangre no sé bien para qué. —Miré a aquella hembra resultona y a cada momento la iba encontrando más y más atractiva —. Perdona el panegírico que he soltado sobre la madre patria, pero hay conversaciones que me ponen nervioso y me sacan de quicio.

—Lo entiendo. —Cogió mi vaso de whisky y se lo llevó a los labios —. A mí también me molestan esas tonterías, pero son normales en mi marido; piensa que es un pobre imbécil.

La sinceridad es una virtud, pero así, en frío, cae como un mazazo. Encendió un cigarrillo y me lo pasó. Vaya con la Mata Hari.

—Gracias. —Levanté la pipa—. Llevo mi propio forraje.

—Pensé que querrías compartirlo conmigo —volvió a hacerse con mi vaso de espirituoso—, ya que compartimos la copa.

Cargué la pipa bajo su atenta mirada, la encendí y cogí la botella de whisky que había sobre una mesa y me serví un copazo para asimilar aquella extraña fantasía.

—Bueno…, como te llames. ¿Qué juego te llevas entre manos?

—Mi nombre es Asunción —lo recordé entonces— y quería jugar contigo, pero creo que se me ha terminado el tiempo.

El sanguíneo Víctor W acababa de hacer su aparición, junto con el saltimbanqui bancario.

—¿Qué tiene el Louvre que no tenga el museo del Prado? —decía el botones con carrera—. Nada, se lo digo yo. Donde esté la fuerza de *Los fusilamientos del dos de mayo*... Y el color, que esa es otra.

Creo que los fusilamientos acontecieron el día tres, pero quién era yo para llevar la contraria a todo un entendido.

—¿Has estado en el Louvre? —pregunté sabiendo la respuesta.

—A mí no se me ha perdido nada con los gabachos.

—¿Has estado en el Prado? —Ahí podía haber sorpresa, aunque dudaba.

—No, no he estado en el museo del Prado, pero eso qué más da. —Respiró *jondo*—. Todo el mundo sabe que el museo del Prado es mejor que el Louvre, pero tú qué vas a saber.

Miré a la juguetona Asunción, que con la mirada proclamó de nuevo que su marido era imbécil.

El problema de las mentes cerradas es que siempre tienen la boca abierta, Mafalda *dixit*.

—Los chicos van a tocar —exclamó Marisa, asomando su cabeza—. Los chicos van a dar un concierto en la sala de no fumadores.

Pues allí que fuimos cual solemne caravana, como *en un mercado persa*, obra de Ketèlbey, que igual caía en el recital.

Rediós, las primeras filas ya estaban copadas y los chavales estaban tan nerviosos que les resbalaban los instrumentos de las manos.

Eusebio no había desenfundado su instrumento, musical, pero sostenía una flauta dulce con la que comenzó a interpretar *Greensleeves* para mi gustito; los demás no sé, no me importa.

—Qué bonito —exclamó la entusiasta Marisa—, qué bonito, esa música la he escuchado en un anuncio de conservas de legumbres.

El pobre Eusebio puso cara de haber pillado la sífilis y la gonorrea al alimón y su compañero Eugenio se contuvo para no atizarle con la flauta travesera.

Eugenio se soltó con unas piezas, creo que de Telemann, quizá Bach, tal vez Mozart, acaso de ninguno de ellos, pero resultó encantador. Marisa no hizo comentario alguno, aunque se la veía levitar.

El que no parecía levitar era el personaje que había detrás de los músicos, aunque, por la reacción de los demás espectadores, pude constatar que yo era el único que podía gozar de su presencia. Estuve a punto de preguntarle qué quería de mí, pero no era momento de ponerme en evidencia y además, tal como vino, se fue. Me hacía el efecto de que esa compañía no entraba en el premio del concurso.

Los audaces aventureros se retiraron con sus copichuelas y sus mil historias y yo me quedé unos instantes para averiguar si mi aparición

había dejado algún rastro. Así era; en el respaldo de las sillas de los músicos pude encontrar una sustancia pegajosa, aunque ahora era casi transparente. Hice una señal a Friedrich, que esperaba a que abandonara el vagón.

—Friedrich, contéstame con sinceridad —dije sin saber cómo empezar—. ¿Ha sucedido algún hecho —carraspeé— trágico en este tren?

—¿Se refiere a un asesinato o algún hecho similar?

Asentí con la cabeza esperando el bofetón de la respuesta.

—¿Así que lo ve usted? —preguntó fríamente sin inmutarse lo más mínimo.

—¿Veo el qué, Friedrich?

—El fantasma, ¿qué va a ser?

Vaya, el espectro formaba parte de la tripulación.

—Sí, claro, el fantasma —suspiré resignado—. ¿Qué me puedes contar sobre el tema? Porque parece que me tiene querencia.

Entonces Friedrich sí que dio una ojeada a su alrededor antes de confesarse.

—No me extraña —masculló, diría que con sorna— Pues, rememorando, parece ser que en los años sesenta, concretamente en 1965, se cometió un asesinato en uno de los vagones, quizá el suyo. —Me dio un escalofrío.

—¿Por qué crees que en el mío? —exclamé sorprendido—. ¿Y qué significa eso de que no te extraña?

Pareció sentirse incómodo, pero recobró el aplomo.

—Piense que este tren está hecho de parches, ya que se fueron recuperando vagones de esa década y acomodándolos a como los ve ahora. Todo estaba en calma hasta que incluimos, ejem, el suyo; entonces apareció el personaje que acaba de ver.

—¿Cómo que acabo de ver? —protesté inquieto—. ¿No lo ve nadie más?

—Solo, ejem —carraspeó de nuevo—, lo ven los elegidos.

Debí de poner una cara como un poema y para imprimirla en los billetes de curso legal.

—Siempre, desde que añadimos el convoy, el fantasma se aparece a alguien de la expedición, como si esperara algo de él; una ayuda o quién sabe el qué.

Naturalmente, como buen profesional, Friedrich me sirvió un vaso de whisky más que generoso.

—¿Y tiene que ir dejando las babas por ahí? ¿No tiene bastante con pegarme soponcios?

—Se debe de aburrir, señor, piense que… —Hizo cuentas—. Sí,

exacto, son cincuenta y cinco años de muerto.

—Joder, como si quiere formar parte de la lista de los reyes godos —berreé—. ¿Y por qué yo? Y encima, no te extraña.

—*Es necesario llevar el caos dentro de uno mismo para poder alumbrar una estrella danzante*, señor.

—No me salgas con frases de tu abuelo.

—Bisabuelo, señor —corrigió—, pero no lo digo por decir. Todos los, digamos, elegidos tenían la cabeza muy atribulada, es decir, pensaban en demasía; no sé cómo expresarlo.

—Se hacían muchas pajas mentales, ¿no es así?

Volvió a carraspear y sin mediar palabra asintió con su testa teutónica, valga la cacofonía.

—Bueno, soy el elegido, pero esto no es una realidad virtual. —Suspiré y bebí un buen trago—. Ahora pasemos a los hechos y veamos qué sucedió hace cincuenta y cinco años.

—*Sehr gut, da geht es.* —Puse cara de póquer—. Perdón, señor, quiero decir «muy bien, ahí va». Algunas veces se me escapa mi lengua vernácula. —Sonreí—. Bien, pues parece ser que en 1965 una pareja que no era precisamente modélica, una pareja adinerada, porque este vagón siempre ha sido de postín, tuvo una fuerte discusión, cosa habitual en ellos, que fue subiendo de tono hasta terminar con la muerte de la mujer; vamos, eso ponía en los periódicos —hizo un gesto policial, diría que tipo Colombo—, los consulté. Le habían pegado un tiro en el corazón, a poca distancia, según dijeron tras analizar los residuos, y las únicas huellas que se encontraban en el arma confirmaron *a posteriori* —me miró para ver si le daba el visto bueno al latinajo— las sospechas iniciales sobre el marido, por las que fue recluido en el compartimento contiguo hasta que pudiesen ponerlo a disposición judicial, pero eso no pudo ser porque se suicidó, colgándose con una sábana. *Ein trauriges Ende.* Quiero decir que fue un triste final.

Sí, triste, tristísimo, pero el fantasma ¿se había olvidado las llaves y no podía volver a su casita? Pues cincuenta y cinco años dan para hacerse con un buen manojo de llaves o ganzúas. ¿Qué buscaba aquella sombra del pasado? Y lo más enigmático, ¿qué quería de un servidor?

—¡Ah, Friedrich! Has dicho que el vagón proviene de otro que ya era de lujo. Supongo que se modificaría totalmente, ¿no?

—Así es, señor, todo, excepto los paneles de la pared, que sencillamente se barnizaron, ya que estaban en perfecto estado, o casi perfecto.

—Gracias, Friedrich. —Enmudecí—. Buenos días —balbuceé.

—Buenos días —respondió.

—Sí, eso, buenos días, Friedrich, pero se lo decía a nuestro amigo el fantasma. Acaba de pasar junto a nosotros.

—¡Ah! Comprendo. —Me cedió el paso.

El ambiente estaba muy animado entre copas, vermús, cervezas y, ¡guay!, hasta cócteles.

—¡Otra copa de vino español! —El botones de la Legión Cóndor demandaba pitanza con claras manifestaciones de ebriedad.

Su mujer se estaba pegando un lingotazo dándole descaradamente la espalda y con cara de estar esperando que cayera redondo de un momento a otro, pero ni por esas, había que aguantar sus estupideces encharcadas en alcohol hasta el fin de los tiempos o al menos hasta la noche.

Adriano y su arrogante compañía, supongo que amante esposa, parecían estar molestos por el numerito.

Por fin, Asunción agarró al bolinga y se lo llevó a otro vagón. Se lo agradecimos de corazón y yo para celebrarlo me pedí un whisky.

—Un espectáculo deplorable, ¿no te parece? —me abordó Adriano, cerveza en mano—. Por cierto, creo que no te he presentado a mi mujer, Virginia. —La susodicha me tendió su fría mano.

—Encantado, señora. Pues sí, parece que no se pone límites en sus cálices patrióticos. —Me miraron intrigados—. Siempre está con su vaso de vino español en la mano, bueno, también en el gaznate.

No sé si pillaron mi aguda observación, aunque, para observar, las miradas que me pegaba la tal Virginia. Confiaba en que no iba a salirme otra lagartona como nuestra arrojada Asunción, que nos había librado del plasta de su mascota.

Nos detuvimos en una estación donde un rótulo rezaba Villar de Gallimazo. Me aferré a mi vaso y descendí del tren, y en el andén me encontré con Alejandro.

—No está permitido bajar del tren, pero el calorcillo del exterior es más saludable que el magma volcánico que se respira ahí dentro.

—¿Trabajas, Alejandro?

—No, estoy en el paro y espero, por la edad, no volver a pisar ni talleres ni oficinas. ¿Y tú, cómo lo llevas?

—Pues es el primer año de jubilado y para celebrarlo, como regalo, mi mujer me ha dejado.

Alejandro me miró e hizo un esfuerzo, pero no pudo aguantarse y estalló en una sonora carcajada. No me lo podía creer; me quedé mirándolo estupefacto para terminar acompañándole. Nos hicieron regresar al tren, cosa que hicimos sin dejar de reírnos como un par de

locuelos.

Entrantes
Jamón de Guijuelo
Limón serrano
Primer plato
Chanfaina
Segundo plato
Morucha con setas y crema de boletus
Postres
Bollo maimón
Vinos
Tintos y blancos de Sierra Salamanca.

A media tarde se servirá hornazo con los mejores vinos de la tierra.

El vino es una poesía embotellada.
ROBERT LOUIS STEVENSON

Esperaba no compartir mesa con el garrulo del vino español; me daba en la nariz que, como buen borrachuzo, no solo hablaba de su insignificante vida: a esos iluminados les da por arreglar la de los demás y encima dar consejos. Insufrible.

Me senté junto a Eusebio y Eugenio, que compartían mesa con Alejandro, que me hacía el efecto de que continuaba riéndose a mi costa. Será mamón.

—Bueno, muchachos —los llamaba con ese nombre, puesto que pasaban el listón de los veinte de manera justa—, os felicito por vuestro concierto, pero tú, ¿Eusebio? —el chico asintió—, no tocas la flauta dulce, ¿no?

—No, no, toco el clarinete, pero he optado hoy por la flauta. Luego le enseño el instrumento.

Alejandro esbozó una sonrisa ante la candidez del músico.

—Estando tu pareja delante no me parece lo más propio.

—Me refiero al clarinete —respondió azorado.

—Eso espero, tunante, ¿en qué estabas pensando?

Nos echamos unas risas, hincando el diente al jamoncito, que estaba de fábula, así como el descubrimiento de la ensalada de limón serrano; todo un manjar.

—¿Por qué llevas siempre la flauta contigo, Eugenio? —preguntó Alejandro. Aunque nos dio la impresión de que ambos, de manera alterna, cargaban con su instrumento, musical.

—Es como la cámara de fotos cuando estás de viaje, siempre la llevas contigo.

No era una puntualización incomprensible, puesto que yo, de trotamundos, hacía lo mismo.

Por cierto, parece que de joven viajaba, porque todavía tenía en la memoria el plano de las ciudades que suponía íbamos a visitar. Después me dio por pensar y llevar una vida más sedentaria, lo que quizá hizo decidir a mi querida esposa el darme puerta. También podría haberse traído la irlandesa aquí y vivir los tres juntos, así, muy recogidito el grupo. En fin, la vida seguía.

—¡Ah! Escuchadme; ya sé que podría ser vuestro padre e incluso abuelo, pero no me llaméis de usted, con un estirado —miré a míster W— ya tenemos bastante, y sobra.

La chanfaina estaba de toma pan y moja y la carne, para dedicarle una oda de un buen puñado de estrofas. El vino, sublime y el bollo, aunque no era de postres, delicioso. Se podía vivir.

En la mesa del beodo estaban sentados el sátrapa y su mujer, la neurótica de la pandereta. La buena de Asunción, aunque podía verla de perfil solamente, llevaba una cara como para pedirle la hora. Ahora bien, el arzobispo Gerardo estaba en su salsa, hablando como un descosido. Lo que no podía adivinar era de cuál de sus brillantes carreras.

—No os metáis mucho con aquí el vejestorio, porque acaba de pasar al sector de los divorciados. —Iba a darle una patada a Alejandro, pero no lo tenía delante. ¿Qué mosca le había picado?

—Pues hacen, quiero decir hacéis buena pareja —soltó cándidamente el flautista—. Igual en este viaje nace el amor.

Alejandro puso cara de descojone y yo me quedé alelado.

—Nunca es tarde para salir del armario —apuntilló el clarinetista.

Alejandro me miró con ojos tiernos.

—¿Tú qué opinas? —dijo amorosamente—. Por cierto, ¿qué signo del zodiaco eres?

—Géminis desde que nací y Cabra en el zodiaco chino desde que me parieron.

—Fantástico —exclamó el bergante—, yo soy Sagitario, signo de fuego y tu opuesto; activo y aventurero, mientras que tú eres aire; pasivo y soñador. —Estuve a punto de sacudirle—. Y bueno, Gallo en el zodiaco chino, o sea, que podemos montar una granja.

Los dos chavales se partían de risa con la perorata de Alejandro. Al final me uní al pelotón y nos reímos como posesos ante la mirada atónita del resto del rebaño.

Era la hora del café y la copa y en lontananza vi aparecer a Carlos.

—Solo, Carlos. Bueno, con una cita sobre la soledad, si no es molestia.

—Lo dijo Eurípides: *rema en tu propio barco.* —Y, como un toque de percusión, dejó caer el hielo en el vaso.

Una pipa después de una comida como la que habíamos disfrutado era un placer de dioses. Me sumergí en uno de los mullidos sillones y no tardaron en aparecer Alejandro y Asunción, ambos fumadores, pero al rato llegaron los dos músicos, que dudo le dieran a la nicotina.

—Los de ahí al lado están hablando de sus cosas —apuntó Eugenio, aferrado a su estuche—. Mejor dejarlos en su mundo.

Que no era el suyo, estaba claro. Sea como sea, los equipos se iban creando según sus inquietudes, aunque el sátrapa, con tal de poder pegar sus sermones, se abría paso en cualquier grupo, con humo o sin humo.

—Mira, Jaime —explotó lleno de felicidad Eugenio, sacando el instrumento, musical, de su funda—, esta es la cabeza y cerca está la embocadura. —Empezó a montarla con tanta ilusión que ninguno hizo comentario alguno—. El cuerpo, donde encontramos el platillo y la llave, y, por fin, el pabellón. ¿No es preciosa?

—Creo que ninguno de los presentes sería capaz de llevarte la contraria, vistos la pasión y el cariño con que nos has presentado a tu amiga. ¿No sientes celos, Eusebio?

El muchacho se ruborizó para nuestra sana diversión.

—No creáis —respondió el ruborizado—, algunas veces se acuesta con la puñetera flauta, como si no tuviera bastante con la mía.

Estallamos en una sonora carcajada y ahora los que se ruborizaron fueron los dos pipiolos.

—Émulo de Jean-Pierre Rampal —sugerí al imberbe flautista—, ¿por qué no nos deleitas con algo de los *Tríos de Londres*, del gran Joseph Haydn? Me encantan.

Dicho y hecho; el mozalbete los conocía y nos dio un recital que puso la comida en su sitio.

Fue una entrada triunfal en la universitaria Salamanca.

Me miraron con desdén cuando dije que quería pasear solo, pero debo decir que no fue por parte de todo el equipo, sino que algunos me desearon de todo corazón que me lo pasara bien. Hasta luego.

Crucé la plaza y casa de los Sexmeros, un siglo XVI bastante retocado, pero que rápidamente hace que se abra la Plaza Mayor ante tus ojos, una auténtica gozada. Porches, arcadas, edificios que parecen

chapados en oro cuando reciben los rayos de sol entre los mil y un ventanales y un suelo que parece un lago cuando lo baña la humedad, y en el que se refleja la nueva escultura de Xu Hongfei, *Tierra soleada*, tan dorada como los edificios. Me desvío a la iglesia de San Martín, plaza del Corrillo, para contemplar su fachada románica; frente a ella me encuentro con un hombre muy gordote con cara dulce que me mira y termina preguntándome si me gusta la iglesia y, al decirle que es muy hermosa, su cara refleja felicidad, como si estuviese hablando de su hijo; luego retrocedo para contemplar la fachada de la casa Miguel de Unamuno, con su soberbia entrada: *oh, Salamanca, entre tus piedras de oro aprendieron a amar los estudiantes*. Cojo la calle Libreros, antigua Ruta de la Plata, y camino embebiéndome de la ciudad mientras se abren callejuelas hasta llegar a la iglesia de La Clerecía, con su fabulosa portalada, que comparte honores con la Casa de las Conchas, gótica y plateresca. Me dirijo a la catedral porque quiero dejar la Universidad para el final y llego ante el monumental edificio, en el que se entretejen gótico tardío, renacimiento y barroco; es un edificio rico y complejo que despunta sobre el resto de los edificios y tras el que se esconde la Catedral Vieja, románico del siglo XII, que me embriaga, como todo el arte medieval. Retrocedo sobre mis pasos y me refugio en la plaza de la Universidad, saludo a fray Luis, *el aire se serena y viste de hermosura y luz no usada* para contemplar la gloriosa y plateresca fachada. Desde su interior me llegan las últimas palabras de la oda XXIII de fray Luis: *y a solas su vida pasa ni envidiado ni envidioso*. «Por la noche, dicen que se le puede escuchar en el aula donde impartía clases», me comenta una chica con sus poesías en la mano. Siento una molestia en los ojos que desemboca en una lágrima. Antes de retirarme, me asomo al río Tormes y contemplo el puente romano. Soberbio. Había tanto por ver, vivir y sentir, pero acabé rindiéndome y tomé el camino de la estación.

Si un organista toca el órgano, ¿un onanista toca el ónano?
Se lo preguntaría a los músicos.

Que no, que no, que el pensamiento
no puede tomar asiento,
que el pensamiento es estar
siempre de paso, de paso, de paso…
(Se ha muerto Aute)

El pasado se abre paso, y de paso, paso a paso, voy recordando ese pasado, que pasa y pasa hasta que por pasar me duele hasta el aliento.

¿Qué tiene que ver Miguel Hernández en todo esto? No me extraña que el fantasma me persiga, menuda cabeza tengo; me chorrean las tonterías hasta por las orejas.

—Vaya, el judío errante ha hecho su triunfal aparición.

Comentario jocoso por parte de… tres de mis queridos compañeros.

—¿Qué tal el paseo? —pregunté para salir por la tangente.

—Muy bien —salió míster W—, hemos descubierto que no nos hace falta para ir de excursión.

—No sabe cuánto me alegro —contesté con mi mejor sonrisa—, lo mismo me ocurre con sus comentarios y su presencia. Nunca falta alguien que sobra.

No pareció gustarle el comentario y el resto del grupo corrió un tupido velo.

—Y bien —proseguí, adentrándome en el salón—, ¿no habréis dejado un poco de hornazo?

—Creo que algo nos pondrán para la cena —comentó la media costilla de Ernesto—. No le haga caso al señor Víctor —miró si le escuchaba—, cada uno puede hacer lo que quiera. Me llamo Isabel. —Me tendió la mano y, la verdad, si habíamos sido presentados, no me acordaba, porque pasaba bastante desapercibida.

Le estreché la mano y le dije que no tenía importancia, pero que estaba encantado de hablar con ella, ya que hasta entonces no había tenido oportunidad.

Parece que quedó encantada con mi singular apostura y se colgó de mi brazo, al tiempo que la revoltosa Asunción se aferró al brazo que me quedaba libre.

—Dejad que vaya con vosotros; la conversación que mantienen estos *mermaos* me resulta tediosa.

Y allí íbamos: *nunca fuera caballero de damas tan bien servido*, pensé quijotescamente.

—Déjame ver tu mano —dijo Isabel, cogiéndomela al vuelo—. Tienes una línea tenar muy cerrada, eso indica una gran resistencia física y psíquica, pero no la tienes muy profunda —de lo que me estaba enterando. Y yo con estos pelos—, y eso indica poca actividad, aunque la línea inferior llega hasta el dedo meñique y se dirige a la zona hipotenar, lo que significa imaginación y fantasía. ¿Te interesa el tarot? —preguntó a bocajarro.

—Bueno, yo…

—Espera, voy a buscar la baraja.

Y eso que ni nos habíamos sentado. Me senté con Asunción.

—Es una buena chica —sirvió una copa para compartir—, pero

recuerda que me debes el primer baile. Yo te vi primero.

Bebí un sorbo y justo en ese momento entraba Isabel, *agitata ma non troppo*, con el mazo de cartas.

—¿Qué quiere saber? —preguntó como una colegiala.

—Pues me gustaría saber el nombre de los afluentes del Amazonas, pero creo que nos están llamando para la cena, así que posponemos la velada para después.

Se aferró de nuevo a mi brazo y me arrastró literalmente hacia el comedor.

—Recuerda que me debes el primer baile —me susurró Mata Hari al oído—. Y no te creas que te voy a soltar.

Nos sentamos junto a Marisa y su sonrisa, menudo pareado. Nos acomodamos Isabel, Asunción y yo.

—Los chicos, que sigan hablando de sus cosas, que nosotros seguiremos con las nuestras —sentenció Asunción.

Las otras chicas dejaron escapar una sonrisita como si fueran a vivir la aventura de su vida.

No había leído el menú, pero, como me habían dicho, cayó un cachito de hornazo, seguido de unas patatas *meneás*. Vamos, lo idóneo para dormir ligero. Y de postre, rosquillas de Ledesma, más leña al estómago. Eso sí, todo estaba de fábula.

Hablamos de misterios y signos zodiacales; de quiroanálisis (hablo en serio), y así me enteré de que la línea tenar se conoce como la línea de la vida; hablamos de tarot y hablamos… (Isabel). Hablamos de pintura y literatura y algo de cine (Asunción); y yo hablé de que me estaba reencontrando con un viaje del pasado, con el pasado incluso, aunque sin profundizar, y la alegría que me producía estar en tan buena compañía, cosa cierta. Marisa reía llena de felicidad; era todo oídos y disfrutaba de nuestra conversación sin recitar poesías ramplonas.

—Están arreglando el mundo —dijo Asunción, mirando la mesa donde se encontraba su marido—. Gilipollas —escupió, casi literalmente.

Por encima de la línea del horizonte apareció Carlos con su sabiduría a cuestas, junto con una botella de whisky y el correspondiente vaso.

—¿Las señoras tomarán café o alguna infusión? —preguntó escanciándome el oro líquido.

Si alguna vez necesitaba un criado, ya sabía a quién debía contratar. Anotó en su cabeza la comanda y me miró con seriedad: *Yo solo puedo mostrarte la puerta, tú tienes que atravesarla.* Y, como me quedara con la boca abierta, añadió: *Matrix*.

Vaya, era la segunda vez que salía a relucir el mundo virtual y, por si fuera poco, el mozalbete añadía frases de cine a las literarias. «Vaya», repetí.

Pasamos al fumadero porque, si me tenían que echar las cartas, las quería ahumadas, a lo que no puso reparos la echadora de marras y nos acomodamos con cinco espectadores, a saber: Marisa, Asunción, Alejandro, Eugenio y Eusebio. Mirando por encima de nuestros gentiles hombros había una mujer, con cara de anunciar remedios para las hemorroides y con una sonrisa que se la podía guardar en el bolsillo, con la que hasta entonces no tenía el gusto de haber departido, ni tampoco, por cierto, con su supuesto marido. Prosiguiendo, Isabel amenazó con la tirada en herradura y yo era todo dedos en un principio, y todo oídos luego.

—Baraja y corta tres veces, pero con la mano izquierda —instruyó muy puesta ella.

No pensaba llevarle la contraria, desde luego, pero tampoco pensaba decirle que había estudiado astrología y había hecho pinitos con la baraja del tarot. Lo dejaba todo a sus manos y su locuacidad experimentada.

Las cartas se distribuyeron en este orden: Torre (invertida), el Loco, la Rueda de la Fortuna, el Carro (invertida), el Juicio, el Sol, la Sacerdotisa.

Isabel me miró con ternura.

—Qué tirada más bonita —suspiró.

Yo creo que suspiraba siempre, igual que encontraba todas las tiradas bonitas. Ideas mías.

—Tu pasado es de encierro y negatividad, pero este viaje es un comienzo mental, físico o espiritual, quizá todo ello, con acontecimientos inesperados que pueden hacerte cambiar de dirección, aunque la suerte te acompañará si no tienes una expectación desmedida, porque ahora te toca renovarte mentalmente y esa vitalidad mental, física y espiritual, como ves volvemos a lo mismo, te va a llevar al conocimiento de algo que tienes oculto y que permanece sin revelarse.

Me levanté lentamente y le estampé un sonoro beso en la frente porque consideré que había sido una lectura muy acertada, aunque seguí guardándome el secreto de mis conocimientos, así como el hecho de que, sumando el valor de los arcanos XVI, X, VII, XX, XIX y II, daba como resultado 74, la suma de cuyas cifras daba 11, y eso nos lleva a uno más uno igual a dos, un número que se manifiesta como muy racional, pero con perspectivas muy audaces. Todo eso no te lo

voy a contar, Isabel, porque te ibas a enrollar como una persiana.

—Mejor no te lo podía haber dejado —comentó con sorna Alejandro.

—Pues me lo pensaré, porque tampoco va muy descaminado todo lo que he oído. Gracias, Isabel. —Le envié otro beso desde la yema de mi dedo.

La mujer me miró con cara de satisfacción, después de un trabajo fino y bien hecho. La verdad es que le ponía un notable alto.

—Bueno, señoras y señores, creo que es hora de comenzar a crear. —Miré al respetable y levanté la mano como brindando un toro—. Nunca es tarde si la dicha es buena, dice el viejo refrán. Hasta mañana.

Para desaparecer
debo encontrarme.
(Jodorowsky. Está vivo)

Sigo siendo un hombre del siglo pasado, pero ahora me asalta el temor de que soy factor de riesgo.

Abrí el portátil, que bostezaba sobre la mesa, y, cuando iba a sentarme, me di cuenta de que la silla estaba ocupada por mi vaporoso amigo, que fue disipándose al ver mis intenciones de ocupar su sitio.

—Por mí no te vayas, aunque me gustaría saber qué esperas de mí. En fin, en su momento caeré en la cuenta, porque, si espero que me lo digas tú, lo llevo claro.

Me senté frente al ordenador porque la lectura de las cartas me había abierto el apetito literario. Demasiado tiempo apartado del teclado.

Comencé.

Siempre te había recriminado el vicio de morderte las uñas, pero nunca me habías hecho caso, como tampoco te fijabas en mí.

Yo te seguía como un perro fiel a todas partes y lo único que hacías era confesarte conmigo. Sí, tenía que soportar que me contaras todos tus devaneos amorosos, todos tus encuentros sexuales, acompañados con todo lujo de detalles, al tiempo que tenía que observar cómo te mordisqueabas las uñas con un delirio enfermizo, evocando tu última conquista y sin pensar en mí, en todo el daño que me hacías, porque ya te habías acostumbrado al confesor, al escribano, al pobre pelele capaz de beberse toda su amargura, su dolor y, por qué no, su bilis.

Era un día de primavera cuando desapareciste; el pueblo estaba alborotado y la angustia recorrió todas las calles durante toda una semana. Yo colaboré en tu busca porque te quería encontrar, al igual que el resto de los habitantes de tu pueblo, que también era el mío, pero también sabía que era un trabajo inútil porque yo ya sabía dónde te encontrabas. Te había reservado un rincón apartado, inundado de flores y donde el canto de los pájaros te acompañaría siempre, sobre tu tumba, de la que había dejado que sobresalieran tus manos, para ver cómo crecen las uñas a los muertos.

Para ser lo primero que escribía después de tanto tiempo, quizá debería haber escogido algo más alegre, pero no tenía ganas de elegir a esas horas tan intempestivas. Veríamos la próxima noche. ¡Mierda! La silla estaba llena de babas de mi visitante. ¿No podría dejar una tarjeta de visita, como la gente civilizada? No sé para qué hablo si yo no uso tarjetas de visita. Miré el reloj.

¡Cielos! Las doce, debo volver a casa o me convertiré en ratoncito, o quizá en calabaza. ¿Dónde se habrá metido Cenicienta?

¿Y si viene Asunción? Le debo un baile.

Hasta mañana.

Soñé.

Soñé que cambiábamos de papa porque Francisco había luchado para que se levantara el celibato dentro de la Iglesia católica. Al no conseguirlo, dejó los hábitos para casarse con la dueña de una casa de ultramarinos en el barrio donde había nacido. Tras la boda cerraron el negocio y se apuntaron a la Unión Vegetariana del Sahara. El nuevo papa, un amante de las novelas de Julio Verne, había sido elegido jugando a la carta más alta y estaba dispuesto a pasar a la historia con el nombre de Nautilus I. Al tiempo que proponía que la Ciudad del Vaticano fuera trasladada a la Atlántida. Se discutió en profundidad qué empresa sería la más idónea para efectuar el traslado y se eligió a Wings and Wheels (alas y ruedas), por aquello de fusionar cielo y tierra. Lo último que recuerdo es el sol poniéndose tras la línea del horizonte sobre alta mar.

Tercera jornada

Me desperté tras un sueño reparador, como se acostumbra a decir después de abrir los ojos y darte cuenta de que tienes todo un día por delante. Porque, si has dormido bien, pero el futuro es negro, automáticamente confiesas que has tenido pesadillas toda la noche. Y es que lo malo arrastra y se apodera de todo lo positivo. *Positivo, todo positivo*, creo que decía un entrenador que tuvo el Barça, aunque no me acuerdo porque me interesa tanto el fútbol como la programación de televisión.

El comedor estaba esperándome, pero me vino a la mente ese rótulo que cuelgan en los bares: «Es un día precioso, seguro que viene alguien y lo jode».

Jamón, salchichón, chorizo y lomo.

¡No! Tiene que rimar:

Lomo y salchichón,

chorizo y jamón.

—Si al señor le apetece, también tenemos ración de jeta y morro rebozado —asaltome el uniformado desconocido, con el rótulo de Fermín.

—En esta vida hay que echarle morro y jeta, Fermín, pero si te lo echan a ti en el plato, no vas a decir no. Venga el vino, que las mujeres no tardarán en llegar.

Toma ya, y encima los Beatles en antena.

If I fell
Chorizo
It won't be long
Jamón
The night before
Jeta
No reply
Salchichón
I saw her standing there
Morro rebozado

Se acabó la tranquilidad.

Lomo.

—Vaya, los Beatles —exclamó Ernesto—, mejor le habría ido a la música si no hubieran existido.

Mejor le habría ido a la raza humana si no hubieses nacido, gilipollas. Y encima va y se sienta en mi mesa.

—Tienes cara de que te gustan. ¿Qué eres, más de los Beatles o de los Rolling? —tomó carrerilla—. A mí me mola Spandau Ballet.

En la cárcel de Spandau lo metía a él a pan y agua y sin pase pernocta.

—Y tú, ¿eres más de Sodoma o de Gomorra? ¿O te inclinas por Sagunto o por Numancia?

Abandonó la mesa con la excusa de ir a ver qué había para desayunar y afortunadamente no volvió a poner sus posaderas en las sillas de mi mesa. Con lo maja que era su mujer, que, por cierto, vino a hacerme compañía. Y es que mi *sex appeal* arrollaba como la locomotora que tiraba de nosotros.

—Tienes a tu maridito hurgando por las bandejas de pitanza —indiqué a la médium.

—Déjale, a ver si encuentra la inteligencia y la humildad.

Rediós, el viaje estaba dando un giro inesperado. Después de las confesiones de Asunción, ahora Isabel, que parecía tan modosita y poquita cosa, va y se me despendola en toda su integridad. Dejó su bolso sobre la silla que tenía a mi vera y salió de cacería por el bufet. Y en esto llegaron los aventureros que no tenía controlados, dispuestos a ocupar las sillas libres.

—¿Están ocupadas? —graznó la señora X, digo, porque no conocía ni nombre ni letra (que, por cierto, no sabía a qué venía eso de las letras).

Indiqué que podía disponer de ambos asientos y se dejó caer con gracia y donaire sobre la tapizada silla.

—Permita que me presente —volvió a graznar, y es que su voz sonaba de tal guisa—, me llamo Visitación. Hasta ahora no había tenido el gusto de hablar con usted.

—Encantado —saludé con un gesto afable—, pero, por favor, no nos hablemos de usted, ya que formamos, diría…, parte de una pequeña familia.

Esperó que llegara su marido con las viandas, entre sonrisas que definiría como más falsas que un euro de porcelana.

—Este es mi marido, Gabriel. —Como mi letra, pensé, pero muy distante, y seguí pensando—. Es poco hablador.

Lo agradecí, porque no me inspiraban mucha confianza, con perdón, aunque tenía la vaga impresión de que aquella polluela mandaba en el gallinero y era la que soltaba los kikirikí.

—Nosotros venimos de Madrid, ¿y tú?

—Yo he llegado de Barcelona.

Puso cara de superioridad y de estar por encima del bien y del mal. Madre mía, me temía que no tardaría en escuchar un montón de estupideces.

—Supongo que el viaje te lo habrás pagado de tu bolsillo, ¿o te lo ha pagado la Generalitat con el dinero que se embolsa del resto de las comunidades? —Llegó la esperada estupidez.

—¿Sabes lo que percibe la Generalitat, para hacer estas afirmaciones? —Hizo un amago de sonrisa e intentó hablar—. Háblame de los gastos de esa comunidad o, mejor dicho, de los gastos de todas las comunidades y de lo que perciben para mantener lo que acabas de decir. Justifícalo.

Desplegó las alas pavoneándose mientras su marido, con cara de colgado, se llevaba la servilleta a la boca pensando que era una loncha de fiambre.

—Eso se sabe. —Lo que me temía—. Todo el mundo lo sabe. Está claro. Pero tú qué vas a decir. —Miró a su marido del alma, que estaba escupiendo la pelusilla de la servilleta.

—Pero ¿eso se sabe porque se sabe, o lo sabe alguien que lo sabe y lo hace saber, o eso que se sabe se sabe a sabiendas de que se sabía de antes o se sabe a posteriori con un saber fuera de lugar que llega a saberse a través de la sabiduría popular? —Me detuve—. Y tú, no te fijes en mí, sino que plantéate lo siguiente: tú qué vas a decir, porque tengo la impresión de que la bilis te chorrea por todos los poros de tu piel. Yo solo tengo preguntas, pero parece que tú, ese tú tan inteligente y arrogante, tiene respuestas para todo. Hay que tener en cuenta que pensar es difícil, es por eso que la mayoría de la gente prefiere juzgar. —Le habría dicho que la frase era de Jung, pero seguro que eso se sabía.

Me levanté con la elegancia de un aristócrata, de los de antes, y, tras un leve movimiento de cabeza, hice mutis por el foro. En ese momento llegaba Isabel, que me miró con cara de agitar el pañuelo como despedida.

Los mozalbetes todavía olían a miedo, miseria y desarraigo, pero intentaban desprender olor a pedigrí porque ahora vivían en la capital de las *Españas*.

Es solo por su estupidez que algunos pueden estar seguros de sí mismos, sentenció Franz Kafka y yo estaba de acuerdo, mira tú.

Me apoltroné y saqué de mi funda la pipa y derivados. Yo también llevaba mi instrumento, no musical, como lo hacía Eusebio, en una hermosa funda ya castigada por el uso.

—¿Una copa, señor? —sonó a mi espalda.

—¡Ah! Hola, Carlos. Sí, ponme una copa y, si no te pongo en un compromiso, me dejas la botella.

—Ningún problema, señor. ¿Se siente todavía solo?

—Arrastro tanta soledad que he creado escuela. —Me aferré a la copa—. Tengo el tendedero de casa lleno de golondrinas sin pareja que vienen a dormir todas las noches. ¿Qué te parece la imagen?

—Por eso ayer no quise recitar ninguna frase sobre la soledad, me parecía cruel. Preferí otra con un toque de esperanza.

Le señalé la botella de whisky por si quería servirse, aunque esperaba la respuesta. Declinó el convite porque estaba de servicio, como todo buen uniformado.

—¿Sabes, Carlos? —Me estaba poniendo ñoño—. Tal día como hoy murió Georg Friedrich, como tu compañero de nombre, y Händel de apellido, y tal día como hoy, un 14 de abril, se instauró la república en este bendito país, un gobierno que duró cinco años y que fue abortado por un régimen militar que, sin tener programa alguno, estuvo cuarenta años dando la vara. Y ahora ha quedado como caldo de cultivo para nostálgicos descafeinados y alguna momia descerebrada que todavía sobrevive. ¿Tienes alguna frase que hable de la estupidez humana?

—¿*Vox populi* o más rebuscada, señor?

—Mejor más alejada del saber popular.

—*La idiotez es una enfermedad extraordinaria; no es el enfermo el que sufre por ella, sino los demás.* —Inclinó la cabeza e hizo ademán de irse, pero antes me dijo—: Es de Voltaire.

Menos mal que no añadió *señor*, porque ya estaba de la coletilla hasta los centros, pero, bueno, ellos tenían sus órdenes.

Es curioso, pero la muerte no afecta a todo el mundo por igual; fijémonos en Friedrich, vaya con los Friedrich, de apellido Hölderlin, que murió como tal para volver a morir como Scardanelli: *un hombre, pienso, cuando es bueno y sabio, ¿qué más precisa?* Cierto, ¿qué más precisa?

Aparecieron los músicos camino del vagón restaurante.

—¿Otra vez solo?

—¿Cuándo me habéis visto solo? —Los miré con dureza y terminé riendo—. ¿Es que no sois capaces de ver mi circunstancia?

Levantaron el vuelo porque llevaban hambre atrasada y eso me recordó que tenía que ir al médico porque todos los días me despertaba en ayunas.

Apareció Alejandro y se apoderó de la botella, vestido con una

sonrisa matinal. Seguro que había tenido orgía mental la pasada noche.

—Es mía —protesté—. Solo mía y no la comparto con nadie.

—Yo no soy nadie.

—Entonces sírvete, pero sin abusar porque necesito emborracharme.

Se sirvió una buena dosis, demasiada para mi gusto.

—¿Estás cabreado? —preguntó sin perder su sonrisa matinal.

—Asqueado.

—Eso es porque no eliges bien tus compañías. Ya sabes que estoy soltero y busco la pareja de mi vida, como dicen los casamenteros flautistas. —Se calló y pegó un sorbo que amenazaba con servirse otra copa—. ¿Cómo es que has caído en este safari?

—Mi mujer envió un boleto en el que sorteaban un viaje fantástico, que supongo debe de ser este en el que me encuentro. —Cogí la botella porque Alejandro la miraba con ojos de gula—. Era para la parejita, pero logré convencerles de que ella estaba en el Mato Grosso dando de comer a los caimanes, así que pude venir solo, solito. Y tú, ¿qué se te ha perdido por estos lares? Porque te cuadra esta aventura como a un Cristo dos pistolas.

Hizo intentos de recuperar la botella, pero le hice ademán de que se buscara la vida, pero, como soy todo corazón, cedí a sus súplicas.

—Mira, colega, tú ya estás libre de los grilletes del curro, pero a mí me faltan dos años para dejar de remar en galeras —hizo ademán de brindar y levanté mi copa—, pero, mira por dónde, tengo un amigo que está forrado y me paga todos los caprichos. —Solté una ordinariez —. Está imposibilitado y me encarga trabajos de lo más extraño; trabajos que después plasmo en un libro. —Solté otra ordinariez.

—Y este viaje puede ser un libro futuro, claro. Supongo que me dejarás en buen lugar.

—Solo si compartimos siempre el whisky.

—Eso está hecho. —Me quedé mirándolo—. Por cierto, ¿tú de dónde vienes?

—De Madrid, al igual que los flautistas de Hamelín. Marisa viene de Jaén y el usía, de W. C. Víctor, de Toledo. Isabel y el berzas de su marido son de Cáceres y Asunción y el chiripitifláutico españolejo de su marido vienen de Santander. El de las cuatro o cinco carreras y la mudita proceden de Zaragoza y los estirados, de Alicante. Hay otra pareja que no tengo ni idea de qué planeta son porque no hemos cruzado palabra.

—Deben de ser los que son paisanos tuyos, pero con un pedigrí que echa para atrás.

—Muertos de hambre hartos de pan, supongo.

—Más bien piojos resucitados —añadí.

Apareció el sátrapa, mirando a su alrededor para ver si le acompañaba un coro de serafines y, al ver que solo tenía a su vera a la reina de la pandereta, embistió hasta donde nos encontrábamos. No había posibilidad de huida, así que escondimos la botella, aunque el Jabba (d) no daba la imagen de darle sorbos al oro líquido.

—Pero ¿dónde está la gente? —preguntó con su gracejo habitual.

—Henos aquí, Comendador de los Creyentes y Custodio de los Santos Lugares. Tú mandas y nosotros obedecemos.

Que conste que yo no abrí la boca; ahora bien, el berzas pareció sentirse bien con la caterva de títulos con los que lo había rebautizado el dramaturgo Alejandro.

—Decíamos ayer —eso lo habíamos dejado atrás, en Salamanca, *espabilao*— que dónde nos llevaría nuestro periplo. Pues parece ser que vamos camino de Valladolid, a compartir estancia con los pucelanos, que parece que se llaman así por los hombres que fueron a pelear junto a Juana de Arco, también llamada la Doncella de Orleans, y como, en francés, *doncella* se dice *pucelle,* de ahí les viene el nombre, aunque también puede venir del término *pozuela*, ya que se encuentra rodeada de agua en un entorno seco y…

Madre del amor hermoso, menos mal que irrumpieron, cual un torrente de miel, los comensales abandonados a su suerte entre fiambres. Estábamos salvados.

Puesto que atravesábamos las tierras del gran Joaquín Díaz, que por cierto tenía otra teoría sobre el origen del término *pucelano* (2), comencé a recitar el romance de la molinera y el corregidor:

En la provincia de Huelva,
había un molinero honrado
que ganaba su sustento
con un molino arrendado…

Al que sucedió el de Delgadina por parte de Alejandro:

Tres hijas tenía el rey,
todas tres como la plata,
y la más joven de todas
Delgadina se llamaba…

—¿Qué tal me ha quedado? —pregunté.

—Cantas bien, pero no gusta oírte —respondió lapidariamente la

devorahombres de Asunción.

—Pues bailo peor —solté en referencia al baile que supuestamente le debía y que arrastraba unas connotaciones sexuales de toma pan y moja.

—Bueno, Simon y Garfunkel —soltó hiriente el enterado Ernesto—, me voy a conversar de otros temas.

Hasta donde llegaban mis cortas entendederas, estábamos cantando, no conversando, pero su decisión arrastró al sector más profundo y cerebral del grupo, incluso al devoraservilletas de Sergio, que no hablaba pero se fijaba mucho.

Los chavales se hicieron con sendos instrumentos de percusión, a saber, platos y vasos, y nos dieron un recital memorable, sobre todo con los vasos, con los que consiguieron todas las notas del pentagrama según la cantidad de líquido (agua, claro) que llevara el recipiente. Alejandro y yo seguimos recitando romances y cantando, aunque no gustara oírme, y el paisaje se iba quedando atrás. Fermín y Carlos permanecían impertérritos, máuser en mano, en la puerta del furgón, a la espera de ser requeridos sus servicios.

Marisa, todo candor, todo pureza, disfrutaba como una colegiala; Asunción me desnudaba con la mirada e Isabel se planteaba enviar a su marido al carajo y quedarse conmigo, lo juro, que sé leer en las miradas.

La grulla y la estirada, no recordaba su nombre, se mantenían en segundo plano con cara de dolerles una próstata que no tenían. Soledad, que se había quedado (sorpresa), no osó tocar la pandereta, lástima. Fue una mañana sabrosona.

Las horas habían transcurrido con rapidez y la hora de la comida se nos echaba encima. Cuando pasé por el lado de Carlos, le dije que no me dejara beber más, que tenía que conducir. Soltó un *sí, señor* que olía a cachondeo en leguas a la redonda. Pasamos entre los arreglamundos y apañavidas, tomando el camino del restaurante. Alejandro, Marisa, Isabel, Asunción y un servidor nos acercamos a la cocina; el resto habían sido engullidos por el Sanedrín. Felicitamos a la tropa que nos cocinaba tan apetitosos platos y Alejandro y yo, como estábamos medio bolingas, íbamos a cantar, pero Asunción nos hizo desistir con su *cantas bien, pero no gusta oírte.* Poca sensibilidad, oyes.

Entrantes
Pata de mulo
Rosquillas panaderas
Primer plato
Espárragos de Tudela de Duero

Patatas a la importancia
Segundo plato
Lechazo asado o
Gallina en pepitoria
Postres
Empiñonados
Hueso de santo

Vinos:
Ribera del Duero (tinto)
Cigales (rosado)
Rueda (blanco)

A media tarde se servirá tortilla de chorizo, acompañada del famoso y sabroso pan de Valladolid.

En el vino hay sabiduría, en la cerveza hay fuerza, en el agua hay bacterias.
BENJAMÍN FRANKLIN

¿Y en el whisky? *Porque demasiado de algo es malo, pero demasiado buen whisky es raramente suficiente,* palabra de Mark Twain; te alabamos, Señor.

Vaya, nos tocaba mesa con la estirada y Adriano, el adusto con carita de niño. Y digo nos tocaba porque Alejandro compartía la comida con nosotros.

La verdad es que hay gente que o bien pone una barrera para que no accedas a ella o bien mantiene una actitud prepotente en la que parecen escupirte en lugar de hablarte. Aquella pobre infeliz no hacía más que mirarte por encima del hombro, como si meara colonia o se limpiara el culo con billetes de cien euros, y en cuanto al castizo de Adriano, pues, además de sus sonrisitas, como si estuviera de vuelta de todo, lo cual quiere decir que no ha ido a ninguna parte, no se atrevía a abrirse porque uno se daba rápidamente cuenta de que la cara de niño era el reflejo de ese niño que no había madurado. Un pobre cagabandurrias que sentaba cátedra cada vez que abría la boca porque su papá, como buen cretino maleducado, había creado imbéciles y monstruos que se pavoneaban de algo que no se sabía bien qué era, y, como la prepotencia infantil se lleva bien con la soberbia, pues Dios los cría y ellos se juntan. Allí estaba el matrimonio, criando otros monstruos para perpetuar la imbecilidad.

—¿Así que escritor? —curioseó Adriano con mi compañero—. No me gustan los escritores, no cuentan más que mentiras. ¿No será de esos que escriben cosas raras que no entiende nadie? Ja, ja. A mí me gusta la novela histórica, claro que también leo volúmenes de historia auténtica, pero no esos tomos farragosos y enciclopédicos. Hoy hay cantidad de escritores que hacen la historia más amena, como debe ser, ja, ja.

Quién le habría contado a aquel bicho que Alejandro escribía. Seguro que el mismo Alejandro se lo habría largado a algún aventurero en alguna de sus curdas. Y aquel menda relamido hablando de historia como si la noche anterior hubiese estado cenando con Napoleón o Mío Cid. En cuanto a los escritores que llenan páginas y más páginas de historia amena y sobre todo auténtica, mejor no menearlo. Los hay que están para dar una nota de color a la vida. ¿Qué sería sin ellos? Qué aburridos estaríamos.

Y a todo esto, la mujer, que debía de comer por la oreja porque parecía no tener boca, con lo calladita que estaba.

—¿Compartes las aficiones de tu marido? —la abordé para saber si era de verdad o un holograma—. Porque ha dejado a la literatura, o más bien a los escritores, un poco defenestrados.

—Yo no leo —rugió sacudiendo su melena—. Tengo mucho trabajo en casa. Con los niños —añadió.

En casa y con los niños. Pensaba que ya tendría los vástagos granadillos, pero mira tú, eran escolares.

—Son muy inteligentes —la genética, pensé—, pero los profesores no saben apreciarlo. —Poca sensibilidad tienen—. No hay buenos profesionales.

Seguro que iban a un colegio privado para que los mimaran, y se habían encontrado con que ni pagando podían sacar provecho de los churumbeles. Eso, la genética. Sobresalientes en chulería y soberbia.

Los profesores, además de poder suspender a los alumnos, deberían poder suspender a los padres. Ya lo decía Machado en *Juan de Mairena*: «¿Le basta a usted ver a un niño para suspenderlo?»; respuesta: «Me basta ver a su padre».

Inmediatamente Adriano hizo una señal amenazadora a su media naranja, que en esos momentos hablaba de su afición por el fútbol y de cómo jugueteaba con esas maquinitas que te sumergen en un mundo de deportes, monstruos, guerras y otras mentiras, y es que el chico no aceptaba las mentiras en la literatura, pero no ponía reparos a los muñequitos que se movían por la pantallita. Qué raros somos.

Seguimos comiendo en silencio hasta que abordé a Alejandro para preguntarle:

—¿Crees que saldría una buena novela de la experiencia que estamos teniendo estos días?

—Creo que sí, pero te cedo el honor, ya que has comenzado a calentar las teclas de tu ordenador.

Adriano intentó intervenir con cara de pocos amigos, pero una rápida mirada de la monja alférez le hizo desistir.

—Gracias, colega; cuando tenga el borrador, te lo hago llegar.

La gallina en pepitoria estaba buenísima, y con vino tinto, más mejor. Los empiñonados, de fábula, y qué decir del pan con firma de Valladolid. Se podía vivir.

Nos levantamos e invitamos a la parejita a acompañarnos a tomar el café y la copa en la sala de fumadores, invitación que declinaron, cosa que nos contrarió, ya que nos apasionaba su conversación.

Carlos, que venía a ofrecer los *cafeses*, nos vio partir con la mirada perdida, como la Garbo en la escena final de *La reina Cristina de Suecia*. No tardó en aparecer por el salón.

—*Discutir con un idiota es igual a jugar al ajedrez con una paloma: da igual lo bien que juegues porque la paloma solo irá tirando piezas al tuntún, se cagará en el tablero y al final se moverá pavoneándose como si encima hubiese ganado* —sermoneó mientras servía los cafés y las copas —. No me gustan las palomas, señores.

No tenía precio.

—Conocía el texto del idiota que intenta llevarte a su terreno, pero desconocía ese, Carlos. ¿Quién es el autor?

Sacudió los hombros y salió del vagón con sus pasos empapados de silencio.

—Carlos no tiene precio —comenté—. Luego te presentaré a Friedrich.

—No te molestes, tenemos el mismo auxiliar.

—Pero no sabes que es bisnieto de Nietzsche —dije picaronamente.

Casi se atraganta.

—¿Otro cachondo? —preguntó.

—Otro cachondo —respondí—. Bueno, me termino el pelotazo y me voy a dar un paseo por Valladolid, ah, y a tapear, si es que los pucelanos no han arrasado.

Asintió y dijo que saldría con el safari porque sacaría información jugosa.

Enfilo por la acera de Recoletos, dejando tras de mí el monumento a Colón, fallecido en el antiguo convento de San Francisco de la ciudad en 1506, para llegar hasta la plaza de Zorrilla, nacido en Valladolid en 1817. El nacimiento y la muerte se contemplan frente a

frente. Frente a mí se encuentra el convento de las Comendadoras de Santa Cruz, dirijo mis pasos hacia la plaza Mayor. El teatro Zorrilla se alza donde antes estuvo parte del convento de San Francisco; Colón y José Zorrilla vuelven a encontrarse. Camino bajo los soportales de la plaza bajo la atenta mirada del Ayuntamiento. San Felipe Neri me saluda en mi camino al Pasaje Gutiérrez, esa coquetona galería, que en esos momentos no disfruta de mucha vida, pero que vale la pena contemplar; hay una mujer sentada en una silla de tijera haciendo calceta que me cuenta que a esa hora se está bien allí, pero que más tarde se pone imposible; nos sonreímos. No me separa mucho de la monumental catedral, inacabada, pero no por ello menos soberbia; Nuestra Señora de la Asunción: herreriana, barroca, churrigueresca. Desde mi posición avisto Santa María la Antigua, así que me dirijo hasta ella, pasando por la Universidad, desde donde comienzo a degustar un sabor milenario ante su inminente descubrimiento, y allí está, con su alta torre y su pequeño pórtico, románicos ambos, gótico el resto del templo. Me llego hasta el palacio de los Pimentel, cuna de Felipe II, y accedo rápidamente al convento de San Pablo, un monumento sobrecogedor, cuya portada no se cansa uno de contemplar, igual que la del Colegio de San Gregorio, frente al palacio del marqués de Villena, ambos edificios, sedes del Museo de Escultura. Enfilo el camino de vuelta entre palacios e iglesias y me detengo en el monasterio de San Benito el Real, frente al Mercado del Val, donde me encuentro con una anciana de piel muy blanca que me pregunta por la línea del horizonte y le respondo que la lleva en sus ojos; me da las gracias. Cruzo la calle, está Correos y me adentro en la zona de tapeo y me dispongo a merendar: un tigretostón y unas croquetas de jamón me apañan el estómago y después, sin abusar, me aprieto una tosta de gambas y un *carpaccio* de bacalao que me reconcilia con la vida sin estar cabreado con ella. Visita obligada al Pisuerga para adentrarme posteriormente en el parque Campo Grande, donde me detengo ante la cascada y dejo correr el tiempo. *Prefiero el reflejo de la vida a la vida misma*, decía Truffaut. Vuelvo a casa.

Hoy, 15 de abril, es el aniversario del nacimiento del polímata Leonardo da Vinci, que murió a los 67 años a causa de un derrame cerebral. Según su última voluntad, sesenta mendigos siguieron su séquito.

También nació Claudia Cardinale hace 81 años.

Abraham Lincoln fue asesinado un 15 de abril por John Wilkes

Booth, que a su vez fue muerto por un disparo del soldado Boston Corbett. Esto último he tenido que mirarlo en Google. El saber no ocupa lugar.

Llegué a la hora de la cena:

Sopa de ajo
Salchichas de Zaratán, blancas y rojas
Mantecado de Portillo («zapatilla»)

No quería quitarme el sabor de mi paseo por Valladolid, así que di un golpe de Estado y reuní en mi mesa a Isabel, Asunción y Marisa, con la excusa de contarles mi peregrinaje por la capital.

Sí, habían recorrido las calles, pero no las callejuelas, por eso se habían perdido algunas maravillas.

—El próximo paseo lo hacemos contigo —dijo Isabel, cogiéndome la mano, al tiempo que Asunción me daba patadas por debajo de la mesa y Marisa echaba unos suspiros entre pedazos de salchicha de Zaratán.

«Que te vaya bien», murmuré por lo bajini, pensando en mi distante esposa. Ella me había cambiado por una mujer y yo a ella, por tres. Al menos en mi imaginación, aunque, lo dicho, sabía leer en la mirada de una mujer y leer el peligro.

Alejandro me miraba amenazadoramente, pero divertido. Ponía cara de decirme: «Estás pasando a la acción, pensador impenitente». Ernesto me miraba lanzando cuchillos afilados con esos ojos verdes, verdes como la albahaca y, por si fuera poco, el cenutrio del españolista de Sergio hablaba de los Beatles, obviando a Spandau Ballet, y haciendo hincapié en que Lennon y Harrison venían de ascendentes españoles, lo más. Víctor intentaba llevar la conversación a su terreno y, claro, hablar, si no exactamente de él, sacar a relucir todas sus experiencias y aventuras. ¡Uf! Qué escalofríos.

Aunque, para escalofrío, el que me sobrevino cuando vi a mi invitado de piedra entre Marisa y Asunción.

—Qué frío me ha entrado de golpe —exclamó la buena de Marisa frotándose los brazos.

—Sí, hace un frío terrible —paladeó sus palabras Asunción—, necesitaría un buen masaje.

El mantecado de Portillo se me hizo bola en el esófago. Menudo valentón del tres al cuarto estaba hecho.

—Mejor vamos al salón —sugerí—. Allí os podré masajear a placer —dije, sacando pecho varonilmente.

Asunción se colgó de mi brazo, como el cesto de Caperucita, mientras las otras mozas charlaban acaloradamente.

—¿Te retiras a dormir muy temprano? —sacudió sin rubor la pregunta—. Podíamos retomar la conversación del otro día.

—¡Dios mío! —exclamó Marisa—. Tengo algo pegajoso en esta manga.

Vaya, mi amigo del alma iba dejando muestras mocosas por todos lados. Y yo que creía que eso les salía a los médiums por las narices, por las orejas y por la boca. Por otros agujeros no sé porque no están al descubierto. Me había salido juguetón el espíritu.

Friedrich se lanzó al rescate.

—Si la señora nos deja su prenda, se la lavaremos con sumo gusto.

Marisa se llevó las manos al pecho, como si se hubiese quedado en sujetador.

—No hace falta que sea ahora, Marisa, aunque por mí no debes cortarte, querida. —Me llevé su mano a mis labios y se rio—. Ya sé, te debo el primer baile —le dije a Asunción.

—Claro, qué tonta soy —siguió riendo Marisa—. Luego se lo hago llegar, Friedrich. ¿De qué baile habláis? —nos preguntó ilusionada—. ¿Hay baile hoy?

Vaya, el hombretón teutónico atendía a los tres solteros y a la encantadora y pizpireta soltera. Él fue quien la sacó de dudas.

—Hoy no, señorita. El último día se celebra siempre un baile.

Miré a Asunción, indicándole que tendría que esperar, aunque no la vi ni muy convencida, ni muy dispuesta a esperar.

Bueno, se acabó la fiesta, porque la marabunta irrumpía en esos momentos.

—¿Te has fijado en que los vagones de las salas de fumadores y no fumadores son más pequeños que el resto de los vagones? —me preguntó el soldadito Sergio, soldadito valiente, sin respirar.

Su mujer lo crucificó con la mirada y yo le dije que siempre había sido muy torpe para las medidas.

—Claro, tú no sabes de eso. Claro, no sabes —dijo, llevándose la pescadilla para venderla en otro lugar.

No sabía si podría vivir con tanta incultura, pero rehice mi vida en dos segundos. Me quedé en el de no fumadores porque en el de fumadores había muchos humos.

—¿No le das a la pipa? —me abordó Fernando.

—Prefiero las mujeres al humo —respondí sandunguero—. Y el whisky a las mujeres.

Eso me valió tres collejas, porque incluso las modositas de Isabel y Marisa se sumaron a la fiesta.

—¿Te vienes? —preguntó Ernesto a su mujer.

—Me quedo, no soporto los humos —le soltó a bocajarro a un más que cabreado Ernesto, que perdía su importancia por segundos.

Me había copiado lo de los humos, pero se lo perdonaba de mil amores. Total, tenía razón.

Pasó la pareja de la Guardia Civil, Adriano y Virginia, con todo su paso marcial. *Aluego* desfilaron Víctor W y Gerardo, seguido este por sus carreras, sin atar y sin bozal. La sonrisa de Soledad, como el gato de Cheshire de Alicia, pasó primero; después llegó la auténtica soledad y por fin llegó ella, esa carcasa vacía que sonaba como su imaginaria pandereta. Por fin, se hicieron de rogar, llegó el turno de Visitación y la cosita muda de su marido. Y sin paso de procesión, qué corte.

Estábamos libres de polvo y paja cuando, de repente y de improviso, súbitamente y de golpe y porrazo, llegó la alegría de la huerta, Eugenio y Eusebio, no me acordaba de ellos. Eran un soplo fresco en aquellos vagones rancios, repintados y restaurados, que habían sido invadidos por unos vejestorios; miré a mi alrededor: sí, eso, éramos unos vejestorios. No quería pensar más en ello.

—¿Dispuestos a cantar? —pregunté.

—Mejor nos cuentas una historia, campeón —intervino Alejandro —. Seguro que sabes un buen puñado, cráneo privilegiado.

Me sentí acorralado porque todo el personal se puso alerta. Parecía que no tenía escapatoria. Levanté el brazo para llamar a Carlos.

—Carlos, por favor, llena los vasos, que no se quede nadie sin bebida, porque esto va para largo. ¡Ah! Y pon uno de más porque creo que tenemos un visitante inesperado.

Miré a mi fantasma preferido y Carlos siguió mi mirada y asintió.

Sabéis la historia de un prisionero condenado a muerte que el día de su ejecución, camino del cadalso, le pregunta al guardia que le acompaña:

—¿Qué día es hoy?

—Lunes —responde.

—Joder, qué mal comienzo la semana.

Me miraron con intenciones de apedrearme o en su defecto tirarme las copas y vasos por la cabeza.

—Mamón —exclamó Alejandro—, eso es más viejo que el ir a pie.

Menos mal que las risotadas de Marisa inundaban el vagón. Al menos alguien comprendía mi arte.

—Aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, os voy a contar una leyenda de la ciudad.

Alejandro no se perdía una, porque, dijera lo que dijera, tenía la cabeza tan llena de historietas, citas y mil pensamientos como un servidor.

—En la época medieval había dos linajes importantes en Valladolid, los Reoyo y los Tovar. Un joven de la familia Tovar, enamorado de una chica que vivía al otro lado del río, se dispuso a visitarla, cuando por el camino se topó con un miembro del linaje de los Reoyo; se retaron y el joven Tovar mató al oponente. Y, siguiendo su camino, se encontró con que la lluvia había estropeado su barca, así que le era imposible cruzar el río. El joven lanzó una maldición e invocó a Satanás para pedir su ayuda. Entonces del agua surgió una espuma roja que tendió un puente sobre el río. Para cuando llegó a su destino, la muchacha estaba muerta y de ella solo quedaban cenizas. Y colorín, colorado, la leyenda se ha acabado. Moraleja: no le pidas a Belcebú aquello que puedas solucionar tú.

La verdad es que la leyenda nos abrió el apetito, así que, como la noche parecía tener intenciones de dilatarse, pedimos unos empiñonados y unos huesos de santo para acompañar el *bebercio* con el comercio.

De repente, Isabel, nuestra Isabel, se arrancó con un cantecito:

Dolores, ¿con qué te lavas la cara,
que siempre te huele a flores?
Dolores, ¿con qué te lavas la cara,
que tiene tantos colores?

—Es una canción de mi tierra —aseguró roja como un tomate.

La obsequiamos con un empiñonado.

—Marisa, anímate con el poema de *Andaluces de Jaén* —le dije, echándole un casto beso con aromas de malta y cebada.

—No la sé, pero… —Frunció el ceño como si fuera a embestir—. *De Jaén, ni burra ni mujer; y, en caso de duda, deja la mujer y tráete la burra.* —Miró al suelo, más roja que Isabel.

—Eso nos sabe a poco —protestó Alejandro.

—Por mí ya basta —dije levantándome—, mañana seguimos.

—Con otra historia —me conminó Alejandro—, pero esta vez de tu cosecha.

—Y ¿por qué no de la tuya? —protesté.

—Yo estoy de vacaciones.

Mamón. Me despedí del combo tropical y pasé de puntillas por el vagón de los sesudos, aunque tuve que dar las buenas noches. De

haber sido mi amigo el aparecido, ni me hubiesen olido. ¿Dónde se había metido? Le perdí la pista entre canciones y refranes. Seguro que me esperaba en el compartimento.

Ordenador y manta. Si se portaban bien, mañana les leía el cuento que me acababa de venir a la cocorota.

Escribí.

Mamá siempre nos decía: «No dejéis abiertas las ventanas, que hay corriente de aire y se llevará la luna».

Y, cuando llegaba la luna nueva, nos miraba amenazadoramente y nos conminaba a que confesáramos quién era el responsable de su ausencia.

Cuando estaba en cuarto creciente o menguante, corría por la casa cerrando ventanas. «¡Ay! —suspiraba—. Menos mal que he llegado a tiempo de cerrar las ventanas, porque, si no, el viento se la lleva toda entera».

Y es que vivíamos en un lugar donde las noches eran muy frías y nuestra madre se había inventado la historia de la luna y las ventanas.

Una noche de luna llena, en la que su luminosidad inundaba todos los objetos donde se posaba, salimos al jardín a hurtadillas porque nos resultaba un escenario maravilloso. Los árboles parecían estar revestidos de plata y los arbustos salpicaban el jardín como preciosas joyas. Las piedras, por su parte, iban devolviendo la luminosidad al cielo, al igual que una colección de espejos; pero, entre todas las piedras, una estaba revestida de una luz especial y parecía querer decirnos: «Cógeme, soy un regalo para vosotros». Y nos la llevamos a casa.

La guardamos en el pequeño armario donde mamá jamás iba a rebuscar nada y todas las noches la dejábamos en el alféizar de la ventana para que la luna y su retoño se miraran.

Poco importaba si la luna desaparecía del cielo; nosotros teníamos una particular, y mamá estaba sorprendida porque ya nunca tenía ocasión de decirnos que cerráramos las ventanas.

Pero llegó un día en que uno de nuestros hermanos dijo: «¿Qué hace este pedrusco en el armario?» Nos miramos y comprendimos que se había hecho mayor. Y así, sucesivamente, todos mis hermanos llegaron a considerar que nuestra luna particular no era más que un pedrusco.

Ahora, como soy el más pequeño de la casa, contemplo mi luna particular todas las noches, aunque sé que llegará un momento en que toda su magia quedará reducida a un lejano sueño, pero, bueno, siempre nos quedará la luna.

Bueno, esta narración resultaba algo más acogedora que la de la

noche anterior y quizá eso me iba a ayudar a dormir; me disponía a hacerlo cuando oí unos golpecitos en la puerta. Es verdad, le debía un baile.

No había nadie, solo un vacío corredor donde corría el frío de la noche. El fantasma me había salido guasón.

El sueño y los sueños me asaltaban con rigor.

Soñé.

Soñé que estaba en Valencia, en casa de Chus y Karim. Yo iba con una amiga de Madrid y sin mi mujer. Nos habíamos conocido en Marruecos, en un viaje por el Atlas. Comíamos la paella que había hecho Chus. Lo sé porque los recordaba. Claro que me acordaba de ellos, pero ¿qué hacían en mi sueño después de tanto tiempo? Comíamos la paella con la amenaza dulce de degustar un arnadí que había preparado Chus. Llegaron unos amigos de los anfitriones. El sueño se volvió turbio. El *sobrao* del sector masculino empezó con que si allí los catalanes no caían bien, que los madrileños no caían bien, que qué idiomas hablaban los catalanes porque no se les entendía, que allí se habían deshecho de TV3 porque no la entendían (repitió) y ya tenían un maravilloso Canal9, que los catalanes se lo habían robado todo, que si el catalán era un dialecto del valenciano, y, para complementar, que si los de Madrid les habían invadido y lo habían arrasado todo, que si eran unos chulos prepotentes y, para colofón, que el castellano se notaba que venía del valenciano.

Estábamos en la calle en un día caluroso y le pregunté si habíamos probado el arnadí, a lo que me contestó que no habíamos llegado porque opiné algo sobre la madre del cotorra pestilente y nos encontramos en la calle. Había un músico tocando el clarinete. «Toca algo de Sidney Bechet —le dije—, que tengo cuerpo de Sidney Bechet». Le di una moneda y me dijo que nos veríamos en el tren. Caminamos y cayó la noche. Miramos los escaparates de la pastelería para ver si encontrábamos arnadí. Pensé en cómo aquel imbécil me había entendido si se lo dije en catalán. En la acera de enfrente paseaban algunos viajeros. Asunción e Isabel nos saludaron y Marisa, que corría detrás del grupo, se detuvo y agitó un pañuelo. Se fueron alejando y alejando hasta que se perdieron de vista. Miré a mi lado y estaba solo.

Cuarta jornada

Viernes 16
Fíjate tú, Charles Chaplin cumple 130 años y no tengo su teléfono para enviarle un WhatsApp. Espero que no se lo tome mal.

Menuda noche, y yo que había creído que era Asunción quien llamaba a la puerta; menudo fiasco, porque, al abrir, allí no había nadie. Lo que faltaba, al fantasma, además de por ir dejando mocos en todos los rincones, ahora le daba por repiquetear a mi puerta. Qué falta de seriedad.

Me gusta estar presente cuando me afeito la barba, decía el caballero Tristram Shandy. Pedazo de obra.

La madre que parió al puñetero fantasma; tengo toda la puerta llena de… yo qué sé, eso que va dejando por ahí.

Las 7:30. Hora estelar.

Cecinas de Villarramiel
Morcillas de Villada
Queso del Cerrato
Panceta asada
Colesterol a tope (pues eso)

El tren iba muy lento, puesto que la distancia entre Valladolid y Palencia era muy corta. Lento y corto, como algunos miembros de la tribu.

Podríamos detenernos en Venta de Baños y darnos un baño, valga la expresión, por la visigótica iglesia de San Juan de Baños para confirmar que todavía seguía allí.

Fermín vino muy dispuesto a servirme; era un privilegio al estar solo en el vagón, puesto que, cuando llegaba la marabunta, dejaban que cada uno se sirviera, sálvese quien pueda.

—Fermín, buenos días. Mientras me sirves, mocetón —quiero un poco de todo—, voy a saludar a la fauna de la cocina.

Me asomé para desear un feliz día a los hacendosos cocineros y, cuando volví a la mesa, sentí como una lágrima resbalaba por mi mejilla, quizá por las dos. Qué presentación.

—Fermín, eres un artista. Esta distribución es propia, por su colorido, de un cuadro del maravilloso Kandinsky. Ahora, si me pones

buena música, puedo llegar a levitar.

El mozo pulsó con singular gracejo un botoncito y las melodiosas notas de un *jazz* modal acariciaron mis oídos. ¿Miles Davis o John Coltrane? Quizá otro elegido.

—Vaya, no teníamos bastante con los cuatro de Liverpool para que ahora tengamos que aguantar la murga del puñetero *jazz* ese.

Reconocí el rebuzno y, mira, ahora sabía idiomas, porque entendí la colección de tonterías que soltaba aquel engendro.

—Don Ernesto, qué alegría escuchar sus aleccionadoras y matinales palabras. —Me puse más acaramelado—. Dónde iría a parar este mundo sin las preclaras mentes que llevan el timón de la sociedad, esta, añado. Piense que, si tiene intenciones de humillar a los *top four*, al *jazz* modal o a un servidor, le recuerdo que de la humillación se vuelve, del ridículo jamás.

Lo conseguí, pasó de largo para estudiar con detenimiento y manifiesto cabreo la exposición de viandas, eso sí, sin esa disposición de cuadro de Kandinsky con la que había sido obsequiado un servidor. Otro día que madrugue. Mejor no, no quisiera coincidir con él.

—Estoy sentado en esa mesa —indicó Ernesto a la cantarina Isabel, que hacía acto de presencia.

—Pues yo me quedo en esta. —Cielos, Pompeya en llamas.

Hice una señal a Isabel levantando los hombros y ella pareció recapacitar, dejándome con mi morcilla, panceta, queso y cecina. Además del vino D. O. Arlanza. Y en esto apareció Visitación con su mudo llavero de carne. Saludó ella, movió los labios él y pasaron de largo. Bueno, no acostumbro a pisar la mierda, pero tampoco me pongo de rodillas para olerla. La vida sigue, pero pobre Isabel como aquel par de deyecciones se sentaran en su mesa.

Tampoco acostumbro a pensar durante aquellas horas de la mañana, aunque no podía quitarme de la cabeza cómo se iban delimitando los grupos entre cuatro gatos, pero, claro, la soberbia, el fracaso, la rabia, el odio, el resentimiento, la incultura, la autosuficiencia, la arrogancia, la estupidez, la garrulería, la superficialidad y qué sé qué mil cosas más van levantando muros ante unos y allanando el camino a otros, aunque acaben mordiéndose para ver quién lleva la razón. Sí, querer tener razón es la enfermedad crónica de la humanidad. Esas posesiones mentales que queremos imponer a los demás. En fin, *somos tan limitados que creemos siempre tener razón,* nos dejó dicho Goethe. A veces es mejor tener paz que tener razón.

—¡Ah! La cocina española —sin querer me había sentado de espaldas a la entrada, pero así resultaba un juego adivinatorio—, esa

cultura tan vasta y tan rica en matices, olores, sabores.

Asunción se sentó a mi vera y dejó que el carcamal de su marido siguiera recitando el romancero gastronómico.

—No te preocupes —dijo con indiferencia—, si encuentra otra mesa donde soltar sus estupideces, nos dejará en paz.

—¿Por qué sigues con él?

—Me paga la Seguridad Social. —Puse cara de póquer—. Mira, tengo una galería de arte y muchos amantes. —Seguí sin perder la cara de póquer—. Hago lo que me da la gana y a mi maridito, un alcohólico patriota trasnochado, le importo un comino, cosa que ni me va ni me viene. Me he acostumbrado a su presencia y no quiero atarme a nada. Quizá haya omitido algo, pero ya te lo contaré cuando estemos bailando.

Era una declaración de principios y una historia truculenta. Se levantó para ir a buscar su pitanza. Tenía razón, aquel ladilla se había aposentado en la mesa donde con sigilo había depositado sus glúteos Víctor W; joder con el numerito de las letras, algún sentido tenían. Sea como sea, me alegraba que su *excremencia* hubiese acogido a la oveja descarriada.

Entró Marisa con la sonrisa dibujada en su rostro, no como la del gato de Alicia. Aquella mujer, que parecía tan simple a primera vista, era un torrente de alegría y felicidad, capaz de contagiar a quien tenía alrededor.

—¿Está ocupado, Jaime?

—Por ti, Marisa. La silla y yo te estábamos esperando.

Naturalmente su sonrisa se multiplicó por dos y como regalo me estampó un sonoro beso en la mejilla, que puso en alerta al resto del personal.

Asunción volvía de servirse y le echó una mirada que decía: «Coto privado de caza». Y Marisa se la devolvió con un mensaje que decía: «Tranquila, que hay para las dos».

Mi querida ya exesposa, si me vieras… Sinceramente, ni yo mismo sé lo que estoy viviendo. La vida da unos giros que marean. Espero que seas feliz. Tuyo afectísimo, Jaime.

Llegaron los músicos con toda su música a cuestas. Definitivamente, faltaba muy poco para que hiciésemos dos equipos de fútbol. Por un lado, estaban Marisa, Isabel, Eusebio, Eugenio, Alejandro, Asunción y un servidor, pero sumábamos solo siete, mientras que en el otro equipo eran nueve. Claro que podíamos poner a Soledad de árbitro con una pandereta de verdad en lugar de silbato y fichar al fantasma en nuestro equipo, así equilibrábamos las fuerzas.

Hablando de fuerzas, desembocaron unas y desembarcaron otras,

las tres parejas restantes. Y, al poco, llegó Alejandro, con cara de sueño.

Eusebio se sentó en nuestra mesa y Eugenio y Alejandro se acomodaron con Víctor y Sergio, los Pimpinela *brothers*. A saber cómo terminaría la velada. El resto se distribuyó sin problema porque no estábamos jugando a las sillas musicales y teníamos asiento para todos y todas.

El músico del clarinete se encontraba en su salsa con nosotros y por fin consiguió destriparnos, sin sacarlo de su funda, de parte a parte el instrumento, musical: que si la boquilla y la ligadura, la articulación superior e inferior, junta de barril, llave del puente y, tolón, tolón, la campana.

De repente el Vesubio hizo erupción, el de la Pompeya de antes, y Eugenio se levantó indignado, seguido de Alejandro, que arrojó la servilleta a la cara de Víctor.

Eusebio, su clarinete y un servidor salimos detrás de la pareja.

Eugenio estaba lloroso con una tensión extrema. Miré a Alejandro.

—Creo que Víctor ha llegado al nivel más bajo que podíamos imaginar. Ha comenzado a hacer comentarios groseros sobre la homosexualidad y los instrumentos musicales de los mozos. Que si era el que daba o el que tomaba y, en fin, Eugenio, prudente él, se ha limitado a hacer un poco de ruido al levantarse, pero no ha mediado palabra alguna con ese imbécil.

Le iba a decir que el título de imbécil ya estaba asignado al patriota Sergio, pero opté por dejarlo correr.

—Ese borde —terció Eugenio— me ha preguntado si yo tenía lógica, porque las mujeres son frágiles y sin lógica, y siendo yo tan femenino…

Y apareció el sector femenino del viaje, acompañado del todopoderoso Gerardo.

—Bueno, bueno —era todo sonrisas—, parece ser que ha habido un malentendido. Vamos, vamos, aquí todo es buen rollito, como dicen los chicos hoy día. Claro, claro, ya sabemos que hay veces en que alguien suelta bromas de mal gusto, pero pelillos a la mar, que estamos de vacaciones.

—Sí, claro; bueno, que esas cosas se saben. —Intervino la sabelotodo Visitación, que, cuando soltó las palabras *se saben*, se ruborizó y bajó la mirada—. Sí, vamos, que esas cosas pasan; cuando se está, bueno, relajado, feliz, no piensa uno lo que dice.

Claro, claro; bueno, bueno; vamos, vamos, que tal para cual; yo creo que se habían confundido de parejas, porque aquel par de acémilas, con su incontinencia verbal, quedarían muy bien en una

jaula para periquitos parlanchines, mientras que sus respectivas parejas podrían encerrarse en una celda monacal, con voto de silencio incluido.

Cogí a Eusebio de un brazo y le cuchicheé al oído que tocara algo que le gustara a su pareja. Ni que decir tiene que le pareció una buena idea y en breves instantes estaba dando la matraca con el *Canon* de Pachelbel y siguió con el *Greensleeves*, que ya había tocado Eugenio días antes. Le puse el dedo en la boca a Marisa, por si le daba por volver a decir que era la melodía de una marca de legumbres.

Nos fuimos relajando, y mucho más cuando Gerardo y Visitación, después de su momento de gloria, hicieron mutis por el foro y se fueron con la música a otra parte, mejor dicho, nos dejaron con la música.

Soledad no se había dado cuenta de la desaparición de su arrojado paladín y permaneció con nosotros entre melodías musicales. Su rostro, lejos de la bola de sebo, comenzó a adquirir un color rosado y sus músculos parecieron relajarse; todavía había esperanzas.

Fermín apareció con una bandeja de cafés y Gonzalo con otra llena de espirituosos. Los dos silenciosos del grupo repartieron el *bebercio* entre los presentes, sin emitir palabra alguna y casi diría que por riguroso orden alfabético.

Hicieron aparición los restos del naufragio, camino del vagón de fumadores. Víctor sacaba pecho y echaba miradas altivas por doquier; Gerardo, al pasar, puso la mano sobre el hombro de Eugenio, que se lo sacudió de encima con un gesto esquivo. Soledad se unió a la procesión de nazarenos y nos abandonó; en cuanto a Isabel, su marido Ernesto le hizo una señal de que lo acompañara y esta respondió dándole la espalda.

La suerte estaba de nuestra parte y nos sonreía, pues el cabo de la escuadra, que solo aparecía para momentos estelares, nos reunió para informarnos de que nos íbamos a detener en Venta de Baños para visitar la iglesia de San Juan de Baños; mis plegarias habían sido oídas.

—¿Piensa acompañarnos o va a ir por su cuenta? —me preguntó el *sobrao* cantamañanas de Víctor—. ¿Irá andando o en metro?

—Pensaba ir montado en burro, porque tengo donde elegir —respondí dando una mirada a más de uno.

No hubo respuesta, pero tampoco la esperaba; ya se encargarían de descuartizarme a la vuelta.

—Tú, flautista —continué, agarrando por los hombros a Eugenio—. ¿Dispuesto a ver una joya visigoda? —Reparé en Eusebio—. Y tú ¿dónde vas con el clarinete?

—No lo dejo por nada del mundo.

—Sí, como la cámara de fotos, ya sé. En fin.

Estábamos a menos de diez kilómetros de Palencia y teníamos que hacer algo de tiempo, así que la idea me parecía de lo más acertado. Preparados, listos, ya.

Nos trasladaron en un microbús para que no se perdiera nadie del rebaño, aunque yo a más de uno no iba a echarlo de menos.

La iglesia no se había movido de su lugar después de mis dos anteriores visitas. Pensé, cosa rara en mí, que podía ser muy mental, pero me había marcado mis buenos viajes, pues todo el recorrido no era más que un repaso a mi pasado, o quizá había estado en otra vida. Se lo preguntaría a Isabel, la chica esotérica.

Las tres naves estaban iluminadas por una luz tenue que daba una sensación de intimidad que en esos momentos se rompía por el número de visitantes. Salí al exterior para ir a la contra del grupo. Seguro que me lo echaban en cara.

Me quedé como tonto, pero sin el *como*, frente a la puerta de la iglesia y, cuando desperté de mi letargo, la fui rodeando, recordando la decoración de los frisos, que también seguían allí, como la iglesia.

—¿Qué te parece la puerta de herradura? —sonó la voz de Asunción a mi espalda.

—Me estaba planteando si esa herradura pertenece a alguno de los burros que nos acompañan.

—No te preocupes —me dijo estampándome un beso en la mejilla.

—No lo hago —respondí con un beso en los labios.

No se inmutó y seguimos paseando junto al templo.

—El guía nos acaba de decir que el templo lo mandó levantar el rey Recesvinto —nos abordó Marisa—. Creo que formó un triunvirato —se llama así, ¿no?— con otro rey, Chindasvinto.

—Marisa, repasa un poco la historia. Claro, eres tan joven que no te obligaban a estudiar la lista de los reyes godos. Chindasvinto era otro rey, que iba primero que el anterior, pero uno sucedió a otro.

Suspiró y se me colgó del brazo que tenía libre, al tiempo que Isabel enfilaba hacia donde nos encontrábamos tras zafarse del berzas de su marido.

—No tengo más brazos, lo siento. —Me libré como pude—. Ahora que está más tranquilito el interior de la iglesia, me gustaría dar un garbeo y ver el mobiliario.

A mitad de mi camino me topé con Alejandro: *golfo*, me dijo al pasar.

Paseé embebiéndome de lo que me contaban aquellos muros, contemplando frisos y capiteles y respirando el olor del tiempo.

Hoy es siempre todavía, ¿no es así, don Antonio?

La verdad es que estaba pasando el duelo de mi separación con bastante soltura; podría decirse que no pasaba el duelo, sino que pasaba del duelo.

Back home, back train. Regresamos a casa, regresamos al tren.

Palencia.
Elevación: 749 m.
Patrón: San Antolín (2 de septiembre).
Población 2019: poco más de 160.000 habitantes.
Eso dice Google.

Entrantes
Cangrejos de Herrera de Pisuerga
Primer plato
Menestra palentina
Palominos bravíos
Segundo plato
Asado de cordero churro de Saldaña
Postres
Brazo de San Lorenzo
Socorritos

Vinos
D. O. Arlanza
Cigales

La vida es tan amarga que abre las ganas de comer.
ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Hablando de amargura, no estaba dispuesto a compartir mesa con ningún cenutrio del grupo y creo que ellos tampoco deseaban gozar de mi compañía, así que me las ingenié para hacerme escoltar por los dos chavales, creo que eran las personas más limpias del safari. Lo conseguí y compartimos mesa con Marisa, otra alma cándida, aunque algo parlanchina.

—¿Tocáis en alguna banda, en alguna orquesta? —pregunté, desguazando un cangrejo.

—Qué más quisiéramos, pero de momento salimos del paso con algún que otro *bolo* —contestó parte uno y terminó su pareja.

No quería sacar el tema del desayuno, pero para eso se bastaba y

sobraba Marisa.

—Espero que no estés pensando en lo de esta mañana. —Toma ya.

Seguro que se había olvidado, pero el tema volvía al *ring*. Tenía que pasar del boxeo al toreo, sacudiéndome unas verónicas y unas chicuelinas bien *lidiá*s.

—¿Habéis estado en Palencia? —corté por lo sano, cosa que agradecieron los mozos.

Marisa me miró con mala cara, pero rápidamente esbozó una de sus sonrisas y fue toda oídos.

—No —respondió Eusebio—. De hecho, no he viajado casi nada. En casa invertían todo el dinero en mis estudios.

—Yo tampoco —intervino Eugenio—. Mi historia es muy similar a la de Eusebio.

—Y ¿cómo llevan vuestras familias el que seáis pareja? —pregunté sin rubor.

—¡Jaime! —protestó candorosamente Marisa.

Solo faltó que me soltara la cancioncilla de *eso no se dice, eso no se hace, eso no se toca*.

—No pasa nada, Marisa —sonrió Eusebio—. Ojalá lo preguntara todo el mundo con tanta naturalidad. —Me miró—. Pues con más sorpresa que enfado —miró a Eugenio—, por parte de los dos.

—Qué enrollados —apostilló Marisa con alegría de haber escuchado un final feliz.

Marisa, una solterona voluntaria, tal como se definió ella, era maestra de Infantil. No había querido casarse, y para hijos, pues cada año cambiaba de tercio. Además, con el carácter que tenía, presumo que se llevaba con los niños de maravilla. En un principio me habían asustado sus risas incontroladas, pero así era ella, y quién era yo para evitar que alguien se riese. Bastante cara de besugo corretea por esos mundos. ¡Ah! Se bebió un buen vaso de tintorro. Y le gustó.

Los pipiolos, chavales, mozos y todo calificativo que les había puesto, porque me parecían de lo más tierno, vivían en Chueca, más felices que la mañana de Reyes después de abrir los regalos. Satisfactorios, claro. Tiraban adelante como podían y, si no les echaban los padres un cable, suertudos eran.

Comí a las mil maravillas y en buena compañía. Llegaron los *cafeses* y mi copa de mano de Carlos.

—Tres cortados y uno solo —recitó—. Un whisky y tres Baileys Irish Cream —sentenció.

Lo del *Irish Cream* lo había dicho con recochineo, estaba seguro. Cielos, Baileys, eso que exportan los irlandeses, descojonándose de los distinguidos aristocráticos que degustan y paladean tan singular

engrudo. Supongo que, si hubiera existido en el antiguo Egipto, Cleopatra se habría bañado en tan preciado líquido, sustituyendo sus remojones en leche de burra o camella, no recuerdo.

—*Sorprenderse, extrañarse, es comenzar a entender*, dejaron dicho los fabulosos Ortega y Gasset —susurró Carlos, naturalmente con cierta ironía.

—Sí, y los payasos de la tele, no te jode.

—¡Jaime! —me riñó Marisa por segunda vez.

Miré cómo vertía aquel semilíquido color Pantera Rosa desteñida y sentí un escalofrío. Carlos no tenía corazón y el trío de la mesa no tenía ni gusto ni paladar. Brrr. Qué horror.

—Brindemos —amenazó Marisa, levantando su cáliz.

Levanté mi copa y cerré los ojos hasta que escuché todos los *clinc*.

—Bueno, familia, si os parece, vamos a tomar las copas al vagón de no fumadores, porque el de los *nicotinos* está tomado por los *cansiplastas*.

—Eso de los *nicotinos* lo pillo —comentó Eusebio—, pero los *cansiplastas*, pues…

—De *cansinos* y de *plastas*, Eusebio. Aburren hasta a las ovejas. Si se toman una copa, arreglan este país; con dos, el mundo, y con tres se embarcan con los de *Star Trek* para echarle un pulso al universo. Es patético, pero es lo que más se lleva este *Mondo cane* —otra peli, vaya —. Este perro mundo, quiero decir, y es una peli muy antigua.

—A mí me gustaba Rin Tin Tin —apuntó Marisa, poniendo en evidencia que estaba más granadilla de lo que pensábamos.

No quise entrar en matices, pero tenía que reconocer que las aportaciones culturales de Marisa oscilaban entre Berlanga y Cuerda, con algún toque a lo Álex de la Iglesia, cosa muy a su favor.

Qué gustito estar apoltronado después de una buena comida, pero no podía dejarme caer en los brazos de Morfeo porque los actuales vacceos me esperaban.

Se incorporaron Alejandro y Asunción al vagón de los sanos, el de è *vietato fumare*.

—Echo de menos una pipa —dijo él cariacontecido—, pero estoy más tranquilo fuera de ese mundanal ruido.

—Es un precio que hay que pagar —intervino Asunción, aferrándose a mi brazo—, pero nuestra salud seguro que lo agradece. ¿Por qué me has abandonado hoy? —añadió—. Menos mal que tu amigo Alejandro sabe mantener una buena conversación.

—Gracias, Asunción, pero no ibas a pretender que entráramos en la absurda charla de tu marido con W Víctor y viceversa. Menudos trogloditas.

Marisa se aferró literalmente a mi otro brazo; triste sino el mío de ir siempre esposado.

—Vamos, Asunción, deja que los demás disfrutemos un poquito de su compañía. No seas acaparadora. ¿No te parece, cielo? —¿Cielo yo o cielo Asunción?

Pero, bueno, me gustaría saber qué mosca le picaba a Marisa cuando se encontraba con Asunción. Sacaba las uñas. ¡Si la vieran sus alumnos! Menudo voto de castidad había hecho.

Isabel apareció contoneándose con ganas de guerra y Alejandro se partía el pecho con la situación y me llamó aparte, orden que obedecí después de conseguir que mis dos tenazas me liberaran y se reunieran con la recién llegada.

—Eres imposible.

—¡Yo! —exclamé, grité.

Las mozas y los músicos levantaron la cabeza, pero volvieron a lo suyo.

—No debes de pensar mucho —siguió Alejandro con el pitorreo—. Si pensaras mucho, se te habría quemado el pelo, pero de calvo nada, tienes una cabellera muy abundante. ¿Qué pensaría tu mujer?

—Exmujer. Ahora vivo con un pez de colores y estoy buscando otra moza que huela a sábanas limpias. No te digo.

—Pues ahí tienes tres que beben los vientos por ti.

—¡Por mí! —exclamé, grité.

Los cinco rostros se volvieron hacia mí, nosotros.

—¿Qué demonios os lleváis entre manos? —murmuraron todos juntos.

Apuré mi copa.

—Me voy a conquistar la ciudad de Palencia. Nos vemos a la noche.

La calle Mayor, comercial de día, bulliciosa de tarde y llena de misterio de noche, se proyecta a lo largo de casi un kilómetro, y pegada a ella encontramos la plaza Mayor, pequeña y acogedora, donde se encuentra la iglesia de San Francisco, gótica con añadidos posteriores. Desde allí podemos acceder al barrio de La Puebla para encontrarnos con el monasterio de Santa Clara, siglos XIV-XV, y la iglesia de San Lázaro, también del XIV; el medievo nos envuelve. Vuelvo a la calle Mayor y pronto me encuentro con la iglesia de San Miguel y Nuestra Señora de la Calle o iglesia de la Compañía: ya estamos en el siglo XVI, entre callejuelas, en la zona más antigua de Palencia, pero, antes de ir a la catedral, bajo al corredor verde junto al río Carrión y, sobre el Puente Mayor, contemplo el Carrión y el canal del río Cuérnago; allí me encuentro con un hombre sentado que

sostiene una caña de pescar sin hilo y sin anzuelo, se lo hago ver; me responde que, si los peces no le molestan, tampoco está dispuesto a molestarlos, así que lo que hace es meditar, y eso me recuerda a una película (g). Paseo junto al río hasta que diviso los parques Huertas del Obispo y Sotillo de los Canónigos; entonces callejeo hasta llegar a la monumental catedral de San Antolín, *la bella desconocida*, tercera catedral más grande de España. Carece de fachada principal, pero a cada lado de su robusta torre se abren la Puerta del Obispo y la Puerta de los Novios. Rodeo la inacabable construcción, disfrutando de todas las sorpresas que encuentro en cada rincón, hasta que enfilo de nuevo a la arteria principal, la calle Mayor, pero, antes de entrar en los jardincillos de la estación, me acerco al convento de San Pablo, desde donde saludo al Cristo del Otero.

Jorge Manrique, palentino de pro, nació en Paredes de Nava en 1440.

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
qu'es el morir.

En el noroeste de Escocia se creía que los idiotas flotan porque tienen la cabeza hueca.

Planteamiento: echo al río Carrión a alguno de los idiotas del viaje; del Carrión pasa al Pisuerga y este desagua en el río Duero.

Nudo: el Duero desemboca en el océano Atlántico.

Desenlace: aparece flotando entre desperdicios de plástico.

No habían puesto lo que daban para merendar, pero seguro que caía algo. La verdad era que, después de este viaje, se imponía un régimen riguroso.

Exacto, allí estaban las hordas de Atila devorando las viandas más dulces del terruño: rosquillas, amarguillos, almendrados, mantecados y «bollos tontos y listos», así es que, a lo tonto a lo tonto, aquella colección de listos estaban merendando como los niños en la hora del recreo.

—Hola, Jaime —saludó Isabel—. ¿Has probado estos almendrados? Son dulces —y añadió—: Como un beso.

¿Qué se habría tomado por Palencia?, ¿o era que le estaba dando al vino dulce en demasía?

—Como los que tú debes de dar, preciosa. —Por qué no me mordía la lengua.

La vi venir con los morritos pidiendo guerra y me tiré encima de las bandejas como si no hubiese comido en una semana. Qué peligro tenían las chicas del viaje. Cada una en lo suyo, todo hay que decirlo.

Me senté en una butaca y frente a mí, no había reparado en él, se encontraba mi etéreo perseguidor. Tenía cara de pocos amigos. Pero ¿qué quieres que haga? Le pregunté con la mente porque no se me ocurría otra forma. Por primera vez me miró con cara de odio y sentí cómo se me erizaban los pelos.

Apareció Alejandro, festivo, como casi siempre, e hizo intención de sentarse en el sillón de mi compinche.

—¡No! Ahí no —exclamé nervioso.

Se me quedó mirando y dirigió la vista hacia el sillón. Por fin tomó asiento en otro.

—Te llevo tiempo observando y creo que hay algo que deberías compartir con alguien. Y, si te sirvo yo, pues adelante.

—¿Ves a alguien ahí? —Señalé el sillón—. No, ¿verdad? —seguí sin dejarle responder—. Pues hay un tío sentado.

Alejandro alargó el brazo para ver si tocaba algo o podía percibir alguna sensación.

—No te esfuerces, se acaba de largar. Me tiene loco. No sé qué pretende que haga.

Me tiró un dulce y se levantó para servir un par de whiskys. Fermín asomó la cabeza por si necesitábamos alguna cosa.

—Algún día te contaré algo sobre mis fantasmas —dijo pasándome el vaso—, pero de momento suelta por esa boquita.

—Pues que hace cincuenta y cinco años —empecé como un torrente— se cometió un crimen y hubo un suicidio en nuestro vagón, y ahora el de la sábana blanca quiere que averigüe algo que no tengo pajolera idea de qué se trata. —Lo miré—. Y me ha elegido a mí para que le solvente la papeleta.

—No serán imaginaciones tuyas, porque…

—¡Déjate de imaginaciones! —exploté—. Toca el asiento y seguro que está lleno de mocos. Todos los mocos que vamos encontrando son suyos. Parece que tenga que ir dejando la firma.

Y claro, allí estaba el pegajoso elemento. Hicimos señas a Fermín, que sin mediar palabra limpió el sillón. Me temo que el infanzón también estaba en el ajo, como Friedrich.

—Bueno, colega —levantó los hombros el escritor—, hay una superstición que apuesta por besar los zapatos del muerto durante el velatorio si no quieres que se te aparezca, pero, con un fiambre de cincuenta y cinco años atrás, se te pone el tema complicado.

—Y hay otra que habla de tirar a los tontos al agua —recordé mis

pensamientos—, pero dejémoslo, que no estoy para supersticiones.

—En fin, no te vas a quejar, te persiguen tres mujeres y un fantasma. Y eso que no se ha terminado el viaje.

Le devolví el dulce, pero apuntando a su cabezota, y fallé, aunque por muy poco.

La cena. A comer de nuevo y otra vez, pero, bueno, ya se sabe: el comer y el foll… Sí, eso, todo es empezar.

Lentejas pardinas de Tierra de Campos
o
Alubias de Saldaña
Venado asado

Cañas de las monjas de Paredes de Navas
(en honor a don Jorge Manrique)

Y que no falte el vino.

¡Cielos! En la mesa con Ernesto e Isabel, menos mal, y de postre el adiposo de Víctor W. Aunque suponía que los dos machos cabríos se cornearían durante la cena mientras Isabel y yo hablábamos de nuestras cosas.

—Creo que al guía de hoy le faltaba algo más de soltura —comenzó el sublime Ernesto con un comentario trivial para romper el hielo—. Le faltaba conocimiento sobre los monumentos. Le he notado cierto encasillamiento.

Mucho conocimiento, encasillamiento y, por qué no, *monumiento*. Qué aburrimiento de jumento.

—Quizá, si hubieses hecho de guía, habría resultado más interesante el recorrido. —Supongo que eso iba por mí—. Aunque el guía de hoy era una mujer y, por cierto, de muy buen ver, ¿no le parece, don Víctor?

—Sí, es cierto, la mujer se va abriendo paso en el mundo laboral. —¿En qué siglo vivía el menda?—. Dentro de poco nos caerá encima una presidenta de Gobierno, porque alcaldesas ya hemos tenido.

—Y seguimos teniendo —interrumpió Ernesto, el sin importancia —. Lo dicho, ¿no te hubiera gustado hacer de guía?

—Come y calla —intervino con singular gracejo y presteza la doña de la mesa—. Si sigues diciendo tonterías, me voy a comer a la cocina.

—Un buen lugar para la mujer —mira por dónde salía el W—, porque desde tiempos…

—¡Vete a la mierda! —explotó la doña.

Yo no me hubiese expresado mejor. Quizá hubiese utilizado la locución *irse a tomar por ahí mismo* como desagravio al numerito que le había montado al bueno de Eusebio.

Ernesto intentó detenerla y Víctor abrir la boca, pero se quedaron con sendos gestos de quiero y no puedo; en cuanto a mí, pues, entre bocado y bocado, con una flema que me surgía de lo más *jondo*, les dije:

—Sí, me habría gustado mucho enseñarles las mil maravillas de la ciudad. —Y seguí disfrutando de la cena.

Los dos hombres, entre disculpas del uno y el *no tiene importancia* del otro, me dejaron cenar en paz.

Terminé y eché un eructito controlado. Aquel par de trileros ni se dieron cuenta de mi tocata y fuga.

Los humanos somos como las almendras: todas son iguales por fuera y menudas sorpresas te llevas cuando les hincas el diente.

Llegó Isabel. ¿De dónde salía? ¿Había cruzado entre las fieras? Estarían tan entretenidas dándole a la sin hueso que ni repararían en ella.

—Isabel, guapa. —Me puse meloso—. Con lo profunda que eres tú. Con tus horóscopos, tus cartas y supongo que con todo ese saber milenario que te acompaña, ¿cómo osas decir esas barbaridades?

—No me des la vara. Después de este viaje lo envío a la mierda.

—A…

—Sí, a ese, porque al otro ya lo he enviado.

Le cogí la mano sin preocuparme de si entraba alguien.

—Tranquilízate. —Leñe, dejó caer su cabeza en mi hombro, como la canción de Paul Anka (3)—. Es que Víctor es un pesado y un bocazas.

—Ese imbécil me trae sin cuidado. Es de mi marido del que hablo.

—Ya, pero es el otro el que te ha sacado de quicio.

Se acurrucó más aún si cabe.

—Cállate, ¿quieres? Estoy muy bien contigo. Ya lo solventaré. —Estaba como un polluelo bajo el ala—. Cuando te enfadas con una persona, le escribes una carta de disculpa y luego la quemas —me soltó como una lección de psicología.

—Ya, y luego ¿qué haces con la carta?

Pegó una carcajada que llegó hasta el maquinista. Pero a mí no me quedaba claro si la carta iba para W o para su maridito del alma.

Entró Eusebio y su clarinete, lo que hizo que Isabel me liberara un

poco.

—¿Molesto?

—Tú nunca molestas; Eusebio —respondí—. Y tu clarinete, que forma parte de ti, tampoco.

Isabel le tendió la mano y lo hizo sentarse junto a ella y también dejó caer su cabeza sobre su hombro, aunque más castamente.

—Cuando llegue el resto de nuestro grupo, el nuestro, de nosotros, propiedad… —Le di una colleja suave—. Pues eso, seguimos cantando, contando historias y bebiendo como descosidos para terminar bailando desnudos sobre la mesa. —Se detuvo, miró a un Eusebio que escuchaba con la boca abierta—. Víctor es un imbécil.

Eusebio sonrió y quiso quitar hierro al tema.

—Cuéntale lo de escribir una carta y después lo de prenderle fuego al interfecto.

—Eso lo has dicho tú, mamón.

Fueron pasando *el uno del otro en pos, en solemne caravana,* como los camellos que relataba Jardiel Poncela en su *Angelina o el honor de un brigadier*.

Alejandro me echó una mirada de complicidad, indicando que pasaba al vagón de fumadores, y ya estaba dispuesto a ceder al vicio cuando apareció el cabo del escuadrón. ¿Dónde se escondería?

—Señoras y señores, presten atención, por favor —exclamó, manos en alto y haciendo acudir al rebaño a su alrededor—. Escuchen, a partir de esta noche vamos a efectuar diariamente un sorteo y, para ello, agradecería escribieran en un papel la letra que les ha correspondido, ya que, después de removerlos, sacaremos uno y sabremos quién es el ganador.

Bueno, por fin descubrí la finalidad de las letritas que nos habían sido asignadas.

—Esta noche —prosiguió edulcorando más aún su presentación—, ¡ah!, esta noche se va a sortear —señaló un bulto que sostenía el literato Carlos, cubierto por un fino velo color morado— nada más y nada menos que… *Voilà* —quitó el velo—, una edición del *Quijote* ilustrada por el gran Gustave Doré.

Siguió regalándonos los oídos con el tipo de encuadernación, los dorados, la tela y poco le faltó para que nos dijera de quién era la traducción.

En fin, todos dejamos caer nuestro papelito en un recipiente de porcelana, bastante feúcho, por cierto, y esperamos que se agitara y sirviera el cóctel y, redoble de tambor, salió la letra B, aunque nadie respiró.

—Querida Marisa —intervine—. Creo que es tu letra, enhorabuena.

Dio un respingo, pegó un grito y me dio un beso y un achuchón, como si yo fuera el portador del oro, el incienso y la mirra.

—Qué maravilla —metió la cuchara el hispano Sergio—, el *Quijote*. Uno de los grandes escritores de España. —Y Cervantes debía de ser el monaguillo.

—Dígame —intervino Alejandro—, ¿qué escritor es su preferido?

Se lo quedó mirando como si le fuera la vida en ello.

—Hay tantos —vaciló—. Hay muy buenos escritores en España. José María de Pereda, el insigne cántabro, es uno de ellos, naturalmente. Tengo en casa sus obras completas —anunció con solemnidad.

—¿Ha leído *Sotileza, Peñas arriba, La puchera*…?

Hizo mutis con una sonrisa estúpida, como si hubiese visto la luz. Al menos no salió con la historia de que no hacía falta leerlo porque todo el mundo sabe que es bueno, buenísimo.

Marisa sostenía el libro como si de un recién nacido se tratara. Ese niño que no había tenido. Y lo miraba con ternura, como a los niños que debía de tener en su clase.

—Lo volveré a leer —exclamó como un discurso para todos los viajeros, algunos de los cuales, de manera descortés, ya habían abandonado el vagón—, siempre da gusto releer una gran obra.

—La literatura española es de una calidad indiscutible —sentenció con prosopopeya el parlanchín españolero, volviendo de la luz—. Y el *Quijote*, ¡ah! El *Quijote*, qué obra, qué libro.

—¿Ha leído el *Quijote*? —pregunté con cantinela incluida.

—No hace falta leerlo. Es una obra inmortal. Ya se sabe que es una obra memorable. —Ya salió el tema.

Lo abandoné mientras iba recitando esas verdades estúpidas que no sirven de nada.

Al pasar por el lado de una sonriente Visitación, que disfrutaba del momento con una sonrisa estilo la Collares (4), saludé con una inclinación de cabeza.

—Ya ves, primavera, se sabe, todo se sabe.

Puso cara de vinagre, bueno, la de siempre.

Afirmación y negación sin ninguna razón. Qué mundo este. Detengan el mundo, que me apeo. Qué tiempos aquellos. Creo que había ideales, ¿qué fueron sino verduras de las eras? La sociedad y eso que se llamaba conciencia de clase han devenido un banco de sardinas grises y asustadas. Eso sí, se hacen selfis para recordar su mediocridad, su miedo y, sobre todo, su arrogancia. Basta de frases. Basta de puntos y seguido. Basta.

Nos quedamos los siete magníficos mientras la hidra de nueve cabezas se reunía en el vagón contiguo.

Hice un intento de retirarme. Estaba cansado. Aquella tensión cansaba. Menudas vacaciones.

Asunción me cogió por el talle y comenzó a bailar conmigo mientras cantaba.

Mirando al mar soñé
que estabas junto a mí.
Mirando al mar yo no sé qué sentí,
que, acordándome de ti, lloré.

Volví a hacer un intento de retirarme con mi fantasma, que supongo me estaría esperando.

Marisa acariciaba el libro y los chavales hablaban animadamente con Isabel y Alejandro. Yo, que me había escapado de las sensuales tenacillas de Asunción, volví a abrazarla y canté mientras bailábamos.

No existe un momento del día
en que pueda apartarme de ti.
El mundo parece distinto
cuando no estás junto a mí.

—Ya hemos bailado —comenté—. Y por partida doble.

—Es el primer paso —selló con unos morritos seductores.

Qué viaje, madre del amor hermoso, qué viaje. Y me lo quería perder.

Saludé a Friedrich y, cuando me vio llamar a la puerta de mi compartimento, noté que le arrancaba una sonrisa. Dentro me encontré con mi compañero de armas.

—Tienes una conversación de lo más amena, pero mejor te callas porque voy a escribir. Tengo un cuento muy loco, loquísimo.

¿Qué podía querer de mí? Aquel vagón estaba completamente reformado, aunque, espera, la madera de las paredes, según Friedrich, solo había sido barnizada, y si… Pero ¿qué podía esconderse allí? Di unos golpes sin convicción y nada. Mejor ponerme a escribir.

—¿Sabes qué decía Woody Allen sobre el futuro? Claro, tú no conoces a Woody Allen. No, claro. Pues decía: *me interesa el futuro porque es el sitio donde voy a pasar el resto de mi vida*. Aunque espero no estar dando la vara, ¿me entiendes? La madre que te parió, mira cómo has dejado el teclado de babas. Mejor te vas a dormir.

Se me había olvidado que había estado bailando con la música de *Mirando al mar* y *Contigo en la distancia*, que seguro conocía por ser de su época.

Dejémonos de historias y al tajo.

Sí, así es la historia. La madre y el hijo viven solos en la casa y el muchacho, bueno, dice que puede viajar en el tiempo. Sí, esa es básicamente la historia, aunque la madre le dice que le iría mejor diciendo las mismas estupideces que sueltan los hombres en el bar, mientras beben mucha cerveza y hablan de fútbol. Le dice que ya tiene treinta años y no debe ir contando esas cosas por ahí. Pero el hijo insiste en que puede viajar en el tiempo, porque hace una pedorreta con los labios y luego mueve el brazo como un molinete; si lo gira hacia adelante, es para ir al futuro, mientras que, girándolo hacia atrás, viaja al pasado. Que sí, madre, insiste, lo que pasa es que con gente delante no funciona. Y la mujer mastica tanto el pedazo de carne que tiene en la boca que este termina deshaciéndose entre sus dientes, y mientras, murmura entre esos mismos dientes que lo que necesita esa criatura es un padre; ese padre que perdió siendo tan pequeño. Y luego ella le dice que en el barrio comienzan a murmurar porque siempre lleva puesto un casco de motorista, cuando todo el mundo sabe que él no tiene moto; entonces él le dice que algunas veces coge tanto impulso que se cae de cabeza en el pasado, igual que se cae de cabeza en el futuro. Que lleva casco porque se cae de cabeza. Y su madre contiene las lágrimas porque piensa que su hijo quiere hacerse notar porque no tiene padre, como los demás muchachos; y su madre sigue masticando el inexistente pedazo de filete y sigue insistiendo con lo de los vecinos; que si no se da cuenta de que le hacen burla a sus espaldas y que las madres esconden a sus hijos cuando pasa él. Y él, erre que erre, que ahora se va a enterar, y para que se entere se va a su habitación, a la que nunca puede entrar su madre, y regresa con un collar dorado que asegura es de oro. Y ella le pregunta si es robado y él responde que sí, pero que se lo ha robado a gente que vivía hace dos mil años. Y es que él lee y se informa antes de viajar, por eso va a los museos, para elegir lo que más le gusta, y luego se va al pasado a buscarlo, porque al futuro ha ido un par de veces y no le gusta porque nada tiene consistencia, que no reconoce los olores, ni los sabores, ni tan siquiera los colores. A él le gusta lo antiguo, le dice a su madre, y esta llora por el cumplido, pues ella se siente antigua, y entonces se crea un clima tan emotivo que el hijo la coge de la mano y la lleva a su habitación, donde se encuentra frente a un montón de objetos, algunos de los cuales ella recuerda haber visto en la televisión. Y, cuando llaman a la puerta, la mujer se da cuenta de que no tiene carne en la boca y el joven cae en la cuenta de que no tiene padre desde hace años.

Que son de la policía, dicen dos hombres con una placa en la mano y se meten en la casa como si fuesen de la familia, acusando al hijo de robo de piezas antiguas, que de dónde las ha sacado, dónde las ha conseguido, dónde las ha robado, porque un vecino del bloque de enfrente, el del telescopio, que se pasa el rato curioseando por las casas en lugar de mirar al cielo, ha visto todo lo que tiene en la habitación, así que se lo llevan, y el hijo, sin quitarse el casco de motorista, les cuenta en el rellano de la escalera que lo que ocurre es que él puede viajar en el tiempo y que todo eso se lo ha traído de allí, del pasado, porque el futuro no le gusta. Y los policías se encogen de hombros porque el único tiempo que les importa es el que falta para que comience el partido de televisión y tienen los minutos contados para llegar a la comisaria, así que hacen caso omiso a sus palabras y a las de su madre, que repite una y otra vez que todo eso ocurre porque no tiene padre, que lo perdió cuando era muy pequeño.

Sí, así me lo contaron, y me dijeron que, cuando llegó a la comisaría, le estaba esperando el comisario con un agente y unos señores muy amables que le dicen que al día siguiente, cuando hayan examinado las piezas, le dirán algo. Y el comisario se lleva la mano al interior de la chaqueta y dice que, si por él fuera, le daba el pasaporte allí mismo, y el muchacho responde que no necesita pasaporte, que él, con hacer una pedorreta y mover los brazos, puede viajar donde quiera, comentario que hace que se le remuevan las tripas al comisario, que saca una pistola enorme que llevaba escondida bajo la americana y, si no llega a ser por los presentes, lo acribilla a tiros porque de él no se ríe nadie. Así que abandona la habitación y se va al sótano, donde expiden certificados y papeleo vario a los inmigrantes, para desahogarse con ellos diciéndoles que guarden bien la cola, y qué mal visten, y qué mal huelen, y a soltar collejas y cachetes entre el personal multicolor.

Y, al día siguiente, los señores, que eran estudiosos de cosas antiguas, vienen descompuestos porque, después de hacer pruebas a las piezas que tenía en casa el muchacho, en lugar de dos mil años, tienen unos quince días de antigüedad, y eso les llena de desasosiego y otros extraños calificativos. Y el muchacho, con gesto complaciente, les cuenta que la figurita de oro se la trajo de un viaje que hizo a Roma, retrocediendo unos dos mil años en el tiempo. Y al comisario, que consiguió crear una rebelión en el sótano con sus cachetes y collejas, y que recibió, entre la confusión, un tortazo anónimo de uno de aquellos insurrectos, le sube la sangre a la cabeza y, mientras saca su pistola, grita que ahora sí que le da el pasaporte, al tiempo que los amables señores le cierran la boca al prisionero, dispuesto a contar de nuevo sus viajes con la pedorreta. Y, después de calmar al comisario, le dicen al ladronzuelo que les haga una demostración de sus viajes, a lo que responde que con gente delante y con

luz no funciona, pero, como insisten, se pone el casco de motorista, que está encima de la mesa, y comienza a dar vueltas por la habitación al tiempo que agita el brazo como un molinete y deja ir un sonido pastoso entre los labios. Y el comisario, que vuelve a perder el color amarillento de su rostro para comenzar a ponerse azul, se lleva la mano sigilosamente hasta la funda de su pistola, pero, antes de llegar a ella, alguien golpea involuntariamente el interruptor de la luz y la habitación se queda a oscuras.

Así fue, y así me contaron cómo terminó todo. Para cuando volvió la luz, el muchacho, lejos de la mirada de los presentes, había iniciado un viaje hacia quién sabe dónde.

Así fue porque me fío de quien me lo contó, que también me dijo que el muchacho se había ido a vivir con su padre, con su madre y con un hermanito, que era él mismo, pero que nunca se lo contó. Y algunas veces le enviaba postales a su madre, postales desde el pasado, que llevaban sellos que ella recordaba; incluso le envió una vez una fotografía donde estaban los cuatro, y su madre, de la impresión, estuvo tres días sin comer, pero, como su hijo ya tenía padre, durante el cuarto día estuvo cantando alegremente mientras sacaba el polvo por toda la casa.

La una de la madrugada, pero creo que ha valido la pena. Me gusta el humor del cuento, aunque creo que he puesto demasiadas íes. En fin, para lo absurdo del tema creo que tampoco le caen tan mal y… Me estoy durmiendo y nadie llama a mi puerta. Hora de dormir, quizá soñar.

Sueño.

No me dejan vivir, menuda colección de anormales. Cuánto ruido. Me gusta el silencio, odio el ruido. Mi compañero de mesa me confiesa que no hace el amor con su mujer porque ha descubierto que masturbándose no tiene que demostrar nada a su señora esposa, que se queda muy bien y relajado; quizá no ha pasado la adolescencia, quizá debería compartir esa opinión con ella, con su mujer, pienso, mientras contemplo un teatro de guiñol en el que hay una mujer dándole bastonazos a un muñeco que tiene la cara del Gran Masturbador, en tanto que él lleva la mano pegada a la bragueta. Observo las caras de los espectadores: no son niños, son mis compañeros de viaje, que aplauden con verdadero fervor.

Quinta jornada

He dormido poco y he soñado mucho, pero, como decía don Antonio, *tras el vivir y el soñar, está lo que más importa: el despertar*. Y como complemento, las palabras de Ambrose Bierce: *si deseas que tus sueños se hagan realidad, ¡despierta!* A sus órdenes.

Duchita.

Podría pasarse el fantasma y frotarme la espalda.

¡Qué buen despertar tengo! Ya me lo decía mi mujer.

Jigote de chorizo
Morcilla
Cecina

Me apunto en mi agenda mental el estar comiendo judías verdes y acelgas todos los días hasta soltar todo el lastre que voy adquiriendo, aunque, con el cariño con que lo cojo, me da pena perderlo.

—¿El señor desea probar la tortilla guisada? —preguntó un solícito Fermín.

—De mil amores, Fermín.

Dejé en sus manos amorosas la preparación de la mesa y fui a dar los buenos días a los alquimistas de la cocina.

Cuando regresé, el infanzón me regalaba los oídos con maravillosa música de madrigales que hacía más llevadera la digestión. El chico era especialista en música y me tenía tomado el número. Seguro que llegaba el crítico musical de Ernesto a dar por el ojete con sus opiniones.

—¿Le gusta Monteverdi, señor?

Iba a decirle que, después de todos los mimos con los que me trataba, podía tutearme, pero seguí manteniendo distancias y enviándole ósculos de paz desde la lejanía.

Ernesto fue el primero en llegar, como siempre.

—Joder con la musiquita. Ya podrían poner *Los Cuarenta Principales.*

Capaz era de darle un morreo si supiese que se convertiría en rana.

Enteradillo, pero pusilánime. Algo maniático, pues observé cómo pasaba la mano por la silla antes de sentarse y limpiaba el vaso con la servilleta. Además le daba reparo que su mujer tocara temas

esotéricos. En fin, era encantador, pero, si se rompía, no pensaba comprar otro.

No me dio los buenos días, cosa que me traía sin cuidado, aunque me extrañó que viniera solo, sin Isabel.

Aparecieron Visitación y el mudito; ella, todo orgullo y engreimiento, la incultura y la pobreza mental intentaba esconderla tras aquel rostro avinagrado, lleno de sonrisas llenas de dientes, más falsas que un bolso Vuitton de *top manta*. El marido no sabe, no contesta. Se sentaron juntitos, dejando distancia de seguridad, cosa de agradecer.

Gerardo, con sus carreras pululando a su alrededor, y Soledad, con su soledad a cuestas, hicieron una triunfal aparición; él, con ademanes de parlamentario del siglo XIX, muy turiferaria ella, con las loas justas y el incienso moderado. Resumiendo, si *er nene* tiene cuatro carreras y es insoportable, como estudie la quinta, salimos corriendo.

Por fin entró alguien compatible con mi forma de vivir.

—Buenos días, Jaime —saludó al alimón el sector musical.

—Buenos días, chicos. —Los miré—. ¿No os molestará que os llame *chicos*?

Negaron con la cabeza.

—Pedidle a Fermín que os sirva una porción de tortilla guisada, está de fábula. —Bajé la voz—: La tiene escondida para los de confianza.

Esperé que llegara Alejandro para que les hiciera compañía y abandoné la mesa.

Llegué hasta el compartimento de Isabel y llamé a la puerta, pero no hubo respuesta, aunque podía escucharse un silencioso movimiento en el interior. Volví a llamar.

—No necesito nada, váyase. Estoy bien —se oyó.

Que no necesitaba nada era posible, pero eso de que estaba bien no entraba dentro de las posibilidades.

—Voy a entrar, Isabel.

Corrí la puerta, que no tenía seguro, y me encontré con una Isabel temblorosa que me daba la espalda. La cogí por los hombros y, aunque se resistió, la giré hacia mí. Tenía un hematoma tumefacto en una mejilla. La abracé y dejé que vaciara los lagrimales.

—Vístete —ordené—. Nos vemos en el vagón de no fumadores.

Me dirigí al comedor en el momento en que Ernesto y sus secuaces salían camino del fumadero. Sin mediar palabra le aticé un puñetazo con puntilla y encajes que lo hizo caer en brazos de la iluminada parlanchina de Visitación y puso en pie a todo bicho viviente en metros alrededor.

—Así irás a juego con tu mujer, hijo de puta.

Ahora que había de qué hablar, todo el mundo estaba callado. Cuando tenían que hablar, tocaban la armónica y, cuando tocaban la armónica, deberían hablar (e); cosas del cine y de la vida cotidiana.

En aquel momento hizo su aparición Isabel y el silencio se volvió más profundo.

—Vamos, vamos —comenzó el sátrapa con intenciones de arreglar la situación y el mundo.

—¡Vete a la mierda! —exclamé sin mirarle.

La caravana, prietas las filas, desfiló en silencio; ni tan siquiera el lesionado/agraviado Ernesto abrió su boquita para canturrearnos una melodía de Spandau Ballet.

Marisa y Asunción se acomodaron junto a Isabel. Eusebio y Eugenio se sentían incómodos, sin saber dónde dejar caer sus posaderas. Alejandro me miró pensativo.

—De un plumazo has metido en la paella un par de ingredientes más. A este paso vas a hacer una de esas mixtas, con pelo y pluma, que no son mis preferidas, por cierto.

—Me importa un comino —respondí recobrando la serenidad—, pero no vamos a comernos la paella; mejor se la comen ellos, como Juan Palomo, ya sabes, el de *yo me lo guiso* y todo eso.

Allí estaba todo el mundo en silencio y no me gustaba nada, así que propuse que jugáramos al escondite o un partido de fútbol; no, mejor aún, de waterpolo. Cosa más tonta de gente, echaron por el suelo todas mis proposiciones.

Pues nada, lo más juicioso era retomar las historias y, mira tú, Eugenio, el flautista, se descolgó con una historia que siempre contaban en casa.

«En el pueblo de mi padre —bueno, no es que fuera suyo, pero alguna parcelita le correspondía—, pues eso, en el pueblo había un hombre que siempre decía que no sabía; cuando le preguntaban algo, respondía: “No sé”, y le pusieron, claro, el apodo de No Sé.

»Llegó a casarse porque eso sí debía de saber cómo se hacía, al igual que también sabía hacer hijos, porque tuvo cuatro. Pero, como no se quería comprometer con nada, él seguía diciendo a todo “no sé”.

»Tan arraigada tenía la frasecita, tanto creía en el no saber que, por no saber, no supo ni que se había muerto, así que, después de muerto, se paseaba todos los días por el cementerio como si tal cosa.

»A su mujer no le hacía ninguna gracia que la gente del pueblo le fuera con el cuento de que habían visto al difunto de su marido de aquí para allá entre angelitos y crucifijos, así que decidió tomar cartas

en el asunto y se plantó en el camposanto, con mandil incluido, para hablar con el fiambre. Le preguntó si estaba vivo o muerto, y claro, qué iba a responder él: "No sé".

»Menudo rebote se cogió la mujer. Le cantó las cuarenta y le dijo que para qué narices le iba a llevar flores a una tumba vacía si el muerto se paseaba con las manos en los bolsillos en lugar de ocupar el sitio que le correspondía. Eso no era serio, protestó.

»Tanto insistió que el finado estuvo de acuerdo con que le hicieran un nuevo responso para que le volvieran a despedir sus allegados. Así que un domingo se reunió la familia con los amigos, y él, echando una mirada a diestro y siniestro, se coló en el ataúd, traspasando el umbral hacia el más allá, donde algo debieron de preguntarle, porque desde dentro del ataúd se escuchó una voz que decía: "No sé"».

La tonta historia consiguió arrancar alguna que otra risa, entre ellas la de Isabel.

Entró Carlos con cafés, espirituosos y dulces, mantecadas de Astorga, *comme il faut*.

—Si las señoras y los señores me permiten —dijo con una voz cadenciosa—, quisiera contarles una pequeña historia.

Lo dicho, no tenía precio; cuando terminara el viaje, lo envolvía para regalo y me lo llevaba a casa.

«Hay una población en la que, al llegar a cierta altura, en la última curva del sinuoso camino, se puede divisar el jardín de las estatuas entre el verdor de los parterres y a través de los árboles, que hacen resaltar más todavía el color blanco de aquellas figuras. Una curiosa colección de personajes, esculpidos en un material que resulta extraño a los vecinos, pues aquella piedra no puede encontrarse en la comarca.

»Nadie en el pueblo tiene memoria de cuándo fueron creadas o trasladadas, quizá, hasta ese lugar, pues los habitantes recuerdan haberlas visto toda su vida, ya que, cuando hablan con los más viejos del lugar, estos responden que han compartido toda su vida con ellas, al igual que habían hecho sus padres.

»Hay un sentimiento de felicidad al pasear entre las estatuas, ya que ese color blanco va mudando según avanza la jornada. Al despuntar el alba, toda la piedra se baña de un color dorado, mientras que, cuando las copas de los árboles se iluminan con los rayos del sol, adquieren un tono verdoso.

»También se las ha visto convertirse en plata bajo la lluvia y que, al cesar el aguacero, el arcoíris parece tocarlas una a una, confiriendo al jardín un brillo espectacular. Y, cuando cae la noche, por muy cerrada

que esta sea, se vuelven de un azul intenso salpicado de estrellas.

»Pero lo que nadie conoce es su poder, esa ternura en acoger a la gente cuando se siente angustiada e invitarla a pasear entre ellas si está movida por nobles sentimientos, con el resultado de que, al día siguiente, sus problemas y desasosiegos han desaparecido, al igual que el recuerdo de haber paseado entre aquellas figuras, que queda borrado para siempre.

»Muchos hablan de haber tenido un sueño en el que, mientras se adentraban en el jardín, habían sentido como si alguien los acompañase en su paseo para acabar abrazándolos fraternalmente. Pero nunca deja de ser más que un sueño».

—¿Dónde está ese lugar, Carlos? —pregunté, oliéndome la respuesta.

—Muy cerca, señor, muy cerca. —Y el muy cachondo añadió—: No se les ocurra pagar nada, la ronda corre de mi cuenta.

Isabel sonreía y el resto del grupo nos encontrábamos bien dentro de aquel silencio, dentro de nuestro jardín de las estatuas.

Atrás habíamos dejado Paredes de Nava, pueblo de Jorge Manrique y de las dulces cañas de las monjas, y Villada, pueblo de morcillas. León rugía y se podía sentir su aliento.

Entrantes
Bacalao al ajo arriero
Primer plato
Sopa de truchas
Segundo plato
Botillo del Bierzo
Cocido maragato
Postres
Nicanores de Boñar
Mantecadas y merles de Astorga

Vinos
D. O. Bierzo/ D. O. León

Por la tarde se servirán imperiales de La Bañeza con chocolate a la taza.

A mi estómago poco le importa la inmortalidad.
HEINRICH HEINE

Suponía que el botillo o el cocido serían a elegir, aunque allí no había reglas y podías ponerte como el Quico, como se dice vulgarmente.

Me senté porque ya iban marcándose posiciones, con Asunción, su lagartija hispano-bocazas y Marisa.

Era una situación peligrosa porque Asunción pasaba de su marido y este no se callaba ni debajo del agua; ahora bien, Marisa era una mujer todoterreno y una persona permeable, con capacidad para hablar hasta con el mismo diablo.

—Me alegro de que te haya tocado el libro —se pavoneó el mostrenco—. Yo también tengo uno en casa. —Si solo tenía uno, seguro que era la guía telefónica—. ¿No es así, cariño?

Asunción, sumergida en la sopa de truchas, lo miró como intentando adivinar de qué material estaba hecho.

—Sí —dejó pasar unos segundos—, cariño.

—Yo tengo otro *Quijote* en casa y lo he releído varias veces, al menos algunos capítulos —apuntó Marisa.

Sergio, cara al sol con la corbata nueva, inició una conversación anodina a la que Marisa respondía maquinalmente. Era curioso: no le interesaba lo más mínimo la conversación, pero era capaz de sumergirse en ella como un buzo. Sonreía, hablaba y, sobre todo, comía.

Asunción me preguntó qué había sentido al darle el puñetazo a Ernesto, porque, si había sido satisfactorio, estaba dispuesta a ponerlo en práctica como gimnasia cardiovascular. Sus ojos se desviaron ligeramente hacia su maridito del alma.

Isabel se había sentado con Alejandro y el dúo musical, mientras que los humillados y ofendidos, Ernesto y Víctor, compartían mesa con el otro ofendido, Gerardo, y su cornaca. Un belén fácilmente olvidable.

Marisa no se sintió atraída por el botillo y se inclinó por el cocido.

—¿No se empieza por la sopa? —Me miró.

—No sé por qué se lo preguntas —intervino el de la camisa nueva bordada de rojo—. Él no sabe. No sabe.

El que no sabe, que no tenía nada que ver con el cuento de Eugenio, o sea, yo, le informó de que, en el cocido maragato, la sopa se toma al final.

El chico, presente en nuestro afán, volvió a soltar que yo qué sabía. Miré a Asunción pidiendo permiso para enviarlo a la mierda, vamos, como al sátrapa, pero se me adelantó. Menuda mirada recibió de su amo y señor. En fin, todavía quedaban muchos días para poderlo mandar a salva sea la parte y seguro que me daba motivos.

Estuve hablando de la ciudad de León con Asunción; iba a reencontrarme con sus calles y edificios después de varios años, igual que con el resto de ciudades que habíamos dejado atrás. Siempre impresiona traer el pasado a un presente que debe competir con los recuerdos, porque algunas veces cualquier tiempo pasado fue mejor y algunas veces, peor.

Pasamos a la zona de cafés y copas mientras Marisa seguía con el sabelotodo. Qué aguante tenía la maestra.

Carlos, el especialista de las sobremesas, apareció con el material porque ya sabía que yo nunca me quedaba en la mesa después de los postres.

—Solo, cortado y dos copas con un hielo —recitó—. *No olvides nunca que el primer beso no se da con la boca, sino con los ojos* —soltó con mirada tierna—. Es una cita de O. K. Bernhardt, un escritor alemán.

—Supongo que no será también pariente de Friedrich.

Carlos nos abandonó sin decir palabra, dejándose olvidada la botella; esa cabeza.

—Cuando vuelva, voy a divorciarme.

Asunción tenía la sana costumbre de ser muy sincera, pero te lo soltaba todo como un jarro de agua fría.

—Estoy harta de ese imbécil —calificó por enésima vez—, ya no lo aguanto más. Voy a vivir mi vida en libertad pero fuera del gallinero. No puedo seguir con este engaño.

—Algo verías en él, digo yo.

—Un chulito *echao palante* que, con sus posturitas y parloteo, encandiló a una tonta adolescente que no tardó en darse cuenta de que todo era fachada, y es que el matrimonio curte mucho, así que, a los cuatro días, todo eso convierte a tu caballero andante en un bocazas patético. Lo dicho, la convivencia te da otra dimensión del asunto. ¿Y tú? —preguntó a bocajarro, como solo ella sabía hacerlo.

—¿Yo qué?

—Si tienes pareja, aunque, si vienes solo, imagino que no.

—Tengo y no tengo. —Me miró como quien contempla una pintura de Mondrian y absorbe todos los cuadros—. Se me acaba de escapar con una irlandesa. —Seguía con la misma mirada, pero los cuadros ahora eran de Malévich—. Se fue a tomar unas pintas de Guinness y se encaprichó de la camarera del pub.

Asunción se amorró a la copa de whisky, la mía, claro, y después de meditar un poco, solo un poco, me espetó:

—Eres tan raro como la vida que te toca vivir.

—¿Es una reflexión filosófica?

—No, sencillamente es que, por lo poco que te conozco, tienes una forma de vivir y ver las cosas que me atrae. Serías un buen amante.

Me agencié mi whisky y esta vez sí compartí sus labios en la copa.

—Bueno, ya hemos hecho nuestros pinitos junto a San Juan de Baños. —La miré socarronamente—. Y me resultó satisfactorio.

—¿Tu beso o el mío?

Aquella conversación tonta podía alargarse hasta fin de siglo y a mí, francamente, lo que me apetecía era acostarme con ella. Por suerte, toda esa nube se disolvió cuando entró el cuarteto de viento y cuerda que ocupaba la mesa normal.

—Estamos confinados como los chavales del *Decamerón*, huyendo de la peste, contando cuentos y chascarrillos, cantando canciones y recitando poemas. ¡Oh, excelso vate! ¿Ya sabes cómo titular tu novela?

—No bebas más, Alejandro —amenacé con el dedo.

—No voy a beber más, voy a beber lo mismo que ayer, *antiayer* y los otros *jours*. —Me señaló a mí ahora—. ¿Nos abandonarás en León, Tigre de Mompracem, alias Sandokán?

Pues esa era mi intención, ya que mis paseos se convertían en meditaciones y a cada paso que daba dejaba retazos de mi vida, una vida que comenzaba a recordar en la distancia. Como pasar el duelo. Y quería pasarlo lo más rápido posible. Alejandro dejó bien clara su posición, que creo incluía al resto del grupo.

—*Salta, corre, vuela, traspasa la alta sierra, ocupa el llano* —soltó con gestos y ademanes—. Luego nos lo cuentas, audaz y avezado caballero.

Qué lujo, utilizar a fray Luis de León, aunque no tuviese nada que ver con la ciudad. El novelista era así.

Se creó un silencio maravilloso, como si estuviésemos deslizándonos hacia nuestro interior, pero sin pretensiones de encontrar nada, tan solo por el puro placer de descubrir de repente que formábamos parte de un todo extraordinario que no pedía nada; sentirse bien y disfrutar de esos momentos mágicos que no llegan cuando te lo propones. Lástima que hiciera su aparición el sector sin conciencia crítica de especie, esos miserables que pretenden cambiar el mundo sin plantearse si forman parte de él o son una sombra en la caverna de Platón. Eso creo. Volvimos a la cruda realidad.

Ernesto hizo un amago de dirigirle la palabra a Isabel, pero todo quedó en un intento; supongo que sería cosa del orgullo y del empujón que recibió de parte de la cofradía de San Juan Crisóstomo, patrono de los predicadores cuyo nombrecito, mira tú por dónde, significa «boca de oro». Pues eso, apaga y vámonos. Los demás no sé, pero yo

me abría de todas, todas.

Adiós.
Besos y abrazos.
Os escribiré.
Pasadlo bien.
Os quiero.

Me detuve a contemplar el río Bernesga para seguir hacia el Casco Viejo, donde me recibe a la entrada la iglesia de San Marcelo, quizá uno de los edificios más antiguos de la ciudad, y el Museo León, desde donde se divisa ya la Casa Botines, de estilo modernista, y el palacio de los Guzmanes, renacentista del siglo XVI. Dudo entre comenzar por el barrio Húmedo o por el barrio Romántico; en un banco encuentro un hombre, muy gordote él, con una mirada limpia y una sonrisa llena de amabilidad, que me indica, ante mi cara de duda, que comience por la segunda opción; le doy las gracias, pues todavía tengo la comida en la garganta y no es aconsejable sumergirse entre los fogones del pecado que pueblan el húmedo barrio. En esos pensamientos me llego hasta la basílica de San Isidoro, junto a la muralla romana, por la que paseo. Retrocedo, tomo la calle El Cid y llego a la plaza Torres de Omaña, envuelta en una truculenta historia de decapitaciones, para acceder rápidamente a la catedral de Santa María de Regla, *pulchra leonina* (bella leonesa), soberbio edificio que rodeo embelesado hasta la plaza de Puerta Obispo, desde donde inicio mi paseo por el barrio Húmedo y me llego hasta la trapezoidal Plaza Mayor, donde, situado en su centro, doy un vistazo de 360 grados para empaparme de toda ella. Dejo la iglesia de San Martín y me llego a la de San Salvador de Palat del Rey, que pugna por ser también la más antigua de la ciudad. Cruzo la plaza del mercado y dejo atrás la casa de los Condes de Luna para ir a encontrarme con una pequeña joya, Santa María del Mercado, o del Camino, en la plaza del Grano. Una mujer se balancea, sorteando los irregulares adoquines, y la cojo del brazo para acompañarla a su destino; me da las gracias. Me lleno los pulmones de aire y me dispongo a llenar el estómago de algo sabroso, unos torreznos y unas patatas con pimentón, por ejemplo. Con el depósito lleno, enfilo hacia el convento de San Marcos, antiguo templo-hospital de peregrinos del Camino de Santiago, hoy convertido en Parador. Una monumental fachada renacentista-plateresca que casi no puede abarcar la vista, en una planicie desangelada, recoge todavía las palabras de Quevedo: *de rigurosísima prisión, enfermo de tres heridas*… Regreso por los jardines de la Condesa de Sagasta en una

tarde magnífica.

17 de abril de 2014, menuda fecha, la muerte de Gabriel García Márquez y, si no lo han cambiado, Día Mundial de la Hemofilia. Y, por si fuera poco, en 1888 se constituye la Liga de Fútbol Profesional en Inglaterra, pero la efeméride más gloriosa, por la cuenta que nos tocaba, era que Geoffrey Chaucer narró los *Cuentos de Canterbury* por primera vez ante la corte de Ricardo II. Corría el año de gracia de 1397.

Nosotros, como los chicos del *Decamerón*, huíamos de la peste que teníamos en el vagón de al lado, pero eso de los *Canterbury Tales* tampoco nos venía mal.

García Márquez tenía una frase en *El amor en los tiempos del cólera* que me caía al pelo en mis circunstancias: *los seres humanos no nacen para siempre el día en que sus madres los alumbran, sino que la vida los obliga a parirse a sí mismos una y otra vez.*

Curiosamente, creo recordar que Editorial Bruguera pasaba en 1985 por un momento difícil y el lanzamiento de la novela de García Márquez fue un intento de sobrevivir, pero en 1986 hizo agua definitivamente. Otra efeméride a tener en cuenta. Estoy llegando al final del camino.

—¿Has encontrado la felicidad? —me abordó Alejandro.

—La llevo siempre puesta.

Me sirvió una copa y respondí como en las series de televisión: que era muy temprano para mí y que estaba de servicio, pero que iba a saltarme las ordenanzas y el horario.

—¿Qué tal el paseo? —preguntamos simultáneamente.

—Bien —respondí primero—. Sigo reencontrándome con el pasado, al menos con el escenario. Lo cierto es que esas caminatas funcionan como una meditación. No entro en ningún edificio, pero el callejear me relaja. ¿Y vosotros?

—Lo de siempre y más de lo mismo. Hay quien sabe más que el guía y otros llevan la sabiduría en la sangre. Yo en la sangre llevo el crimen y tengo la frente de asesino. El día menos pensado voy a ejercer.

Ya que estábamos en el vagón de fumadores, echamos el ancla porque nos apetecía una ración de humo.

Menuda algarabía reinaba y menuda colección de posturitas: Ernesto se llevaba las manos a la cintura para que su americana quedara abierta y pudiera verse y tasarse el logotipo del polo; el feroz

españolista era un hombre a una corbata pegado, que fumaba sus cigarrillos con ademanes estudiados; Adriano hablaba moviéndose de un lado a otro, con su risa infantil y repitiendo la frase *es verdad* como coletilla; Víctor sacaba pecho y hablaba de su tema favorito: él y sus milagros; Gabriel no hablaba, pero seguía fijándose mucho y esbozaba una pequeña sonrisa a todos los comentarios que soltaban los contertulios, y Gerardo, desde su mirador de marfil, puntualizaba y corregía cualquier opinión.

Las chicas, ajenas a todo aquel guirigay, tomaban tazas de té bilis negra, té bermellón soberbia y té horizonte gris.

El sector masculino tocaba el tema de las imágenes religiosas, quizá porque la Semana Santa estaba muy reciente y todavía sentían los picores místicos.

Que si los árabes no tienen imágenes y no saben a quién rezar, decían los unos, porque, sin imagen, ¿a quién rezas?: a la pared; que si las tribus de aborígenes que hay por esos mundos de Dios le rezan a un pedazo de madera con ojos, decían los otros y a veces también los unos. Vamos, que no había nada como la religión católica porque allí se ve a quién se está orando.

No quise intervenir, pero, aunque me hacían dudar tan preclaras mentes, pensé que las imágenes religiosas que sacan a pasear por estas latitudes no son de carne, huesos y venas. Me estaban fastidiando toda la mística, tradición y devoción de las procesiones. Mi reino no es de ese mundo, así que me sentía mareado por tanta verdad y tanto conocimiento. Me escabullí discretamente después de dar unas caladas a la pipa. Alejandro se quedó, se conoce que era de un metal más duro que yo.

Pasé al coche contiguo, donde me encontré con mi equipo de fútbol.

—¿Qué tal el paseo? —preguntó Asunción, indicando si quería una copa de vino. Le enseñé el vaso de whisky.

—Bien, muy bien —respondí, besando a las tres Gracias como si acabara de llegar de Pernambuco.

—Qué cariñoso vienes.

Isabel me hablaba con una mirada limpia y llena, además, de determinación. No hacía falta preguntar sobre qué. Allí se estaba gestando otro tsunami matrimonial. Ya éramos tres. Esperaba que los muchachos no se contagiaran y dieran por disuelta la orquesta.

Me senté a su lado y le pasé el dorso de la mano por el moratón. Sonrió y me devolvió la caricia con un beso.

Hay quien afirma que Agustina de Aragón tuvo tres maridos vivos: uno que, dado por muerto, la llevó a casarse con un segundo; y, al

enterarse de que estaba vivo el primero, los dejó a los dos; vamos, ni uno, ni otro, así que, para que no hubiese malos rollos, se fue con un tercero; claro que igual son noticias de las revistas del corazón de la época, pero, sea como sea, siguiendo su ejemplo igual me animaba a casarme con las tres mozas que me acompañaban en el viaje.

Pimiento asado del Bierzo
Menestra de verduras y hortalizas
Trucha en escabeche

A los comensales que lo soliciten les será servida una tortilla de ancas de rana de La Bañeza.
Mazapán de Babia

Afortunadamente, Alejandro se sentó conmigo, porque me tocó la grulla con incontinencia verbal, licenciada en Económicas y falsa como un billete de seis euros.

—¿Os ha gustado el paseo? —preguntó Alejandro, zalamero él.

—Toda Castilla es asombrosa —soltó como si se tratara de Isabel la Católica, tanto monta, monta tanto—. Es uno de los orígenes de…

No pude más y empecé a largar por peteneras.

—Mi querida España, esta España mía, esta España nuestra… —Es que me lo había puesto en bandeja.

No me miró, pero conseguí que se limitara a darle a los pimientos sin abrir la boca.

Vi que su silencioso marido llevaba una banderita de España en la muñeca, y eso estaba bien porque, si se perdía en el extranjero, los países bárbaros, sabían dónde debían facturarlo. Es el orgullo corporativista de una nación dispuesta a excluir al resto del mundo, cosa que, por desgracia, se practica en todos los países: donde estén los de mi raza, que se quiten todos los demás.

Visto el material que tenía *in front of me*, me vinieron las palabras, según Gómez de la Serna, de Silverio Lanza y las lancé al respetable:

—*Dios hizo la luz, las aguas, la tierra, los astros, las plantas, los animales, el hombre y la mujer; y no siguió creando porque comprendió, en su infinita sabiduría, que lo iba haciendo muy mal.*

Alejandro se mordió la lengua, literalmente, y soltó un juramento.

—No me gustan tus palabras y tampoco tus tacos —nos dijo amenazante la aguerrida cruzada.

—No tengo la culpa de ser ateo por la gracia de Dios —manifesté con singular presteza.

—Eso es problema tuyo y estás equivocado —siguió subiendo de

tono—. Todos los domingos se reúnen cientos, miles de fieles en la plaza de San Pedro en Roma, ¿crees que están equivocados?

Yo pensaba que esa plaza estaba en el Vaticano, pero, claro, como decía el encorbatado, yo no sabía y, como decía la reinona católica, eso se sabe. Bueno, pues respondí ante tan arrollador ejemplo:

—Cuando caga una vaca, centenares de moscas se comen la mierda y tantas moscas no pueden estar equivocadas, pero ni pienso ir de bendiciones, ni de atracones.

El calladito hizo intención de coger la sal.

—¡Tú te callas! —le soltó la muy bestia.

Le alcancé el salero con entrega y dedicación, a lo que respondió con un cabezazo de agradecimiento.

¡Ah, sí! No hubo más comentarios y cenamos como en un refectorio, pero sin lectura de salmos y otras hierbas.

Mal haya donde la gallina canta y el gallo calla.

Saludé amablemente a la pareja tras mi último sorbo de vino; no me apetecía esperar a que me sirvieran los mazapanes. Si Carlos o quien estuviese de guardia me ponía una bandejita en el vagón adjunto, pues bien; si no, ración doble de whisky. Madre mía, cómo le daba al espirituoso; al volver, además de hacer régimen, tenía que ponerme en dique seco.

Apareció Alejandro, palillo en boca, con aires de *cowboy* entrando en el *saloon.*

—Así que aquí te escondes, forastero. —Miró si el servicio había traído la bebida—. Bien, al menos en soledad no puedes ir haciendo amigos, porque te lo montas de fábula, colega.

—No sé, chico, pero tanta altanería y tanta cerrazón me ponen malo. —Hice una señal a Carlos, que acababa de asomarse—. El odio gratuito y la verborrea gratuita son insoportables. Es increíble pasarse la vida metiendo el dedo en el ojo a todo bicho viviente. Ya sé que me lo he tomado con ironía, pero su comportamiento de paleta resabiada es repugnante. Quizá me haya pasado.

Llegó Carlos con, en aquellos momentos, mi mejor amigo líquido.

—Somos como líneas paralelas —le dije a Carlos—. Nunca podremos coincidir.

—Es la historia de la humanidad —respondió escanciando—. El bien y el mal nos han acompañado toda la vida, aunque los puntos de vista pueden ser muy complejos, pues que Abel fuera un santo y Caín más malo que la tiña la verdad que tampoco queda muy claro. Yo, si le interesa mi opinión —ya lo creo que me interesaba—, intento vivir y dejar vivir. Es mi, digamos, filosofía, por utilizar esa palabra tan

desacreditada. Ya se sabe, con perdón de la frase —me guiñó un ojo —: las humanidades están reservadas para los pobres de espíritu y se está haciendo todo lo posible para dejarlas, si no lo han conseguido ya, en algo testimonial. Aunque, para espíritu, la religión: el espíritu de un mundo sin espíritu. Lo cita Michel Onfray, un autor recomendable, que termina su libro *Decadencia* con una frase definitoria: *La nada es un destino cierto.* Después de dos mil años de judeocristianismo, quizá estemos un poco alterados, ya que abandonamos la era de Piscis y estamos entrando en la era de Acuario, pues parece que las eras astrológicas saltan de dos mil en dos mil años. Yo no me meto en esos berenjenales, allá cada uno con sus creencias, pero, por lo que parece, después de tanta hipocresía, tanto contubernio judeocristiano y tanta mierda que aflora a cada momento, la Iglesia católica va a quedar reducida a cuatro gatos que van a pasear tocando la campanilla, como los Hare Krishna. En fin, estos son, en parte, mis principios, pero, si no les gustan, tengo otros. —Depositó la botella sobre la mesa—. Les dejo la botella, pero no abusen, porque el alcohol es mal consejero.

Alejandro me miró con cara de intentar hacer los coros del *Carmina Burana*.

—¿De dónde ha salido esta máquina? —Miró la botella—. Una frase de Groucho Marx, una cita de Onfray, menciona la filosofía y saca a colación la astrología, menudo bicho.

—Y eso que no te ha contado un chiste de Forges y te ha citado a Voltaire.

No seguimos de palique porque nos invadió el combo tropical.

—Siempre escondidos tras la botella —nos recriminó la dulce Marisa—. Nos tenéis abandonadas por el alcohol.

—Sí, dejad los vasos, las copas o el porrón porque hoy me toca a mí contaros una historieta —saltó por peteneras la alegría de la huerta, la mismísima Asunción.

A este paso llegaríamos a los cien cuentos del *Decamerón*. Bien, demos paso a Asunción.

—Al igual que la historia de Eusebio, esta historia la oí contar en casa hace mucho tiempo y hoy acabo de recordarla. Dice así:

«El cura que oficiaba en el valle, dando misa en una de las poblaciones, comenzó a hablar de Pentecostés, de cómo la Paloma Sagrada, digamos, se posó sobre la Virgen y los Apóstoles haciendo descender lenguas de fuego sobre sus cabezas a los cincuenta días de la Pascua de Resurrección. Y habló de todos aquellos que están señalados por la mano divina. Y habló y habló, hasta que una paloma,

quizá por algún vitral roto, irrumpió en el templo.

»Y entonces, sintiéndose señalado por esa mano divina, dirigió su mirada al cielo y a la paloma y, creyendo estar revestido de la Divina Gracia, pensó que una pronta revelación iba a envolverle para alcanzar las más altas cotas de espiritualidad.

»La paloma revoloteó hasta alcanzar el altar y siguió en su vuelo para terminar posándose en la imagen de San Juan Evangelista.

»»Así debe ser", pensó, pues la avecilla está más cerca del águila que del resto de los símbolos de cualquiera de los otros evangelistas. "Eres la figura elegida y yo de debo ser la persona elegida", pensó.

»Y, rememorando estas últimas palabras, levantó el cáliz a los cielos, al tiempo que una deyección de la paloma espiritual caía sobre su rostro».

—Por lo que parece, en casa sabían todo lo que pensaba el cura —hice notar.

—Ni idea, pero solo sé que lo contaban así.

El ambiente se iba relajando tanto que tuve miedo de quedarme dormido en brazos de alguna de las chicas, menudo dilema.

Me retiré, entre protestas, pero debía escribir. Me crucé con Friedrich y le di las buenas noches. No hubo comentarios, pero sí una sonrisa socarrona. Frente a mi compartimento estaba mi admirador. ¿Lo vería Friedrich? Porque creo recordar que había dicho que no. Se lo preguntaría.

—¿Alguna novedad? Porque yo no tengo noticias para ti. Pasa, como si estuvieses en tu casa, pero cuidado con tus mocos.

Comencé a golpear los paneles de madera que recubrían la pared.

—Convéncete. Aquí no puede haber nada. —Le miraba y golpeaba, golpeaba y le miraba—. Es imposible —concluí y me senté frente al portátil.

Lo estuve observando unos instantes. No apartaba la vista del recubrimiento de madera, como si esperara que surgiera algo, ¿pero qué? Allí no podía haber nada más que pegamento para adherir los plafones de madera. Poco a poco se fue evaporando hasta que solo quedó un humo azulado.

Comencé a darle al teclado.

El hecho de que matara a mi hijo no estaba reñido con el cariño que sentía por él. Fue, cómo lo explicaría, un cúmulo de circunstancias que desembocaron en un golpe seco en la cabeza, utilizando, para tal fin, una botella de bourbon. Vacía, claro está.

El hecho de si la botella estaba llena o vacía no deja de tener su

importancia. En una botella llena existe una volición por parte del asesino, que intenta asegurarse de que su víctima no vuelva a levantar la cabeza. No ocurre así con la botella vacía, ya que un golpe de esa índole está reflejado en el código penal como si de un cachete o una palmada en el culo se tratara, eso sin contar el aspecto aseado de la cuestión, al no derramarse el líquido elemento por el parqué o el terrazo, entendiéndose así un gusto exquisito en ese tipo de agresión.

Así lo expuso mi abogado defensor, y el señor juez estuvo de acuerdo en todo, no en vano eran padres de familia numerosa. Recuerdo las palabras del juez: si quiere usted seguir ejerciendo de asesino, no vacile en llamarme: tengo cuatro hijos y tres hijas; los cuatro primeros son idiotas, y las tres siguientes también son idiotas. Aspiro a una jubilación llena de placidez.

Siempre había tratado a mi hijo con todo el respeto del mundo; entonces, por que lo matara una vez tampoco había que sacar las cosas de quicio.

Mi hijo, que en la fecha de autos contaba con treinta y cuatro años recién cumplidos, además de ser Sagitario, lo cual comento por si puede despertar algún interés, no había trabajado en su vida. Incluso creo que murió célibe, porque parecía resultarle muy cansado eso de ejercitar el coito, con perdón.

Yo le decía que era un signo zodiacal de fuego y debería ser más activo, a lo que me respondía que tenía el ascendente en Cáncer, que era el signo más hogareño. No había manera.

El día que mi mujer me confesó que el muchacho se había echado novia casi me perforo el paladar con el tenedor. Que la había conocido por WhatsApp y que cualquier día nos hacía abuelos.

Esa imagen me resultó horrorosa, porque, solo de pensar que los hijos salieran como él, ya me veía ocupados todas las sillas y sofás de la casa. Parecería un hospital de campaña.

Tengo que reconocer que ese día ya cruzó por mi mente matar a mi hijo, pero fue un pensamiento pasajero.

Yo intentaba hacerle ver que se le estaban atrofiando las piernas a causa de su inactividad, pero, como tenía respuesta para todo, me dijo que no me preocupara, que su madre ya le había puesto un orinal debajo de la cama. Yo creo que habría sido mejor sondarlo, pero, en fin.

Otro día, mi mujer, muy candorosa ella, me dio a entender que nuestro hijo llegaría a ser algo importante en esta vida. Mi mujer chocheaba desde que hizo la primera comunión; los años anteriores y posteriores no se registran en ninguna crónica, aunque creo que tampoco andaba fina de mollera, pero, como su familia tenía dinero, pues me casé con ella.

Cuando se murieron, sus padres le dejaron toda la herencia a un hermano medio idiota que tenía, «para que encuentres novia», decía el testamento, «ya que tu hermana está tan bien casada, con un hijo que es la bendición más grande que puede desearse». Pues todo para ti.

«Eso, todo para ti, pedazo de…», pensaba yo sin exteriorizar nada. Y es que siempre he sido muy reservado. Aunque, de todos modos, también pasó por mi cabeza matar a mi cuñado; después de todo, éramos sus herederos directos.

Que llegará alto en esta vida, insistía. Como si para él hubiese existido otra; había pasado de tocar el arpa en el limbo a tocarla en el salón de la casa. En esos momentos mis ojos se posaron por primera vez en el mueble bar y vi que en la botella de bourbon solo quedaba una copa, así que me la serví y la paladeé mientras acariciaba negros pensamientos.

—¿Sabes qué pienso, pap…? —me abordó.

Fue realmente curioso, ya que la paciencia que había acumulado durante tantos años se esfumó en un instante y le aticé a aquel vago con todas mis fuerzas sin dejarle terminar la frase

Me miró con extrañeza, se llevó las manos a la cabeza y dio una vuelta al comedor antes de caer desplomado. Era el esfuerzo más grande que había hecho en su vida.

Mi mujer me dijo que era un bestia, que parecía que quisiera matarlo. Era lo más juicioso que había dicho en su vida.

Sí, lo había matado, pero poco. Es decir, no pude quitarme aquel fardo de encima, pues mi mujer me obligó a disecarlo y sentarlo en el sillón. De hecho, si no fuera porque no fumaba, no comía y no utilizaba el orinal, la diferencia era inapreciable.

Cuando volví a casa, después del juicio, fui recibido en olor de multitudes; los vecinos me invitaban a entrar en sus casas, mientras sus hijos me miraban con desconfianza. Fueron unos días en los que me sentía el centro del universo.

Poco a poco, aquellas manifestaciones de solidaridad se fueron enfriando, aunque nunca llegué a perder mi aureola de héroe.

Ahora que estoy terminando una botella de coñac, pienso mucho en mi cuñado. Solo queda una copa en la botella, así que pienso en invitarle a cenar cualquier día de estos. Seguro que el juez y el abogado defensor también tienen algún que otro cuñado en su vida.

Vaya, esta historia sube de tono y de líneas. El humor hace que me olvide de las tonterías que tengo que escuchar a lo largo del día; bueno, para tonterías las mías y basta.

Era tarde y me caía de sueño, pero antes de acostarme golpeé otra

vez los paneles de madera que había pegados en la pared. Nada. Pero me dormí con la sensación de haber cumplido con mi trabajo. Y claro, soñé.

Caminaba con los señores gordotes que había encontrado en mis paseos, así como con la señora del mercado y el pescador, que llevaba la caña al hombro. Buscábamos la línea del horizonte por la que me había preguntado ella, pero ante nuestra vista solo había un frondoso bosque donde nos metimos mientras sosteníamos una conversación amena. De repente comenzamos a jugar al veoveo y descubrimos globos, barcos, arcoíris, islas, e incluso podíamos ver notas musicales colgadas de los árboles. Nos sentíamos felices, tan felices que el tiempo se volvió una nube que comenzó a envolvernos hasta que ya no nos vimos. Para cuando se disolvió, yo estaba solo y había salido del bosque. Me encontraba sentado a los pies de la cama, en mi compartimento, y a mi lado estaba la joven con los ojos del color de una canción. Me regaló una flor y su imagen se fue diluyendo hasta desaparecer, aunque en el interior del compartimento comenzó a despuntar el sol.

Sexta jornada

Tengo una arruga más que ayer, pero una menos que mañana. Tengo el compartimento lleno de ovejas porque ayer me olvidé de contarlas. Me miran como preguntándome qué pienso hacer con ellas. Abro la puerta y salen todas al pasillo. Tengo la impresión de que ayer me olvidé de algo. Doy una patada en el suelo y me digo: «Coño, deja de soñar, que ya te has despertado». Es verdad.

Pero también era verdad que el día anterior me había ido sin participar en el sorteo. ¿Qué habrían sorteado? ¿A quién le habría tocado? Yo no había puesto mi letra en el bombo, pero seguro que Marisa, que estaba en todo, la había puesto por mí. Ahora bien, si me hubiera tocado, seguro que la tenía ante la puerta aporreándola. Bueno, a mí me había tocado una flor, pero la chica de los ojos del color de una canción se había ido. Pienso en toda esa gente que ves solo una vez en tu vida, pero que te acompaña para siempre. Ese gesto, esa sonrisa, esa complicidad que encontramos en algún momento con alguien que está de paso en nuestra vida. Nuestra vida, mi vida, mi mí, si sí, Sissi Emperatriz. ¡Coño! Deja de soñar.

Queso de Burgos (el de verdad)
Morcilla (sosa, grasosa y picajosa)
Cojonudos y cojonudas

Música a cargo de Amancio Prada, Joaquín Díaz, Paco Ibáñez y Chicho Sánchez Ferlosio, que también ponía el granito de arena. Seguro que llega el cantamañanas de Ernesto y me jode el desayuno. Gracias, Fermín, me había olvidado de felicitarte por tu maestría y dedicación.

—Joaquín Díaz, qué maravilla —sonó a mis gloriosas espaldas la no menos maravillosa voz de Isabel. El día prometía—. Da gusto comenzar así la jornada.

Me dio un beso en los labios y otro en cada mejilla. Si lo llego a saber, hasta me peino.

—¿Por qué te sientas siempre de espaldas a la entrada?

—Para llevarme sorpresas tan agradables como la de hoy.

Fermín, todo un profesional y un caballero, sirvió a Isabel sin que ella tuviera que molestarse en hacerlo.

—Qué bonitas estas tostadas. —Contenta estaba la moza, y yo,

radiante después del besuqueo.

—Son cojonudos y cojonudas.

—¿Porque están buenas o porque se llaman así?

—Las dos cosas. —Y pregunté por la ausencia del macho cabrío.

No respondió e hincó el diente al cojonudo con saña y determinación. Se sirvió una buena copa de vino.

—¿Por quién preguntas?

¡Cielos! Confiaba en que no lo hubiera matado. Con un asesinato a bordo ya teníamos bastante.

—Le he dicho que tenía hambre, pero que no quería desayunar con él —respondió chulesca y yo respiré aliviado—. Que cada uno por su lado.

Menudo viaje. Dos parejas a tomar viento; ya se sabe: Dios los junta y los viajes de vacaciones se encargan del resto. Debo decir que la miré con ganas de soltarle un mordisco. Sería por los días que llevaba en dique seco, aunque no podía decir que me regalara mucho con mi ex.

—Me alegro —puntualicé—, quiero decir que me alegro de que hayas llegado tú la primera. Porque Ernesto siempre me toca los cataplines con la música.

—Es un imbécil.

El tercero que cargaba con el título. El niño y el mudito se escapaban, pero la espada de Damocles pendía sobre sus cabezas. ¡Ah! Y el sátrapa, pero tenía tantos títulos que seguro que el de imbécil también lo ostentaba.

—¿Tenéis hijos?

—Dos niñas —respondió, y se le iluminó el rostro—, pero son normales, no te preocupes.

No, si yo no me preocupaba, pero las mujeres del viaje, al menos de mi sector, eran tan sinceras que te echaban para atrás.

—Una está en Berlín —prosiguió— y la otra trabaja de profesora en un instituto de Cáceres.

—Y tu marido, ¿en qué trabaja?

—No es mi marido, y no trabaja, da por el culo a los empleados. Es jefe de personal de una empresa de materiales de construcción.

Finalizó la asamblea: acababa de entrar el sátrapa con su Soledad a cuestas. *Soledad de mis pesares, caballo que se desboca, al fin encuentra la mar y se lo tragan las olas*, como dejó escrito Lorca.

—Buenos días, Isabel. —El sátrapa dejó bien claro que yo no existía para tan egregia persona. Soledad hizo un movimiento, creo que estudiado, de repique de pandereta.

En lugar de albergar tanta altivez y prepotencia, aquel cuerpo

desmesurado podría estar relleno de amabilidad y cordura, como los dos hombretones que había encontrado en mis paseíllos. Pero, bueno, cada uno en su casa y televisión en la de todos.

La procesión de las Panateneas no se hizo esperar, pues llegaron todos y todas en tropel, o quizá era la procesionaria de los pinos, ya que estábamos en temporada.

La biliosa llena de dientes y su marido, con los bolsillos llenos de silencio, acompañaban al matrimonio de las montañas nevadas, banderas al viento, pero la pastora abandonó rápidamente las escarpadas cimas y sin mediar palabra se dejó caer a mi lado, con toque erótico a mi muslo incluido.

—Buenos días, pareja.

Echó una ojeada a los platos y amenazó con volver tras llenarse la bandeja.

Marisa ocupó su sitio en mi mesa, mía por un ratito solamente. La estirada junto con el niño risueño sacaron pecho a su paso entre las mesas y los músicos se acomodaron con ellos, no sin antes dedicarnos unas amables corcheas.

El adiposo de cara rojilla y parlanchín metepatas engreído intentó meterse en el hueco que ocupaba Ascensión y lo despaché a otra mesa y Alejandro, el tardón, fue a sentarse con el que se hacía acompañar por sus cuatro carreras, así que no sé si quedaría lugar para él.

El último en hacer su aparición fue Ernesto, con carita de sueño y, ¡oh, *my God*!, con visos de no haberse afeitado. Angelito mío.

—Te perdiste el sorteo de ayer noche —me dijo Isabel atacando la morcilla—. Lo siento, pero no te llevaste el premio, y eso que Marisa había depositado tu letra en el bombo. —Lo dije, lo había dicho.

—Lástima, otro viaje será. ¿Qué sorteaban y quién fue la agraciada?

—¿Por qué la agraciada? —preguntó Isabel—. Podría ser un hombre.

—Las rifas siempre se las llevan las mujeres.

—¿En qué te basas?

—Sois muy afortunadas desde la noche de los tiempos. Solo tienes que ver los triunfos que arrastráis a lo largo de la historia.

—No te voy a leer la mano, sino que te voy a estampar la mía en el hocico, charlatán. —Me dio un puñetazo en el hombro—. Le volvió a tocar a Marisa. ¡Ah!, era una pieza de cerámica que agradecí no me tocara a mí. Era francamente horrorosa.

Asunción, que comenzó por devorar el queso, asintió dándole la razón.

—Mira, ahí llega Marisa, ella te lo confirmará —dijo

socarronamente.

—Jaime, se me olvidaba. Ayer se sorteó una pieza hermosísima de cerámica. —Asunción me guiñó un ojo—. Y me tocó a mí, menuda suerte tengo en este viaje. Luego te la enseño.

Sonreí, le pellizqué la mejilla y me encomendé a los cuatro elementos para que se olvidara de enseñarme la mayestática figurita.

Las miré con cariño y me dije que al volver iba a diseñar un escudo heráldico: tres mujeres sosteniendo una copa de whisky sobre campo de gules; mejor de oro, creo que era más apropiado.

—Chicas, cuando regrese a casa voy a diseñar un escudo heráldico donde cabéis las tres. —Me miraron y se miraron—. Si tenéis cabida en mi corazón, también podéis caber en mi escudo particular. —No mencioné lo del whisky por encontrarlo un poco ordinario.

—Chicas —intervino Isabel—. Creo que deberíamos jugarnos al chico a las cartas. Las tres cabemos en un escudo heráldico, pero no en la cama. Bueno, igual estáis de acuerdo en compartirlo. Entonces lo discutimos.

Cielos, una moza con deseos de conocer varón y dos que deseaban cambiar de pareja en el baile. Qué *fregao*, madre, qué *fregao* (f).

—Nada de cartas, Isabel —protestó Asunción—, las dominas muy bien.

—Solo las utilizo para adivinación.

—¿Te parece poco? Nada, nos lo jugamos al dominó.

—Ni hablar, chicas —intervino Marisa—. ¿Os hace una partida de billar?

Mira tú con la modosita de Marisa. No apuntaba alto ni nada. Se quedaron las dos competidoras estupefactas. Y yo me iba sintiendo descuartizado por momentos.

—Mirad, chicas —intenté poner paz—, dos días con cada una y el domingo me lo dejáis para descansar. Ahora bien, ¿no os parece muy precipitado todo?, y tú, Marisa, enredarte ahora, después de la vida tan llena de libertad que tienes.

Empezamos a reír y acaparamos la atención de todos y todas. Pasamos al vagón para seguir el cachondeo.

—¿Queréis que me descuarticen vuestros maridos, puñeteras? Y tú, guapetona, ¿vas a tirar por la borda tantos años de soltería?

Hablamos y nos reímos. El tren traqueteaba en aquel tramo y las chicas jugueteaban a que perdían el equilibrio y caían encima de mí. ¡Ay, cariño! Si me vieras, seguro que me crucificabas. Seguro que me echabas en cara lo soso y aburrido que era. Pues no parece que lo sea tanto, así que igual necesitábamos un cambio de tercio. Espero que estés bien, yo bien, g. a. d., y espero estar mejor porque le estoy

cogiendo el gustillo a esto de la soltería. ¿Qué tal tu pareja? Espero que, cuando las aguas vuelvan a su curso, me la presentes, porque me imagino que debe de ser una mujer tan sandunguera como tú. No sabes cómo me arrepiento de haberme convertido en aquel haragán que iba del sofá al sillón y del sillón al sofá, aunque, bueno, visto cómo han terminado las cosas, tampoco me arrepiento mucho, solo lo justo. Espero superar esta ruptura y este distanciamiento, este desgarre y esta lejanía, digo para hacerlo más dramático y…

—Pero ¿en qué estás pensando? —me gritaron al alimón las tres Gracias.

—En que mañana llegamos al punto de meta y todavía no hemos bailado —díjome Marisa.

—Ni conmigo tampoco —díjome Isabel.

—Y conmigo no cuenta lo de la otra noche —díjome Asunción.

«Esto es una locura», díjeme abrazando a las tres bajo la atenta mirada de Alejandro, que, apoyado en el quicio de la puerta, nos miraba a lo James Dean en *Rebelde sin causa*.

—Si no puedes con todas —comentó sin moverse de su posición—, puedo echarte un cable, vamos, si ellas están de acuerdo.

Seguí con Asunción y Marisa, mientras que Isabel se aferraba al cuentista. En ese momento, su tocayo, Alejandro Sanz, se desmelenaba con la canción *Corazón partío*.

—Eso va por ti —se pitorreó el menda.

Le iba a hacer la peineta, pero preferí estar bien sujeto a las dos mozas.

Llegó el sector musical y, a la vista del ambiente, se pusieron también a bailar, ahora con *Blue Velvet*, de Bobby Vinton, y sentí el peso de los años.

Llegó el sector disidente y, aunque intentaron pasar desapercibidos, el sonido de sus herraduras los delató. Malo soy, pero ellos más. *Mermaos*.

El nacionalista bovino y casi exmarido de Asunción puso mala cara, pero, como estaba cantando Raphael, aquella de *Digan lo que digan*, asumió su cornamenta y suspiró y expulsó su frase preferida: «Qué buenos cantantes hay en España». A Ernesto le había crecido un poco más la barba y no se veía su cara de mala leche tras los pelillos del *rostro impenetrable*; vaya, otra referencia cinematográfica.

Y el tren seguía su camino como una alfombra voladora y nosotros pasábamos del *Decamerón* a los *Cuentos de Canterbury*, sin olvidar *Las mil y una noches*, porque comenzamos a contar historias de nuestros lugares de origen.

Asunción nos contó la leyenda del hombre pez, de Liérganes. Aquel

muchacho que desapareció en el río y que, tras haber sido visto en infinidad de partes del mundo, fue encontrado y pescado cinco años después en las costas de Cádiz y trasladado con su madre, donde vivió en silencio hasta que años después desapareció de nuevo en el mar.

Isabel se descolgó con la historia del fantasma de la Casa Museo Árabe de Cáceres, un caserón de dos plantas comprado en los años sesenta, en cuyo interior se encontraron vestigios romanos y árabes. Acomodados allí, es a partir de los años setenta cuando comienzan a producirse extraños sucesos que desembocan en la aparición de una hermosa mujer árabe que, según dicen, hay veces que se deja tocar. Se escuchan pasos, golpes en puertas y paredes y ventanas que se abren y cierran. Incluso se sienten abrazos sin brazos y movimientos de objetos, pero, por lo que parece, nuestra atractiva mora no tiene intenciones de hacer daño.

Marisa contó la historia del espectro de la fuente de la Peña, en la que se relataba la peripecia de un arriero que, de vuelta a su casa, al pasar por la fuente de la Peña, se encontró con un niño de dos o tres años que lloraba y, pensando que sería el hijo de alguna de las lavanderas, lo tranquilizó y, colocándolo detrás de la mula, continuó su camino hacia Jaén.

Ya entrando en la ciudad, notó que la mula estaba muy agotada, como si no pudiera con el peso, y, al echar la cabeza hacia atrás para ver qué pasaba, se encontró con que el niño se había convertido en un ser enorme y monstruoso, con un rostro terrible y enormes dientes. Y la criatura le preguntó con sorna: «¿Tienes dientes como yo?».

Y el arriero se escabulló corriendo en mitad de la noche, dejando abandonada la mula y todo lo que llevaba.

Alejandro, en vista de que los jóvenes no conocían historias y leyendas de Madrid, nos contó la historia de Perro Paco, un chucho sin dueño conocido al que le molestaba estar sometido a cualquier autoridad y del que se comenzó a hablar desde que algunos clientes de un conocido café tomaron la costumbre de sentarlo a su mesa. El perro se comía su ración y esperaba a que terminaran los comensales para acompañarlos hasta la puerta, aunque también se dice que algunas veces los acompañaba hasta su casa, pero sin pretensiones de quedarse bajo techo, pues Perro Paco siempre prefería elegir dónde descansar.

Vaya, me tocaba a mí; pues nada, ahí va la leyenda del diablo de Santa María del Pi, donde se cuenta que en la Edad Media existía la creencia de que había que hacer un pacto con el diablo al erigir la torre de las iglesias, pero solo a partir del escalón número cien. El arquitecto de la iglesia del Pi terminó la construcción en el escalón noventa y nueve y le pasó el trabajo a otro arquitecto para que

terminara la torre. El diablo, al sentirse burlado, dejó su huella en el escalón, pero había tantos feligreses que iban para ver su marca que por fin decidieron eliminarla del peldaño.

En fin, solo faltaba que pasara Carlos a contarnos otra historia. Alejandro y yo nos comprometimos a contar alguna que otra leyenda de la vieja piel de toro, alguna historia del terruño de los disidentes, que se contaban milongas en el salón de al lado. Hora de comer.

Entrantes
Tomates de Miranda de Ebro
Queso
Primer plato
Sopa de calducho
(Almuerza poco, come mucho, cena calducho y engordarás mucho)
Olla podrida
Segundo plato
Lechazo
Postres
Postre del abuelo
Yemas

Vino D. O. Ribera del Duero

En la mesa nadie se aburre durante la primera hora.
ANTHELME BRILLAT-SAVARIN

«Es vino reserva», exclamó el futuro ex de Asunción. Sí, reserva espiritual de Europa, sopla…

Dijimos a las chicas que hicieran compañía a sus maridos porque creíamos que era mejor que Alejandro y yo nos sentáramos con el dúo musical. Marisa daba igual con quién se sentara porque era una superviviente nata. Dijeron algo malsonante pinchado en un palo, que las que sentaban eran ellas y que nosotros apechugáramos con lo que nos tocara. Cómo estaban las leonas. Ya lo decía el Hombre Enmascarado en una viñeta: en todas las especies, la hembra siempre es más peligrosa que el macho.

Nos tocó la mesa de la que se había tragado el palo de escoba y su niño historiador, pero menos. Esperaba que no le diera el pecho a la criatura, porque la imagen de aquella *galactrofusa* desvirgada podía fastidiarme la comida.

—Esto se acaba, Alejandro, ha sido un placer conocerte. —

Mordisqueé el tomate con el queso—. De hecho, ha sido un placer conocerlos a todos.

Alejandro puso cara de capitel románico y el resto de comensales, de vidriera gótica, con mucho color, pero que no puedes ver a través de ella. Cómo se escondían los muy bergantes. No me contestaron.

—Espero que nos envíes un ejemplar de la novela —comentó, diría que con cierta ironía, el ínclito historiador—. Aunque ya sabes que la ficción me aburre.

—No pases ansia —cómo estaba la sopa—. Seguro que esta la empiezas y no la puedes dejar hasta el final. Luego me das la dirección.

La monja alférez tuvo un repentino temblor, con subida de leche a los pechos, *a. m. g. d.* Qué imagen tan esperpéntica, aunque no tanto como ver a mi amigo cruzando literalmente la mesa, como si no hubiese obstáculo alguno, y claro, ahí fue Troya.

—Está la mesa llena de mocos —gritó la envarada con salto incluido y arrebatadas convulsiones.

Alejandro me miró y yo asentí tímidamente, mientras Fermín y Gonzalo levantaban la mesa y el campamento entre los gritos de la arrogante y despectiva mozuela.

—¿Es que no limpian las mesas? —protestaba, buscando el apoyo del resto de los comensales, algunos de los cuales miraban el espectáculo como si de una *performance* se tratara.

—Vamos, vamos, serenémonos. —El *vamos, vamos* se iba a acoger a la quinta enmienda—. Esto habrá surgido por generación espontánea. —Si él supiera.

—Yo creía que era espuma de mar y que Virginia era Venus emergiendo de las aguas, como el cuadro de Botticelli. —Solo que en porreta, y yo esperaba que la insurrecta no intentara emularla, rediós.

Y menos con la cara que me puso, madre mía, tenía escozores hasta en el menisco. Retomamos la comida, previa desinfección. Ya hablaría con mi visitante; seguro que lo hacía como venganza.

Jopé, cómo estaban el lechazo y el tintorro. Las yemas y el postre del abuelo terminaron por ponerlo todo en su sitio y lugar.

El prosista y yo nos fuimos a tomar el café y la copa al furgón de los sanos. Echaba de menos una pipa, pero prefería abstenerme a tener que escuchar tonterías.

—¿Por qué no te estás calladito? —amenazó sonriente Alejandro—. Mira que eres bocas.

—Y tú mira que hablas largo. —Me quedé pensativo—. Oye, creo que eso lo dicen en Jaén. Se lo preguntaré a Marisa.

Entró Carlos con los cafés y el bálsamo.

—Carlos —le abordé—, Fermín es un fuera de serie poniendo música por las mañanas; por lo que veo, todos descolláis en algo, pero Gonzalo ¿qué habilidades tiene?

—Tener hijos como Fermín —soltó cáustico, pero no exento de cachondeo.

—Son padre e… —titubeé—. Ya, comprendo.

Nos sirvió el café y las copas justo en el momento en que se incorporaba el resto del grupo, excepto Marisa, que estaba sumergida en una acalorada conversación.

—¿Qué le habéis hecho a la estirada? Casi se levanta en armas.

Isabel hizo una señal a Carlos, indicándole que tomarían allí el café, al tiempo que señalaba la botella.

—Cuatro cafés cortados y una copa —se cuadró Carlos.

Asunción señaló también la botella y los muchachos hicieron lo mismo.

—Un momento —protesté—. No hay manduca para todos.

—*Lo que está mal, pero no cambia, es lo que puede definirse como definitivamente malo* —soltó Carlos sin anestesia—. Solventaremos el problema.

—Eso me suena a Ezra Pound, *n'est-ce pas?*

—Así es, señor. Gran poeta, por cierto.

Se creó un extraño vacío. De repente fuimos conscientes de un final que se cernía sobre nosotros y del que no se adivinaba continuidad. Por mi parte, me quedaba con las ganas de hacer el amor con mis tres Gracias, pero sabía que todo había sido flor de un día, que habíamos encajado en aquel mundo desquiciado, lleno de frases huecas y de estupideces que no conducían a nada. Creíamos que por unos días habíamos dejado atrás aquella urdimbre hostil que no queríamos recordar, pero que también la habíamos encontrado en aquel viaje y entre los retocados vagones. Sí, creamos nuestro mundo en aquella casa con ruedas y la casa la iban a derribar al día siguiente, quizá con nosotros dentro. Qué mala leche.

Me tomé mi copa. Los músicos hicieron lo mismo y tosieron, escupiendo lo que habían bebido.

—No sé cómo podéis beber esta bazofia —exclamó Eusebio—. Queríamos brindar con vosotros, pero es imposible.

Isabel ponía mala cara cada vez que se llevaba la copa a los labios.

—Estoy de acuerdo, esto es imbebible. Quería hacer un brindis, igual que ellos, pero creo que me voy a agenciar una botella de vino.

Bien, íbamos a tocar a más.

—Te he visto la cara de satisfacción, egoísta —dijo Alejandro con codazo incluido—. ¿No vas a dar tu paseíllo? Mira que la ciudad

queda lejos de la estación.

—Para eso están los taxis.

Llegó Carlos con una nueva pecera llena de elefantes rosas. Bueno, todo dependía del uso y del abuso. Alejandro la pilló al vuelo.

—No bebas más, tienes que conducir —puntualizó—. Paseando, claro.

—Ya beberé en la ciudad. Y tú, cuéntales a las chicas y a los músicos lo de tu pasión literaria. ¡Ah! Y de paso podrías pasarles un lote de libros, que te estiras menos que el portero de un futbolín. Hasta la tarde-noche. Besos a todos, todas.

Un taxi acababa de dejar un cliente y lo tomé. Le di la dirección de la iglesia de San Gil. No era muy hablador y tenía cara de sueño, la siesta se le había escapado. Me dejó frente a la pequeña iglesia gótica, junto al arco del mismo nombre. Desde allí me acerco a la puerta de San Esteban, orientada al norte. Desciendo hasta la iglesia barroca de San Lorenzo y, dejando a mi derecha la plaza Mayor y la catedral, me acerco hasta la plaza del Cid y su monumento de postal obligada y cruzo el puente de San Pablo sobre el río Arlanzón, desde donde diviso el paseo de la Sierra de Atapuerca frente al Museo de la Evolución Humana. Paseo ante la portada de la Casa de Miranda y luego me llego hasta la iglesia de San Cosme y San Damián, renacentista en su exterior, y al poco rato contemplo la portada de la Casa de Angulo, ya cerca del río, que cruza el puente de Santa María encima del Paseo del Espolón, y ante mí se levanta el Arco de Santa María, que es la puerta que me conduce a la catedral, soberbio monumento gótico, relacionado con las catedrales góticas francesas. Voy rodeando el edificio, contemplando algunas puertas: Sarmental o Coronería. Junto a la catedral, la iglesia de San Nicolás de Bari me da una perspectiva distinta del grandioso edificio de Santa María y desde allí huelo los viejos legajos de la Celestina, ya que la imprenta de la primera edición se encuentra entre aquellos pocos metros cuadrados. Sin detenerme me acerco hasta la iglesia de Santa Águeda, la antigua Santa Gadea donde juró Alfonso VI en 1072 (?) ante el Cid y los nobles, aunque del antiguo templo visigótico ya no queda nada. Aspiro profundamente y encamino mis pasos al Paseo del Espolón para disfrutar de un día apacible. Contemplando el río de Heráclito —todos deben de servir, ¿no?—, me aborda una mujer.

—¿Hace mucho que no venías?

—Desde lo de Santa Gadea. He estado aquí y allí.

—Habrás encontrado muy cambiado a Rodrigo.

—¿El de Vivar?

—El mismo.

—No he ido a visitarlo.

—Haces bien, no se habla con nadie.

—¿Y Babieca?

—Ha montado un restaurante. ¿Quieres la dirección?

—Sí, quizá sea más parlanchín.

—No para de relinchar, pero no se le entiende.

—Quizá entre cuadrúpedos nos entendamos.

—Tú verás. Bueno, encantada. Hasta la próxima.

—Adiós, y gracias.

Sigo paseando y, al pasar junto a un contenedor de basura, veo un montón de libros arrojados para quien pueda interesar. No veo nada de interés, pero pateando la hojarasca encuentro una edición encuadernada de *Aventuras de Tom Sawyer*. «Aunque solo sea por la presentación, podrías haberte quedado con ella, mentecato. Seguro que quedaba bien sobre el piano».

Samuel Langhorne Clemens, nada menos. Bueno, creo que se le conocía por Mark Twain, nada menos. Menudo personaje:

Es un error que no haya balnearios que curen los modales de la gente. Pero ahogarlos ayudaría.

El cristianismo sin duda sobrevivirá en la Tierra dentro de diez siglos… Disecado y en un museo.

Fíjate tú, opinaba lo mismo que Carlos, vaya par de dos.

Y, hablando de personajes, en 1955, tal día como hoy, 18 de abril, se nos fue Albert Einstein, el del $E = mc^2$ ese que está en boca de todos y todas. Pero, bueno, un año después y en la misma fecha se casaron Grace Kelly y Rainiero III de Mónaco, hecho que nos reconfortó de tan triste pérdida.

—¿De vuelta? —escuché.

Vaya, era el mismo taxista que me había recogido en la estación. Pero mucho más despierto.

—De vuelta y media, *monsieur*, pero sí, también de vuelta al redil. Vamos.

—Gracias por lo de *mesié*. —Vaya si se había despertado—. Siéntese delante, que tengo ganas de palique.

Que si ya nada era como antes. Yo, mismamente.

Que si nos crucificaban a impuestos. Vamos, que en el monte Calvario ya no cabía un alfiler.

Que si la juventud no tenía futuro. Y los mayores no sabían dónde buscarlo.

Que si la gasolina subía más cada día. Anda, y el whisky.

Que si el Trump ese no decía más que tonterías. No hacía falta saltar el charco para alucinar.

Fue una carrera agradable y edificante. Le dejé una buena propina, agradecido por la clase de sociología, economía, historia y antropología. Estuve tentado de decirle que esperara un poco para poder presentarle a un antropólogo con tres carreras más.

Estaban los compinches sumergidos en un plateado de áureas perrunillas y almendras garrapiñadas. Menudo tapón para el estómago. No nos habían avisado de la merienda, pero donde estuvieres, haz lo que vieres.

—Mira que tiene dulces la gastronomía española —declamaba el españolito de pro ante un público que comía a dos carrillos—. Se come tan bien en España —insistía ante un público que no le hacía ni caso.

Y quién se lo iba a negar; eso sí, el españolito, guárdeme Dios, era tan empalagoso que te helaba el corazón.

—Le pedimos a Víctor W que nos cuente una leyenda de su tierra toledana.

Alejandro, tan socarrón como siempre.

—Para leyenda él —opiné dando un tiento a las garrapiñadas—. Seguramente se le recordará a través de los siglos porque bautizarán su calle como el «callejón del bocazas». Amén de otros calificativos que no cabrían en la placa.

—¿Qué tal el paseo?

—Me he quitado el pasado de encima y he recuperado el pasado. No sé si me explico.

—De todas, todas —aseguró Alejandro—. Que estás escogiendo del pasado lo que te interesa y el resto, al río.

—Déjate, que ya llevan bastante mierda. Lo dejo volar.

—Pues no está el aire como para echar cohetes; mejor lo entierras.

—Mejor lo dejamos.

Se nos echaba la noche encima y, con ella, nuestro último sueñecito en el tren; qué pensaría el fantasma de mi fracaso. Podría preguntárselo, porque me miraba desde un ángulo del vagón. Levanté los hombros y desapareció, no sin antes dejar una colección de mocos.

—Aquí hay algo pegajoso —protestó Ernesto, por cierto, ya afeitado—. ¿De dónde sale? Llevamos todo el viaje con esta murga.

Para murga la que llevas encima, alma de carnaval.

Nos reunimos con las chicas y los chicos porque, a esas alturas, esas

líneas paralelas, además de hacer honor a su nombre, cada vez estaban más distantes. Una cosa es no coincidir en el camino y otra muy distinta es que te tiren piedras desde el que han escogido los demás, que opinen que estás equivocado y que intenten llevarte a su mundo, cuando a ti te importa un bledo su manera de vivir y de pensar. Estoy harto de opiniones banales y consejos menstruales; esto último lo digo por la rima.

—Esta noche hay baile. —Ay, Asunción, te esperaba, Asunción—. Quiero el primero; bueno, de hecho, quisiera bailar toda la noche contigo.

—*I could have danced all night*, yo podría haber bailado toda la noche, como canta Eliza Doolittle en *My fair lady*.

—Tú podrás bailar…

No se daba cuenta de que Isabel estaba detrás.

—Creo que tendrás que compartirlo, monada.

Aquello de *monada*, en otra situación, habría sido muy peligroso, pero menos mal que las chicas se llevaban un juego conmigo y no iban a sacar las uñas.

—Yo también quiero bailar —Alejandro miró a un lado y otro—, pero con vosotras.

Nos abrazamos los cuatro y nos asaetearon un buen puñado de ojos. Cuesta tanto ser feliz. Para algunos, claro. Que siguieran arreglando el mundo, pero no mucho, porque igual terminan jodiéndolo más de lo que ya está.

Marisa hizo acto de presencia sin la pieza de cerámica. Creo que ya no se acordaba.

—Esta noche hay baile —comentó explosivamente con una cara de felicidad contagiosa.

Abrimos el círculo y la abrazamos a ella también, al tiempo que hacíamos una señal a la pareja de concertistas, que no dudaron en juntarse. Dejamos el círculo abierto e invitamos al resto del grupo a que se uniera, pero las líneas paralelas, pues eso y lo otro. Cerramos el círculo.

—Señoras y señores —cielos, una nueva aparición del cabo—, dado que, después de la cena, disfrutaremos de una velada de baile, vamos a proceder a un adelanto del sorteo diario. Si quieren depositar sus letras en el jarrón, iniciaremos el sorteo.

Cuánta ceremonia. Carlos sostenía la perola en que depositar las papeletas. Fueron cayendo las letritas. Pero no aparecía el regalito por ningún lado. Cosa que no me quitaba el sueño.

Salió la letra G, la mía, situación que hizo que los escalofríos

hicieran su aparición.

—Habrán observado que no traemos ningún objeto. —Madre mía, qué canguelo—. El motivo es que el premio no es algo tangible. —Menos rollo y verborrea—. El premio consiste en tres noches en el Parador de Alcalá de Henares para dos personas. ¿Quién es el agraciado?

Me quedé consternado y tardé unos instantes en balbucir:

—Esto… Yo, creo que soy yo. —Miré al respetable—. Soy la G, ¿no?

Para dos personas, madre del amor hermoso, tendría que buscarme una novia para esos días. Sentí la mirada de Asunción, Isabel y Marisa clavada en mis carnes.

—Te cambio el baile por tres noches en el Parador —se insinuó Isabel.

—Me quedan siete días de licencia —susurró Marisa.

—Quiero el baile y las tres noches de Parador —sentenció Asunción.

Mejor pedía una habitación para un jeque árabe y me llevaba a las tres, con Alejandro de sirviente y los dos músicos tocando el caramillo por los pasillos del edificio.

El sector de profetas egoístas y educados superficiales hizo caso omiso a mi triunfo y tuve que refugiarme con mi banda de atracadores de bancos.

Alejandro hizo intento de regodearse con mi triunfo y las tres proposiciones que provenían del género femenino, pero le pegué una mirada que le conminó a tragarse la lengua.

Sopa castellana
Chuletillas de cordero lechal
Leche frita

¡Leche, *puaj! Ni los Borgia eran tan ruines*.
(Ya lo había dicho, lo sé).

Comenzaba a sonar música bailonga y yo hui dirección vagón de útiles, vestimentas y desparrames para que me dejaran un traje apropiado para la ocasión. Me atendió el papá de Fermín, Gonzalo.

—No le recomiendo una americana cruzada porque para bailar es muy incómoda; le sugeriría una que tengo que le queda que ni pintiparada, pero es de *tweed* y hace demasiada calor. Lo mejor será… Sí, esa —se dijo—, la de lino gris con rayas formando cuadros, acompañada de esta camisa gris Siberia con pantalones gris Londres, o

quizá todo del mismo gris. Pruébeselo, por favor.

Vamos, me quedaba como un pincel. Me quedé con el hatillo de mi ropa en la mano.

—Yo se lo dejo en su habitación, señor —se adelantó Gonzalo—. Si me lo permite, le diré que está usted como un brazo de mar, tiene un toque informal muy interesante y, ya sabe, *nunca se puede ser demasiado educado ni ir demasiado arreglado*, dejó dicho el dandi de Oscar Wilde.

Ya decía yo que el bueno de Gonzalo no se había arrancado todavía, pero tenía toda la apariencia de ir soltando *frasejas*, dimes y diretes por doquier. No sabía de dónde habían sacado aquel escuadrón, pero eran soberbios: atentos, cultos y, lo más importante, guasones. Si no permites que el sentido del humor aflore en tu vida, no eres más que un cadáver ambulante, uno de esos *walking dead* que proliferan hoy en día y no solo en la televisión.

Llegué, me vieron y vencí. La verdad es que me sentía muy elegantón y muy cómodo. El resto de la fauna, supongo que ya avezados en ese tipo de viajes o informados, cosa de la que yo pasé olímpicamente, ya que bastante tenía esos días con mis trifulcas con la irlandesa.

Asunción se me pegó como una lapa, mientras su marido, el soldadito de plomo, opinaba a diestro y siniestro sobre los buenos cantantes que tiene la música española. Nadie lo dudaba, pero creo que era mejor escucharlos que dar mítines y sermones. De todos modos, si aceptamos *imbécil* como animal de compañía, al menos así lo había mantenido Asunción, pues allí estaba el menda, que no era nada más que un pobre infeliz que no paraba de tomar copas de vino español. Suponía que al terminar el día caería sin sentido sobre la cama y nada, hasta la mañana siguiente.

Isabel tenía clara su nueva relación con Ernesto; había dejado de existir para ella. Menudo viaje, aunque yo la ruptura la traía puesta.

Víctor W se había vestido de frac, una vestimenta ridícula para el evento. Gerardo iba como siempre, aunque le habría caído bien una tienda de campaña a lo Demis Roussos; no obstante, qué cosas, su *partenaire* lucía una corona de flores en el pelo, que imagino se le iba a morir en cinco minutos por la negatividad que emanaba la ninfa de los bosques.

Ernesto iba de viudo, muy oscuro él, por dentro y por fuera, y la pareja de emigrados quién sabe de dónde, pero convencidos de tener pedigrí, pues ella lucía un traje chaqueta, rosado y gastado, muy *kitsch* todo él, vamos, como su marido, pasado de moda, pero al menos silencioso. Adriano y Virginia no se habían cambiado, iban con su

estupidez habitual. Bueno, ya me he despachado.

Por parte de mis colegas, pues Alejandro se había puesto americana y corbata, una americana de pana no muy gruesa y una corbata con estampados de personajes de Mafalda, muy progre él. Asunción e Isabel habían optado por vestidos oscuros con mucha gasa y mucha transparencia, al menos eso me parecía, porque me ponían cachondo. Marisa llevaba un vestido verde con una prenda a rayas debajo a lo Pippi Calzaslargas pero sin coletas. Y los niños, pues mis niños iban de lo que eran, de músicos: camisa negra y bufandita clarita alrededor del cuello; muy bohemios ellos. Que empiece el baile.

Habían retirado el mobiliario del vagón de no fumadores, dejando un espacio suficientemente amplio para marearnos dando vueltas. Si abrían un poco las ventanas, las cortinas podrían volar a sus anchas como en la película *El gatopardo*. De hecho, yo me sentía como el príncipe de Salina bailando el vals que empezaba a sonar. Nunca he sido un buen bailarín, pero Asunción estaba realmente seductora y me dejaba llevar por ella, que lo hacía mejor que yo.

—¿No vas a bailar con tu marido?

—A estas horas ya no se tiene en pie. Mejor que siga con el tintorro.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —Me detuve—. Vamos, ¿se lo has dicho?

—Cuando lleguemos a casa. Aunque, si se lo digo ahora, no creo que le importe un bledo, pero no es consciente de lo que le cae encima. Que se busque una chacha. —Me miró y sonrió—. Dejemos el tema y bailemos, siempre me ha gustado, ¿a ti no?

—No excesivamente, por no decir que nada, pero siempre me ha gustado ir sujeto a y por cosas agradables. Para pecar basta con pensar.

Le vi intenciones de estamparme un morreo, pero, aunque el borrachín estuviese casi fuera de combate, prefirió cortarse.

Alejandro bailaba con Marisa, que no cabía dentro de su trajecito verde. Los Procul Harum acariciaban nuestros oídos con su ya lejana *A Whiter Shade of Pale*, que aquí conocíamos por el título de «Con su blanca palidez». Qué detalle con la elección musical. Esperaba que no aparecieran los Spandau Ballet para fastidiar la velada. Afortunadamente, la vida, y supongo que Fermín, nos regaló *Blue Eyes,* de sir Elton John. Que siga la fiesta.

Bailé con Asunción, con Isabel y con Marisa, e incluso con Eugenio, que me pidió un baile; era un apasionado de mover el esqueleto, cosa que no hizo ninguna moza del sector esquivo. Tal vez era una señal del universo.

—¿Cómo lo lleváis? —pregunté a Isabel mientras nos deslizábamos cual Ginger y Fred.

—Duerme en el sillón, con eso te lo digo todo.

Bueno, otras dos vidas convergentes que acaban convirtiéndose en paralelas. Tampoco es tan descabellado. Creo que pasa en las mejores familias. Fíjate en las monarquías: más altas y mejores, imposible.

—Te deseo lo mejor.

—¿Vendrás a verme?

—Quizá, pero Cáceres queda muy lejos.

—¿Por qué me caes…, perdón, nos caes tan bien?

—Somos almas solitarias. Sí, somos el club de los corazones solitarios. Y Alejandro es el Sargent Pepper.

—¿Tienes el corazón *partío*?

—Con heridas recientes.

—Si quieres te las lamo.

Estuve a punto de decirle que aceptaba la propuesta, pero lástima que, aunque su cama no estuviera ocupada por el marido, tampoco me hacía ilusión tenerlo sentado frente a nosotros en el sillón.

Salimos al recreo, es decir, me aferré a una copa junto con Alejandro.

—¿Con quién te vas a ir de Paradores?

—Había pensado en las tres y tú de ayuda de cámara.

—Qué peso me quitas de encima, creí que me excluías de tu romántica aventura.

—Siempre estás en mis pensamientos.

—Puede, pensador, pero últimamente has pasado a la acción, y con unos resultados de aquí te espero.

—Es una leyenda negra.

—Pues no, cada día estás más joven.

—No discuto con nadie.

—No será por eso.

—Pues no será.

—Mamón.

—*Tontolculo*.

Daba gusto tener conversaciones tan profundas. No sé por qué no nos admitían en el *hemociclo, himenciclo, homociclo*, ¡jo!, hemiciclo, por fin. La mediocridad de sus parlamentarios nos había escupido de sus entrañas, éramos tontos e inútiles, pero libres. No rendíamos culto a la estupidez ni teníamos por religión la mediocridad. Se podía vivir.

… la sonrisa forzada que ponemos en compañía con la que no estamos a gusto en respuesta a una conversación que no nos interesa. (5)

—¿Ya le estás dando al coco? —Qué susto me dio Marisa—. Si

quieres pensar algo, piensa en el baile que me debes.

Era verdad, todavía no había bailado con ella. La ceñí por el talle y di unos pasos fantasiosos que casi dan con los dos por el suelo.

—Mejor te dejas llevar, porque tengo intenciones de llegar entera a Jaén.

Cuánta sabiduría encerraban sus palabras, así que me relajé y sus movimientos, realmente sedosos, hicieron que me sintiera volar.

—¿Dónde has aprendido a bailar así?

—En una academia de baile. Siempre deseé bailar como Ginger Rogers —fui a intervenir—, pero me quedé a medio camino.

—Quizá no encontraste a tu Fred Astaire.

—Jamás lo busqué; me gusta la soledad, me gusta mi vida y me gustan mis niños. O sea, que no te hagas ilusiones. —Se rio.

—Vaya, ahora que me he quedado vacante. —Puso cara de querer más información—. Pero esa es otra historia —concluí.

—¿Vendrás a visitarme?

—Quizá, pero Jaén queda muy lejos.

Se puso de puntillas y me besó castamente en los labios.

—El tiempo no cuenta, ni el espacio… Cualquier noche puede salir el sol, creo que cantaba un compatriota tuyo.

—Sí, uno que se llama como yo. —Pensé en esa frase y en ese momento me sentí iluminado.

Al terminar la canción, le devolví el beso. Era hora de retirarse y me sentía un poco cargado por culpa de la bebida. «Un cojo por el camino correcto llega antes que el atleta por el camino equivocado», pensé y me consolé de mi cojera etílica, aunque no me acometía ningún rival.

—Buenas noches, Friedrich —saludé al fiel servidor—. ¿Qué tal tu bisabuelo? ¿Sigue pensando lo mismo del género humano?

—Sin duda, señor. Es más, todos sus vaticinios, por llamarlos de algún modo, o se han cumplido o llevan camino. Era un lince.

—Por cierto, ¿has visto a mi perseguidor?

—Le está esperando en el compartimento.

—O sea, que puedes verlo.

—Más bien lo intuimos. Vemos sombras que pasan o que van y vienen. Buenas noches y feliz orgía; procuraré no le molesten.

—Gracias y buenas noches.

Allí estaba, pero con más cara de súplica que de cabreo.

—No puede haber nada que nos pueda interesar. Nada, ¿entiendes? —Toqueteé todos los muebles—. Son nuevos, no son de tu época. Lo único que queda es… esa puñetera placa de madera. —Empecé a patearla.

Me senté e intenté cerrar los ojos, pero era peor, y, si los mantenía abiertos, me encontraba con mi amigo del alma. ¿Por qué no preguntarle por la otra vida? Aunque, para la conversación que tenía, poco iba a sacar en claro. Mejor ducharme.

Me levanté tambaleándome y pensé que tenía alucinaciones porque por detrás de aquellas placas de madera sobresalía algo semejante a una punta de papel. Y, si a eso sumamos el desasosiego espiritual que me acompañaba, pues la cosa desembocó, si no en el llanto, sí en el crujir de dientes, con singulares escalofríos.

Así aquella punta de papel y tiré lentamente, no se fuera todo al traste. Poco a poco fue asomando lo que parecía un sobre. Se me pasó la melopea y los temblores de golpe.

Era un sobre, efectivamente, y mantenía su color rosado gracias a no haber estado expuesto a la intemperie. Levanté la solapa y extraje una nota que había en su interior; lo que leí me puso los pelos de punta, disipándome hasta la borrachera del día siguiente. Decía así:

Despreciable Antonio, no te he sido fiel ni un solo día de nuestro matrimonio. Me casé contigo porque me obligaron y accedí por tu dinero, pero me has dado asco desde el primer día. Pero vamos al final de esta historia: me estoy muriendo, cosa que no sabías porque me lo he callado, y lo he dispuesto todo para que te acusen de mi muerte. No soportaba tu pasividad, tu petulancia y, por cierto, me repugnaba la presencia de tu madre y sus comentarios para conmigo. No me has hecho nada de lo que quejarme, pero no he podido sobrellevar tu mediocridad. Me aburres y yo soy o he sido una mujer llena de vida. Quiero que pagues por todos los años de sordidez entre los muros de aquella casa triste en la que nunca corrió niño alguno. Seguro que culpa tuya, aburrido estéril. Me voy a suicidar delante de ti, pero la pistola tiene solo tus huellas porque esos horribles guantes que me regalaste protegerán las mías. Nunca tuya, Gloria.

P. D.: Te juzgarán y te condenarán, pero todo esto que te he dicho en la cara lo tengo escrito en una carta que he ocultado y que te pongo a prueba que encuentres. Cosa que no conseguirás. Adiós.

Cómo se las gastaba la tal Gloria, se lo contaba todo con pelos y señales; al menos todo eso tenía que agradecerle a mi ex. Menuda historia.

—Lo siento, Antonio, si bien esta historia ya la conocías de viva voz. —La aparición pareció suspirar, yo no sé si las apariciones suspiran—. Supongo que buscabas esto, ¿no? Menudo viajecito os pegasteis. Seguro que era un regalo para ver si las cosas iban a mejor.

Seguía sin contestar, así que me serví un whisky porque con toda la movida había sudado todo lo que llevaba en el cuerpo.

—Mira, cuando mañana lleguemos a destino, haré entrega del sobrecito a las autoridades competentes, con lo cual vas a quedar libre de polvo y paja y podrás dormir el sueño de los justos, porque te portaste bien, supongo. Oye, vamos a ver, la historia se ha terminado y me ha dejado el cuerpo como para escribir otra que me viene a la cabeza, así que, si quieres, te quedas, pero no hagas ruido. Necesitaba evadirme.

Me incliné sobre el teclado.

—Hola, Ernesto, pasa, pasa. ¿Quieres tomar algo?

—¿Qué tal, Luis? No, gracias.

—Pues, si no te importa, me serviré yo.

Ernesto asiente tendiendo la mano hacia la botella y se pasea por la habitación.

—Tienes una casa muy agradable. Ya no me acordaba.

Luis, copa en mano, se acerca a Ernesto.

—Pues sí, he hecho todo lo que he podido, pero no digas que no te acordabas porque la semana pasada, cuando estaba de viaje, estuviste aquí, echando un polvete con mi mujer. —Ernesto hace un gesto de sorpresa—. Pero tranquilo, amigo, ya sé que, cada vez que tengo que salir fuera, me ponéis los cuernos, lo sé, pero no te he llamado por eso. Hemos compartido muchas cosas en esta vida, fíjate, incluso ahora a mi mujer, pero no voy a romper una vieja amistad por un polvete de más o un polvete de menos. Ya sabes que te aprecio, Ernesto, por eso quiero compartir una preocupación contigo. Noto, durante los coitos, que Margarita se muestra muy distante conmigo, incluso ya no finge los orgasmos, lo cual me preocupa sobremanera. Y he aquí mi pregunta, ¿has notado algún cambio en vuestros coitos?

Ernesto señala la botella y pregunta con la mirada si puede servirse. Luis señala con gesto indiferente la mesa.

—Esto, pues mira, la verdad es que, ahora que lo dices, sí que la encuentro un poco fría estas últimas semanas. Yo le digo que quizá sea por el remordimiento de ponerte los cuernos, porque, siempre que se tercia, debes saberlo, le afeo su comportamiento para contigo, sí, señor. Ahora bien, en cuanto a los coitos, creo que son gozosos y satisfactorios, al menos por mi parte, ya que jamás finjo mis orgasmos, te lo juro; en cuanto al hecho de que finja ella los suyos en vuestra relación, no te preocupes, que se lo voy a recriminar durante nuestro próximo encuentro, faltaría más.

—Sabía que podía contar contigo, Ernesto, y no sabes cómo te lo agradezco, pero eso de la frialdad me ha llevado a pensar que, además de

su relación con nosotros, tal vez, no lo puedo asegurar, se haya buscado un nuevo amante. Sí, ya sé que es un golpe bajo para ti, pero tienes que superarlo; ya sabes que las mujeres son muy veleidosas, que les gusta ir de flor en flor y, claro, yo ya soy un viejo nenúfar y tú te estás volviendo monótono y aburrido como la hiedra; no en vano soy perro viejo, y ya sabes que sabe más el diablo por viejo que por diablo. Espero no haberte llenado de preocupación, ya sabes que te estimo, amigo mío. En fin, creo que, si unimos nuestras fuerzas, podremos descubrir si nuestra dulce Margarita ha encontrado una nueva flor.

—Cuenta conmigo, Luis. Cualquier cambio que perciba en su comportamiento te lo haré saber. No sabes cómo te agradezco la información. Me has abierto los ojos. Por cierto, la semana que viene te vas de viaje y tendré ocasión de comprobar todo lo que me has dicho, así que te mantendré informado. Dame un abrazo, Luis, amigo.

Se abrazan fraternalmente y Ernesto se dirige a la salida.

—¡Ah, Ernesto!, recuerda que esta noche tenemos partida de mus.

No quise poner el nombre de Antonio por aquello del mal gusto, y el de Ernesto, conste que no iba con segundas. Lo dejaría así. Vaya, estaba solo, pero no creía que se hubiese ido sin despedirse. Me caía de sueño.

Soñé.

Hay cuatro mujeres de espaldas, tres de ellas se vuelven hacia mí, pero no parecen verme y se ponen a hablar entre sí. No puedo verles la cara y no entiendo lo que están diciendo. Pasean por la penumbra, mientras la otra mujer sigue de espaldas sin moverse. Las voces se vuelven más nítidas; reconozco la de Asunción: habla con tristeza, habla desde la distancia y arrastra recuerdos pegajosos que parecen pesar sobre ella hasta que se derrumba, despertando a Isabel, porque ahora sí reconozco su voz. Isabel, como si se hubiese empapado de todo lo que decía Asunción, se pone a llorar. Entonces se hace la luz, sí, se ilumina toda la escena por donde se movían y Marisa, a la que ahora puedo ver claramente, les dice: «Vamos, niñas, al patio a jugar», y las dos mujeres se limpian los mocos y salen corriendo de mi campo visual. Marisa me mira y sonríe con esa expresión afable que la acompaña siempre, comienza a caminar hacia la figura de espaldas y le dice: «Tú estás castigada, te has portado mal». Aquella figura inmóvil me produce repelús, pero, a pesar de todo, me siento atraído por su presencia y me doy cuenta de que me voy acercando hasta que aparece el fantasma de Antonio, pero de carne y hueso, que abraza a la figura hasta que los dos se evaporan. Me quedo solo y la escena se

va oscureciendo hasta que lo único que me llega son las voces de Asunción e Isabel cantando y poco a poco se va haciendo el silencio.

Séptima jornada

La madre que lo parió, ¿pues no tengo la cama llena de mocos, babas o lo que sea? ¿Qué pasa, que, en agradecimiento y especial atención para con mi persona, aquella sábana vaporosa se ha acostado conmigo? Estoy por tirar la carta por la ventana. Dejémoslo correr. Lo que me pasa es que siempre me despierto a la misma hora, me acueste a la hora que me acueste; ahora bien, el estado en que lo hago es otro cantar. Todavía sonaba la música en mis oídos, además de los aplausos de Antonio después de sacar a la luz su sórdida historia, y todo ello balanceándose entre olas de whisky. Me pegué dos duchas, la primera, para quitarme los mocos de Antonio y la segunda, para espabilarme.

A las 7:30 en punto estaba dejando caer mis posaderas en las mullidas sillas del vagón restaurante.

Radio Futura, Nacha Pop, Los Secretos, Alaska y toda la movida madrileña estaban en las ondas. Un Fermín sonriente me daba la bienvenida y los buenos días.

—Esto se acaba, Fermín. Os echaré de menos, campeones. Bien por la música y, ¡oh!, por el menú.

Pincho de tortilla
Calamares
Croquetas
Y, claro, porras y churros.

—Así que aquí te escondes, cobarde. —Asunción se abría paso.

—Ni lo sueñes, te estaba esperando.

—¿A mí?

—Con el melocotón que llevaba tu futuro exmarido, suponía que lo ibas a dejar tirado, porque sus ronquidos no te han dejado dormir en toda la noche.

—Más o menos has acertado —comentó, pellizcando una croqueta —. Poco ha faltado para que te hiciera una visita en la cama.

—Habríamos sido tres.

Puso cara de poema dadaísta.

—No, no pienses en alguna rival, era un hombre.

Anda, que lo estaba apañando.

—Bueno, se trata de un fantasma que viene persiguiéndome todo el

viaje.

No se percató de que Fermín le estaba sirviendo el desayuno con todo el amor del mundo.

—Encima voy y me lo creo. —Descansó su cabeza sobre los puños —. Sí, eres tan original que te creo, pero tienes que presentármelo — dijo riéndose.

El que se reía era yo, porque mi amigo estaba a su lado.

—Solo tienes que tocar la mesa y te encontrarás con sus babas. — Preferí omitir la palabra *mocos*.

Su gritó alertó a Fermín, que acudió solícito.

—Tranquilo, Fermín, la señora acaba de encontrar la estela de nuestro fantasma.

—Cuánto lo siento, señora. Permita que limpie los restos y, si quieren cambiar de mesa…

—No hace falta, gracias. La estela es incolora, inodora y supongo que insípida, pero no la voy a probar.

—Pero ¿tú puedes verlo, Fermín?

—Lo intuye —me apresuré a decir—, es decir, lo intuyen todos los ayudantes de cámara. ¿No es así?

Fermín asintió levantando los hombros mientras recogía los restos tangibles de mi amigo Antonio.

—No quiero saber nada, no me cuentes nada. —Asunción atacó simultáneamente otra croqueta y un calamar—. Eso sí, eres único en tu género.

—Todos somos únicos, cariño.

—Puede, pero algunos son más únicos que otros.

—Eso es de Orwell.

—¿Te crees que solo tú y el cantamañanas de Alejandro podéis ir soltando frasecitas?

Acabo de descubrir que, además de ser un hombre del siglo pasado, soy único en mi género, al menos más único que otros.

—Buenos días, pareja. ¿De qué habláis?

—De ti, Alejandro —solté con aire sandunguero.

Me robó una croqueta, la última que me quedaba.

—Pues vaya tema de conversación para estas horas intempestivas. —Pegó un buen bocado—. Y ¿qué puntuación me habéis dado?

Se perdió entre la exposición plateresca con amenazas de volver, si no con la frente marchita, al menos con el plato lleno.

Isabel llegó con Marisa, con una explosiva sonrisa de felicidad las dos que indicaba noticias frescas.

—Hola, primaveras —saludé—, ¿a qué obedece esa carita de rosa que portáis, infanzonas?

—No sabéis lo bien que hemos dormido las dos juntitas —dijo Marisa, con el añadido de suspiros de España de Isabel.

Madre, madre, ¿qué habían hecho con Ernesto? Yo no pensaba volver atrás para recoger sus restos.

—Estaba harta de ver a mi ex sentado en el sillón, así que lo he enviado a la habitación de Marisa. En fin, he hecho un cambio.

—¿Ha habido sexo? —preguntó Alejandro, que volvía con la oreja puesta.

—Unos pequeños roces aquí y allí —sonrió Marisa—. Vamos, que no nos vamos a quedar embarazadas ninguna de las dos.

Isabel cogió una silla y convertimos la mesa en un quinteto.

—Esa que canta ¿no es Alaska? —preguntó Marisa sin perder la sonrisa.

En Alaska me hubiera gustado estar en aquellos momentos. Qué fin de fiesta, madre.

Comenzó el desfile y las chicas no estaban dispuestas a perder sus aires de fiesta.

Habíamos estado viajando toda la noche, retrocediendo por el mismo camino de ida. Algunas veces nos deteníamos en una estación para poder llegar al amanecer a Madrid, donde entrábamos en esos momentos.

Llegaron las golondrinas musicales con sus trinos, con su flauta y su clarinete y se sentaron sobre nuestra chepa. No cabíamos más en la mesa y el resto del safari nos miraba con desdén y, por qué no, con envidia cochina.

—Señoras y señores —rayos, el cabo del escuadrón toma la palabra —, hemos llegado al final de nuestro viaje —aplausos—. Pero no al fin de nuestras actividades, puesto que, aunque tenemos viajeros que son de la ciudad de Madrid, hemos programado un viaje en autobús descapotable por los más bellos rincones de la capital. Después de lo cual volveremos a nuestro tren para la comida, y por la tarde les llevaremos a visionar un espectáculo que espero sea del agrado de todos ustedes. Desayunen tranquilamente y ya les avisaremos cuando tengan que embarcar en esta nueva aventura sobre ruedas. Gracias.

Para aventura sobre ruedas la que habíamos vivido los últimos días; en cuanto al término *embarcar*, pues suponía que no íbamos a descender en chalupa por el Manzanares.

Pues sí, también había visitado Madrid, y más de una vez, ¡pardiez! Bueno, me iba a apuntar a la cacería desde el descapotable, pero del espectáculo pasaba porque tenía una cita con la policía como portador de la sorprendente misiva. Se lo debía a mi colega Antonio.

Me deslicé al vagón de fumadores, vacío en esos momentos, para

saborear una pipa con copa incluida. «Venga, que esto se acaba», me dije olisqueando el whisky. Alejandro entró de la misma guisa con su copa en la mano.

—¿Disfrutaremos de tu compañía?

—No me lo perdería por nada del mundo —respondí—. Y tú, ¿piensas apuntarte? Porque supongo que debes de tener la ciudad más que pateada.

—Siempre descubro algo nuevo. Pero, bueno, por lo que ha llegado a mis oídos, parece ser que tienen por costumbre hacer el fin de fiesta en Madrid. —Me miró socarronamente—. El fin de fiesta no implica baile, tranquilo; lo que no sé es si hay sorteo.

—Si hay sorteo, no contéis conmigo. —Levanté la copa—. He descubierto el secreto de mi fantasma y espero que me cuentes lo de los tuyos.

—Me alegro, pero mis apariciones fantasmales las dejamos para otro momento. ¿Qué piensas hacer?

En ese momento entraba el quinteto de cuerda y viento.

—Entregaré el documento que encontré a la policía y se acabó el carbón.

—Igual te ha cogido cariño y no te deja en paz.

Asunción e Isabel me tomaron cada una por un brazo.

—Yo le he cogido cariño —decía Asunción—. Es mío.

—De eso nada —protestaba Isabel—. Es mío.

—Qué pronto te has olvidado de tu dulce Marisa, bergante.

Corpo di Baco, menudo momento había elegido para soltar la frase, pues hacía su aparición el desolado Ernesto con los Cien Mil Hijos de San Luis.

Bueno, la hora del paseo había llegado, así que al autobús, a menos que se siga celebrando el 19 de abril el Día de la Bicicleta, en cuyo caso me veo pedaleando por las calles de la capital.

—Tienes que venir a verme —dijo Marisa agarrándome del brazo que me había dejado libre Isabel—. Tienes que visitarme y recitaremos los dos la poesía *Andaluces de Jaén*, de Antonio Machado.

—Marisa, pega un repaso a la literatura y a la historia, porque ya me intentaste colar lo de Chindasvinto y Recesvinto en San Juan de Baños como ahora estás confundiendo a Miguel Hernández con Machado.

—Tengo mala memoria —me espetó levantando los hombros—, pero los niños no se enteran.

Salimos del vagón como quien sale del gallinero, voceando; parecía que el bullicio de la ciudad nos arrastrara a pegar gritos.

Era uno de esos autobuses rojillos que circulan llenos de guiris

hasta la cúpula, pero, en nuestro caso, llevaba unas franjas laterales donde se podía leer: *el tren del Edén*. Vamos, como una casa de citas ambulante. Qué vergüenza, señor. Empezamos.

Paseo de la Castellana, como el anís, hasta llegar al Santiago Bernabéu, donde se escucha un sobrecogedor «¡oh!», acompañado del comentario: «Qué campos de fútbol tan impresionantes se construyen en España». Al septeto en discordia nos pilla cantando *Pongamos que hablo de Madrid*. Azca, Nuevos Ministerios y la Plaza de Colón, *chin pon*. El españolito *geyperman* se levanta para saludar a la bandera y derrama una lágrima de vino español. A partir de la Biblioteca Nacional se abre el Paseo de Recoletos y empezamos a disfrutar de algo verde en el paisaje. La Cibeles y, a nuestra izquierda y a lo lejos, la Puerta de Alcalá, mírala, mírala, y más cerca el Palacio de Comunicaciones y Ayuntamiento, entre el Palacio de Linares y el Banco de España, y así, medio escondido, el Palacio de Buenavista. Seguimos entre verde, que te quiero verde, hasta Neptuno, entre museos, el Thyssen y el Prado. *Qué gran museo el Prado*, se oye sobre el rumor de los coches. Glorieta de Carlos V, estación de Atocha, Ministerio de Agricultura, Museo Etnográfico y avenida Menéndez Pelayo hasta Alcalá *Street*, con desvío hasta Puerta de Alcalá, mírala, mírala. Nuevo «¡oh!». Otra vez Cibeles y calle Alcalá, la florista viene y va, hasta Círculo de Bellas Artes y edificio Metrópolis, con desvío a Gran Vía, *tirurirurí, tirurirurí, tirurirurí, tararán chanchán* (introducción a la zarzuela del mismo nombre). Telefónica y plaza del Callao, con el Palacio de la Prensa, los cines Callao y el emblemático edificio Carrión: «Este lo he visto en una película», Marisa *dixit*. Plaza de España, con la Torre de Madrid y el edificio España, pero nos perdemos la Casa Gallardo y el monumento a Miguel de Cervantes, otra vez será. Calle de la Princesa y Palacio de Liria. Giramos en Marqués de Urquijo hasta Pintor Rosales con la Rosaleda a la derecha, vamos, lo que puede verse. Nos ponemos en pie para ver el Templo de Debod. Ahora sí vemos la Casa Gallardo y casi el monumento a Cervantes: *qué buen escritor era*, se oye. Jardines de Sabatini y Palacio Real (donde empezó todo). Le digo a Marisa que baje y encuentre entre las estatuas las de Chindasvinto y Recesvinto. Se ríe. Calle Mayor y Plaza Mayor, que intuimos tras las puertas. La gloriosa Puerta del Sol, kilómetro cero y campanadas a medianoche que despiertan al Oso y el Madroño. Volvemos a Cibeles y subimos para casa. Se han olvidado del Manzanares, mecachis.

Tomamos la cervecita de aperitivo, con las consiguientes bravas,

chopitos, oreja a la plancha, huevos estrellados y más croquetas. El comedor nos espera.

Entrantes
Caracoles
Gambas y setas al ajillo
Primer plato
Sopa de cocido
Potaje de garbanzos
Segundo plato
Cocido
Besugo
Entresijos y gallinejas
Callos
Mollejas
Postres
Bartolillos
Rosquillas de San Isidro

Vinos
D. O. Madrid

El postre tiene que ser espectacular, porque llega cuando el *gourmet* ya no tiene hambre.
GRIMOD DE LA REYNIÈRE

Diecinueve de abril, fecha clave en la historia. Tal día como hoy, en 1987, nacen Los Simpson; claro que también nos dejaron Lord Byron y Darwin. Aunque vinieron al mundo Eliot Ness y Jayne Mansfield, esta última con toda su artillería.

—¿En qué estás pensando?

—En la artillería de Jayne Mansfield.

—¿Artillería? —preguntó Isabel.

—Sí, tenía unos buenos pectorales, y ya sé que esa observación es políticamente incorrecta, pero a senos y cosenos me remito.

Se levantó sus delanteras y con la mirada me interrogó qué opinaba de los suyos, cosa que hizo ruborizar al sector musical, mientras que el combo femenino esperaba una respuesta, al igual que el salteador de caminos de Alejandro. Me llevé los dedos a los labios y eché un beso a sus pectorales. Asunto zanjado. Madre mía, cómo andaba el personal.

Los chicos del servicio habían juntado dos mesas y el club de los siete comíamos en familia. Nunca imaginé un viaje con tantas

vicisitudes como aquel, pero, si eso ponía las cosas en su lugar, pues eso, para agonías, las justas. Buen provecho, cariño, que disfrutes en la verde Erin.

Se escuchaba *Play the game*, de Queen.

Play the game, everybody play the game of love.

Que, si no me equivoco, viene a decir: «juega el juego, todos juegan el juego del amor».

Si hay que jugar, juguemos.

Íbamos a disfrutar de la obra *El rey león*, mejor dicho, iban a disfrutarla, porque yo tenía una cita con la policía. Así que disfrutamos de la comida y ya nos veríamos en la cena, puesto que no nos despedíamos hasta el día siguiente, ya que eso de abrirse con nocturnidad pues no quedaba ni deontológico, ni ético, ni moral, vamos, ni las tres cosas al mismo tiempo, a fin de cuentas, lo *mesmo*.

Cogí la misiva y me despedí hasta la noche. Alejandro me dio una tarjeta para coger el metro y me facilitó el domicilio de una comisaría. Creo que me sugirió esa por estar en Centro y poder disfrutar de la caminata. El paseo en autobús me había sabido a poco.

En pleno paseo del Prado, entré por la plaza de la Platería y fui a la comisaría de la calle Huertas. Bueno, ahora me tocaba explicarme y no iba a ser fácil. Antonio, mi fantasma particular, no me había seguido porque creo que los espíritus no pueden abandonar el lugar donde han muerto. Al menos eso me habían vendido, pero, al entrar, sentadito en una de las sillas estaba mi compañero del alma. Lo miré con cara de fastidio.

—¿Qué desea? —me preguntó un uniformado.

—No lo sé —recapacité—. No sé cómo exponerlo, quiero decir. Es decir, se trata de un asesinato, mejor dicho, un suicidio. En fin, las dos cosas.

El policía me miraba pacientemente esperando a que me aclarara.

—Será mejor que entremos —dijo al fin—. Creo que es mejor que hable con un superior. Venga conmigo.

Caminamos por un corto pasillo hasta un despacho casi escondido. Llamó y preguntó a su ocupante si podía atenderme.

Era un hombre que rayaba en los cincuenta y parecía haberse acomodado con sus galones.

—Usted dirá.

Mejor que la misiva hablara por mí, así que le entregué el sobre con la carta. Me miró y después abrió el sobre, al tiempo que hacía una señal a mi acompañante para que se quedara.

—Esa carta se escribió en el año 1965 y la encontré ayer detrás del

panel de madera de un vagón —aclaré ya algo más tranquilo, aunque la sensación me duró poco.

—¿Y cómo sabe usted que es de ese año si no está fechada?

Joder, ya empezábamos. Preguntas que sugerían más preguntas.

—Me contó la historia un ayudante del tren —carraspeé—. Estoy alojado en el *Tren del Edén*. ¿Ha oído hablar de él? —Negó con la cabeza—. Ya, pues es un tren vacacional, vamos, de ocio; un viaje sorpresa.

—Ya, ya, pero dígame lo que le contó ese ayudante porque no creo que ese hombre sea centenario.

Aspiré hondo y entonces advertí una nube que iba tomando forma detrás del oficial. Esperaba que no dejara los mocos en la chepa del policía.

—Pues no, no es tan mayor, pero, como se hablaba de esa tragedia, investigaron por su cuenta hasta sacar toda la historia.

—¿Investigaron?

—Sí, son cuatro ayudantes y creo que todos estaban intrigados. —La aparición estaba leyendo la carta por encima del hombro del oficial; será masoquista—. Como verá, la pareja no tenía hijos, pero yo no sé si él tendrá algún otro familiar, así, digamos, de segundo grado. Amén de *desfacer* el entuerto y poner las cosas en su lugar, he creído oportuno poner en conocimiento… En fin, pues eso. —Qué *fregao,* madre, qué *fregao*.

Volvió a guardar la carta, pero antes tuvo que limpiar unas babas que habían surgido quién sabe de dónde. Eso pensaría él.

—Bien, gracias por todo, ahora nos toca a nosotros investigar la historia y averiguar si hay familiares. —Hizo una señal al policía—. Dele al agente el domicilio y el teléfono. ¡Ah! Y, por favor, esté localizable.

Me estrechó la mano y me sonrió, supongo que porque en el apretón me había pasado parte de los mocos del *pesao* de Antonio.

Le di al agente la dirección, pero, cuando vio que era de Barcelona, arrugó el morro.

—Hoy me quedo a dormir en Madrid. Si tengo que quedarme más días, les llamo y les doy la dirección de donde me hospedo.

—Muy bien, tan pronto tengamos algo o le necesitemos, nos pondremos en contacto con usted. *Visca* el Barça. —Me guiñó un ojo —. Messi es un crac —añadió.

Me perdí por las callejuelas del centro y disfruté como un loco paseando mi supuesta melancolía por Madrid. Tú por Irlanda y yo por *la corte de los milagros*, en estos momentos somos líneas paralelas,

monada.

La Latina me abre camino al Madrid amurallado y voy devorando con pasos llenos de silencio todas las calles y los edificios que encuentro a mi paso, un torrente de fachadas que casi se tocan y abrazan, y en cada rincón una iglesia o un palacio. Es el Madrid que recordaba, la ciudad de los murmullos que corretean por las estrechas callejas y se abren en las costanillas. Todo eso no lo pude contemplar en el autobús, pero lo recuerdo ahora con una frescura llena de auroras. Me tomo un par de chatos antes de iniciar la retirada hasta la fortaleza rodante.

—Friedrich, hemos dado el paso.

El hombre me miró con sorpresa.

—¿Hemos dado?

—Sí, hijo, he tenido que decir que estabais en el ajo, así que igual os vienen a dar la vara. Lo siento.

—No hay problema, todo está en los periódicos de la época. No creo que… Eso, que nos den la vara. —Se quedó pensativo—. ¿El fantasma está contento? ¿Sigue entre nosotros?

Miré a un lado y a otro sin ver nada. Pensé si se habría quedado curioseando por el centro de la ciudad, sorprendido por los cambios que se habían producido desde los años sesenta. Pues, como vaya dejando mocos y babas por todos lados, se van a acordar de su pastelera madre.

—Pues no lo veo, aunque estaba presente en la entrega del diploma. —Friedrich puso cara de extrañeza—. Así que, si alguien os cuenta que los fantasmas no abandonan el lugar donde se ha producido su fallecimiento, miente como un bellaco. Gracias por todo. ¿Han regresado las huestes?

—Todavía no, señor.

—*Dabuten.* Sírveme un whisky, *please*.

Un doce años con un hielo y Fermín a los mandos de la música. Se podía vivir.

Poco dura la alegría en casa del pobre. Los cachorros del rey león llegaron rugiendo con ganas de juerga y yo estaba para el arrastre, algo psicológico cuando ves que toda la mercancía está vendida y lo único que haces es matar el tiempo, unas horas y minutos que están contados y condenados.

—¿Qué tal el espectáculo?

—¡Qué bonito! —se explayó una Marisa que bebía la vida a grandes tragos—. ¿Por qué no has venido? No ha sido lo mismo sin ti.

Ni que tuviera un papel en la obra.

—¿Cómo te ha ido, colega? —intervino Alejandro—. ¿Lo has podido aclarar y arreglar todo?

—¿Qué pasa? —preguntaron las mozas.

—Nada, que me he traído faena de casa y he tenido que terminarla. Un despiste mío.

No creo que tragaran, pero no era momento de profundizar, ya que nos quedaban pocas horas para desparramarnos. Pero, antes de nada, la cena.

Espárragos de Aranjuez
Huevos rotos con jamón y torreznos
Rosca de ternera
Torrijas

No estaba mal como fin de fiesta.

El segmento inteligente del safari parecía tener prisa en quemar los últimos cartuchos, y en que con ello quedara bien alto su nivel cultural, su inteligencia desbordante y su personalidad arrolladora. No es que me gustara refugiarme tras una actitud hedonista, pero los viajes están para disfrutarlos, no para llevarse las neurosis en el bolsillo y sacar a pasear una supuesta sabiduría que no es más que una verborrea gratuita que no aporta nada y que no busca más que el reconocimiento de uno. Estamos llenos de miedos y ansiedades que nos llevan a ser soberbios y cobardes al mismo tiempo. No tengo tiempo para vanagloriarme de nada: *no temo nada, no espero nada, ¡soy libre!,* como dejó escrito Nikos Kazantzakis. Siempre he llevado los bolsillos llenos de sueños y nunca me di cuenta de que tenía un agujero en los bolsillos. Se acabó, nunca es tarde si la dicha es buena, dice el refranero. Pero, bien, ¿de qué podía hablar con aquella colección de mamacallos, bellacos, mamertos, mangurrianes, cagalindes, zascandiles, y todo ello aderezado con el título de zurupetos? Bendito diccionario, que nos recuerda las mofas cultas. Nos rejuntamos por afinidades y yo no tenía nada que ver con aquella recua de acémilas, pero había encontrado una buena compañía con el resto del pasaje y, por lo que parece, había resultado el viaje un *Magical Mystery Tour*, con Beatles incluidos. La vida sigue y, si se me permite una licencia felliniana: *e la nave va*.

—Siempre estás pensando —me sorprendió la voz de Asunción—. ¿Dónde estabas ahora?

Me cogió de la mano sin encomendarse ni a Dios ni al diablo. Yo la miré y realmente me arrepentí de no haberme acostado con ella, pero,

bueno, aún quedaba una noche, porque sabía que esas líneas paralelas de las que hablo siempre no iban a encontrarse nunca más.

—Pensaba en ti. —Sonrió—. Y pensaba en Isabel y Marisa; pensaba en Alejandro, en Eusebio y Eugenio. —Hizo una mueca de resignación, pero sin perder la sonrisa—. *Cuando miré atrás, el hombre con el que me crucé se había perdido en la niebla.* —Se acurrucó como un ovillo.

—¿Es tuyo?

—Es un *haiku* de Masaoka Shiki.

Marisa hablaba maravillas de la obra que acababan de ver e Isabel se separó del grupo y se sentó a mi diestra, porque la siniestra estaba ocupada por Asunción.

—Gracias —me dijo muy bajito.

—¿Por qué?

—Tu presencia ha hecho que tomara una determinación. —Me miró con sorna—. No se lo he tenido que preguntar a las cartas.

—¿No le leíste las líneas de la mano en su momento?

—Entonces estaba en Babia y solo miraba las nubes.

—Bienvenida al club —sentenció Asunción.

Levanté el brazo y la acurruqué como a la otra paloma. Los berzas estaban en el otro salón; como en *Senderos de gloria*, la tropa en las trincheras y los de las medallas dilucidando si dejarnos ante el enemigo o fusilarnos. No quería problemas, aunque creo que las chicas habían dejado las cosas bastante claras. Y allí estaba yo, en el paraíso terrenal, entre el Éufrates y el Tigris, como me enseñaron de pequeño; no en vano aquel era el *Tren del Edén*.

—¿No tienes ninguna historia que contarnos, mameluco? —Alejandro siempre haciendo amigos.

—Cuéntala tú, escritor profesional, yo estoy ocupado.

—Solo tienes ocupados los brazos, escritor *amateur*. Tienes la lengua libre.

La tenía, porque Asunción me dio un morreo de padre y muy señor mío.

—La tiene ocupada —dijo la muy tunante.

—Si queréis, apago las luces y os dejamos solos.

Se sentaron todos y el silencio volvió a adueñarse de aquella sala que había sido nuestro refugio durante la última semana. Los niños abandonaban el campo porque la peste levantaba el campamento y volvía el aire puro y transparente, jaja.

—*Caminante, son tus huellas el camino y nada más* —me sacudió un directo en la barbilla Alejandro.

—*Caminante, no hay camino, sino estelas en la mar* —contraataqué.

Carlos estaba presente y dispuesto en la puerta que daba a los dos salones, fumador y no fumador. Le hice una señal.

—Llénanos las copas, Carlos, porque, cuando el aire se vuelve tristeza, es difícil tragar sin una pequeña ayuda.

—*Han pasado los vientos, y mirarse a los ojos no es sencillo* —espetó como todo un campeón—, escribió en su día Luis García Montero, y supongo que alguna cosa le pasaría por la cabeza.

Tuve que contemplar cómo se llevaban al gaznate sendas copichuelas de Baileys; ni los Borgia eran tan ruines (creo que es la tercera vez que me viene a la cabeza). Pronto vencí la sensación de asco, pues paseando entre nosotros, como un colega más, se encontraba el bueno de Antonio, y tenía buena cara, a pesar de llevar más de medio siglo muerto.

—Ni se te ocurra llenar esto de babas —grité.

—¿Con quién estás hablando? —preguntó Marisa.

—Luego os lo contamos —se anticipó Alejandro y asintió Asunción —. Ahora, brindemos y terminemos felizmente estos días que hemos pasado juntos, en los que ha habido de todo, sin contar que podía haber habido más, aunque no sé si mejor.

Bailamos en silencio, a la deriva, balanceándonos sobre unas olas inexistentes. Desde el otro vagón se escuchaba un llanto y un crujir de dientes: que si el duplo de la base (prefiero el duplo de whisky), que si el cálculo de intereses con el método hamburgués era mejor que con el francés (las hamburguesas solo con cebolla), que si los emigrantes que llegaban en pateras eran unos muertos de hambre porque no llegaban ni médicos ni arquitectos (esos llegarán en la segunda oleada), que si lo del paro se puede arreglar en dos días (cuatro horas y doce minutos para ser exactos), que si el arte actual no se entiende (que aprenda a leer), que si esto, que si eso, que si aquello. *Que no, que no…, que el pensamiento no puede tomar asiento… El pensamiento es estar siempre de paso.* (Ha muerto Aute). Nosotros bailábamos mientras la peste que pululaba en el salón contiguo había entrado en una espiral de violencia verbal o en un vacío de poder con resultados convulsos, como gusta decir en el mundo de la política. Yo opinaba lo *mesmo* que Demetrio el cínico: las personas que carecen de cultura «da igual que hablen o que se tiren pedos»; eso también es extensible a los cultos de pacotilla, carentes de humildad y de saber estar. Cuando un político o algún personajillo, perdido entre la dictadura de la vulgaridad, dice alguna frase hueca, la chusma se encarga rápidamente de rellenarla.

Perdidos en una vía muerta recordábamos el viaje, para algunos el viaje al fin de la noche (otra vez Céline).

Nuestro viaje es por entero imaginario. A eso debe su fuerza. Va de la vida a la muerte.

Suerte a tod@s.
Brindemos tod@s.

Suena Leonard Cohen:
The rain falls down on last year's man.

—Mira lo que dice Cohen, Alejandro, que la lluvia cae sobre el hombre del año pasado. Y a mí, que soy un hombre del siglo pasado, ¿qué me caerá encima?
—Ese es el título de mi primera novela.
—¿Cómo? Es que… Déjalo correr y déjame la novela.
—Tomo nota.

Besos a tod@s.
Buenas noches a tod@s.

No hay nadie en el pasillo, pero en mi compartimento me encuentro con Antonio. Está pensativo y no me hace caso cuando irrumpo en la cabina. Se respira tranquilidad, así que me siento frente al teclado y escribo.

La ruptura entre Sonia y yo era algo que se veía venir desde hacía mucho tiempo. La verdad es que comenzamos a salir juntos porque nos unía la sensación de aburrimiento. Nos aburríamos en soledad y, cuando nos dimos cuenta de que nos aburríamos juntos, llegamos a la conclusión de que éramos dos de los seres más aburridos que han pisado la faz de la Tierra y decidimos romper nuestra relación, porque esta ya no podía aportar nada nuevo.

Seguimos juntos un par de semanas más, supongo que por ese concepto de cariño, eso que se le coge a alguien con el que has compartido parte de tu vida. Y un día, frente al mostrador de un mugriento bar donde tomábamos un aburrido café, nos dimos la mano y decidimos no vernos más. No sabría decir si fue aburridamente formal o formalmente aburrido.

Marga podía haber sido el amor de mi vida. Era miope, y yo siempre he sentido una profunda atracción hacia las mujeres miopes. Veía poco y hablaba menos, lo cual le hacía ganar puntos para un silencioso aburrido como yo.

A pesar de tener ocho dioptrías en cada ojo, Marga se negaba a llevar gafas. Me enteré a las dos semanas de salir con ella, pues siempre pensé

que ir pisando cagadas de perro era una extravagancia suya, hasta que un día, en que se rompió el tabique nasal contra una farola, comprendí que Marga no veía más allá de sus narices. Desapareció sin dejar rastro. Seguramente, en lugar de coger la línea XL, que llevaba hasta su casa, se montaría en algún interurbano y aparecería en alguna población desconocida para ella. Puedo imaginármela con las llaves en la mano, paseando cegata por las calles en busca de la cerradura de la puerta de su casa.

Fue una semana triste, pero la compañía de Claudia me ayudó a mitigar el dolor que sentía. Una muchacha como ella, alta, rubia y con un tipo y unas piernas bien moldeadas, siempre reconforta de una pérdida reciente, y si además es una intelectual comprometida, pues mucho mejor, porque su conversación te enriquece.

Claudia era una lectora compulsiva de revistas del corazón, así que llegué a conocer todas las monarquías como si se tratara de la lista de los reyes godos, además de la guerra que libraba toda pareja que pululase por ese mundo enloquecido. Por otro lado, era vocal de una sociedad protectora de perros: «Un perrito, un hogar» era su lema. Ella tenía cinco en su casa, de los cuales cuatro se ponían a ladrar nada más verme y el quinto se dedicaba a morderme sin mediar ladrido alguno. Me preguntaba cuántas mierdas de aquellos perros habría pisado mi pobre Marga, que ahora debía de estar perdida en algún lugar del mundo, con las llaves en la mano, buscando el portal de su casa.

Conocí a Lidia tres días después de que Claudia me hiciera saber que lo nuestro había terminado porque no podía convencer a sus perros de que aceptaran nuestra relación.

Lidia era una mujer frágil, y cuando digo frágil sé de qué me hablo. Durante nuestra relación se dislocó dos dedos, tuvo un esguince en un pie y se rompió el cartílago de una oreja. Yo no sabía que se podía romper el cartílago de la oreja, el traumatólogo tampoco.

Lidia era frágil, pero no tenía perros. Vivía con sus padres: tres hombres y una mujer. Yo nunca pregunté nada, de hecho yo pregunto muy poco y también soy parco en palabras.

El padre A era muy amable, siempre quería hablar conmigo del único tema que conocía: el fútbol. Yo odio el fútbol y la cerveza, pero él, además de hablar de su tema favorito, tragaba tanta cerveza que parecía una cloaca en época de lluvia. El padre B se pasaba el día rezando y se le veía poco; además no mantenía buenas relaciones con el padre A ni con el padre C, un hombre efusivo que se dedicaba a dar golpecitos en la espalda y a estrecharte fuertemente la mano. Creo que las fracturas de Lidia provenían de las muestras de cariño de su padre. En cuanto a la madre, pues nunca llegué a verla. Según dicen, llevaba en una silla de ruedas

desde hacía varios años. Yo me imaginaba que debía de ser como la madre de Norman Bates, el de Psicosis, un esqueleto que cada día se llevaba uno de sus maridos a la cama, y que conste que no tengo mucha imaginación.

Lidia desapareció de mi vida sin saber el motivo. Yo no llamé a su casa y no hice ningún intento de volver a verla. De todas maneras, al margen de su fragilidad, era una mujer sana y sin problemas en la vista, por lo que creo que nunca se encontraría en la misma situación que mi pobre Marga, que debía de seguir buscando el portal de su casa con las llaves en la mano.

A Resurrección, que tenía un nombre muy largo para una mente muy corta, le dolía España, igual que parecía dolerle a Unamuno, pero a ella le dolía solo los martes y los viernes, siempre que no fueran festivos. Resurrección era idiota de nacimiento, aunque eso solo se notaba cuando abría la boca, que, por otra parte, era lo que más le gustaba hacer. Era una mujer muy primaria a la que le tenían prohibida la entrada en el zoológico porque los orangutanes se excitaban con su presencia. Mi relación con ella no hizo más que acentuar la angustia que sentía por la ausencia de Marga, mi Marga, a la que imaginaba agitando el llavero en mitad de la noche sin poder encontrar la puerta de su casa.

Era una noche oscura, pero con los ojos cerrados veía más claro de lo que nunca había llegado a ver. El conductor del autobús me miró con cara de pocos amigos cuando le pedí un billete con los ojos cerrados, pero él no sabía que yo podía verle a pesar de todo. El autobús se perdió por varias calles de la ciudad y salió por fin a las afueras. Naturalmente, yo no sabía qué línea había tomado, tan solo quería emular la aventura de mi Marga.

Cuando escuché «fin de trayecto», salté a la calle lleno de angustia. Quería preguntar a todo el mundo, quería seguir sus pasos y experimentar su angustia, pero no fue necesario, ya que, a través de la claridad de mi noche, me llegó el tintineo de unas llaves. Permanecí con los ojos cerrados y abrí los brazos.

Dediqué el cuento a mis chicas, creo que incluso podrías estar tú, irlandesa de adopción.

—Oye —pregunté a Antonio, que seguía pensativo—, ya sé que eres parco en palabras, pero ¿qué tal se está en el otro barrio? —Me quedé meditando—. No me digas nada —cosa que acostumbraba a hacer—, me imagino que no habrás traspasado el umbral, pero ahora ya tienes pasaporte para hablar con san Pedro, así que no entiendo por qué sigues conmigo. No pienso adoptarte. Sí, ya sé que das poco trabajo, pero no me acostumbraría a que me estés observando en todo momento.

Ni me miró.

Me gustaría saber qué narices hacía yo hablando con una aparición, pero lo cierto es que no entendía por qué no cogía puerta y me dejaba. Me fui a dormir.

—No te acuestes conmigo, que me lo llenas todo de babas y mocos. Buenas noches.

Soñé de nuevo.

Caminaba junto a unas vías de tren que se perdían en el horizonte, dando la impresión de que se unían en un ficticio vértice. Yo sabía que era mentira, pero seguía caminando sin perder esa imagen. Por un momento, movido por la curiosidad, me di la vuelta para ver el camino recorrido y me encontré con dos líneas que se unían en otro horizonte, como las de mi destino. Procedencia y destino se fundían en un punto. Sentí que solo tenemos opción mientras caminamos por la vida, y el nacimiento y la muerte no se pueden elegir, son un punto de origen y un punto de convergencia, o sea, que no son líneas paralelas para siempre. No me quitaba ningún peso de encima, pero me resultaba curioso porque, cuando las líneas convergieran, sería la hora de mi muerte. Seguí caminando, qué otra cosa podía hacer. Hacía un sol radiante, y aún quedaban muchas horas hasta el crepúsculo.

Epílogo

La cama estaba en condiciones y mi cuerpo también porque el día anterior me había portado relativamente bien. Tomé las aguas para llevarme conmigo el recuerdo de mis duchas en el tren. Eran estimulantes, todo hay que decirlo.

—¿Hoy toca desayuno, Fermín? —pregunté sonriente—. Sorpréndeme con tu música.

Tristeza de música, pardiez. ¿Pues no me regaló los oídos con un adagio?

—¿Toda va a ser igual? —pregunté y protesté.

Cambió de registro y comenzó con lo que se adivinaba una selección de temas de películas. Levanté el pulgar y me dirigí a la cocina para despedirme del combo tropical que se desenvolvía entre sartenes y cacerolas.

—¿Qué quiere para desayunar? —me preguntó Fermín—. Hoy se puede elegir.

Vaya, no sabía si pedirme la tostadita con *pantumaca,* como la han bautizado por estas latitudes. Ni hablar.

—Un plato de callos con tintorro —aullé cual valquiria wagneriana.

Llegó Marisa, muy mona ella, con traje chaqueta verde olivo.

—Marisa, cariño, parece que lleves uniforme militar. ¿No te has enfundado demasiado seria para viajar tan lejos?

—Voy solo hasta Puertollano, para ver a parte de la familia.

—¡Oh! ¿Hermanos?

—Mi hermana pequeña, una de las cinco que tengo.

—¡Sopla!

—También tengo cuatro hermanos.

—¡Resopla! Entre hermanos y niños en clase estás bien rodeada de amor, para qué quieres más.

Se rio y, al mismo tiempo, hábil que era ella, pidió un esponjoso pincho de tortilla con un par de croquetas. Esa era mi niña.

—Estoy muerta de hambre. —La voz astral de una Isabel hambrienta se abría paso—. ¿Qué hay para comer?

—¿Habéis dormido…, eso, así juntitas las dos?

—Y a ti qué te importa. Lo que quiero es comer.

Se fue a la cocina a saludar al personal y dejó encargada la comanda a Fermín.

Llegaron los músicos del Titanic caminando sobre las aguas, para

terminar invadiendo la mesa como el día anterior.

—Esto parece el metro en hora punta —protestó Asunción.

—¿Y tú qué sabes de hora punta, si no tenéis metro en Santander?

—Vamos a llevarnos bien o te robo los callos, mamón —me espetó intentando sentarse en mis rodillas—. Déjame un hueco, que aquí ya no queda espacio.

Qué narices había hecho yo para ser agasajado de aquellas formas y maneras por aquellas ninfas cincuentonas. Eso de la edad que quede entre nosotros.

Isabel me masajeó los hombros muy esotéricamente.

—¿Qué vamos a hacer sin ti? —me susurró—. Seremos pasto de los lobos.

—Menos lobos, Caperucita.

Terminé los callos y me largué a por mi whisky matinal. Me di cuenta de que las mesas estaban casi completas y yo no me había percatado de que el grueso del ejército había tomado posiciones. Alejandro me siguió hasta mi retiro espiritual.

—Pensador —me abordó—, ¿qué te ha pasado en este viaje?

—No sé, esperaba que me lo dijeras tú.

—Yo nunca espero nada, por eso me sorprende todo lo que voy encontrando a mi paso. Nunca sé lo que hay a la vuelta de la esquina, pero no me da miedo descubrirlo.

Llené dos vasos porque quería un trago largo y confiaba en que mi visitante también.

—Ha sido muy agradable tu…, vuestra compañía. Creo que el viaje ha sido muy provechoso para todos.

—¿Todos?

—Nuestro grupo, quiero decir. Los demás van a seguir viviendo en su mundo estéril, de verdades inútiles, recubiertas por una arrogancia enfermiza. Este mundo es una frutería: hay fruta verde que debes esperar a que madure y otra que está pocha, tirando a podrida; hay que saber elegir.

—¿Y nosotros?

—Preguntas demasiado —respondí con lingotazo incluido—. Los chavales encontrarán su lugar en el mundo musical y las chicas han dado un paso que amenazaban con dar desde hace tiempo. Bueno, Marisa tiene las cosas claras desde que hizo la primera comunión.

—Me has dejado fuera del grupo.

—Tienes más tiros pegados que la escopeta de Davy Crockett, así que ya estás granadillo, menda. Y tú, ¿qué opinas de mí?

—Que tienes más tiros pegados que la carabina de Ambrosio, prenda.

—*Tontolculo*.

—Mamón.

Nos dimos la mano y nos pasamos los teléfonos. Regresamos junto al pentagrama en sol mayor.

Abracé a los «Eu», los músicos, con un sostenido a la escala completa. Repartí castos besos a las tres ninfas de la naturaleza y achuché con un abrazo al trío de tres conjuntamente.

—Os echaré de menos.

Pasé por el salón contiguo, donde poco a poco se habían reunido las inaccesibles vías paralelas, al menos para mí. Cada perro que se lama su capullo. Me los quedé mirando sin abrir la boca y ellos me devolvieron una mirada llena de desprecio, suficiencia, arrogancia, conmiseración, asco, indignación, rencor *and many, many others*. Pues bueno, pues vale, pues me alegro. Adiós, muy buenas.

Me encontré a Friedrich en el pasillo, muy compuesto él y con un amago de sonrisa en los labios.

—Ha sido un placer atenderle, señor.

Sin mediar palabra, le tendí la mano y, al estrechármela, lo atraje hacia mí y lo abracé. Se lo había ganado, él y el resto del equipo.

—Gracias, filósofo.

—Ese era mi bisabuelo. —Omitió el *señor*, cosa de agradecer.

—Algo se te ha contagiado, barbián.

—Por cierto, encima de la cama he depositado tres sobres, de parte de las mujeres de «su grupo» —puntualizó. Buen ojo tenía—. Me he tomado la licencia de invadir el compartimento.

Le guiñé un ojo y me colé en mi cubículo. Encontré las misivas sobre la cama sin hacer. No quería abrirlas porque no esperaba nada inmediato.

Hice las maletas como un autómata, sin prisas pero sin pausas. Podía escuchar ajetreo en el pasillo y esperé a que la bulla se extinguiera para salir.

El cabo del escuadrón estaba en el andén, despidiendo a los elementos del safari y, gracias al poco equipaje que llevaba, salí antes que nadie. Nos despedimos, aunque no habíamos tenido tanto roce como con sus muchachos, así que me despedí de Carlos y Fermín; Gonzalo no estaba. Me despedí de ellos y le dije a Fermín que saludara a su padre de mi parte. Caminé por una vía muerta que parecía no querer acabar nunca. Las paralelas no convergían, todo era presente y presente. No quería pensar en el futuro.

P. D.

Sí, yo había llegado con cuatro horas de retraso porque el tren, mi tren, estaba en la estación. Es el tren que llega a Innisfree en *El hombre tranquilo* el que llega con cuatro horas de retraso. Le propusieron a John Ford que cogiera la entrada del tren desde las alturas, a lo que respondió: «Cuando ves llegar un tren, lo ves desde el andén, ¿no?». Pues eso, todo llano y sencillo. Como el comentario de los Borgia, también de la misma película, comentario que repito porque siempre me ha hecho gracia.

Por cierto, todo eso lo pensaba camino de la comisaría, ya que había recibido una llamada diciéndome que habían localizado a los familiares de Antonio, unos sobrinos que estaban interesados en conocerme; pues eso, encantado y mucho gusto, pero yo esperaba que no me hicieran preguntas indiscretas.

Me recibió el agente u oficial del día anterior y pronto me llevó ante dos parejas con un par de niños que miraban todo lo que tenían alrededor para magnificarlo cuando se lo contaran a sus *amiguetes*.

El matrimonio mayor era el del sobrino directo de Antonio porque su padre, el hermano de mi fantasma, estaba criando malvas desde hacía diez años. Pronto se iban a volver a ver las caras. Bueno, eso esperaba, porque mi aparición favorita estaba por la sala olisqueando a todo bicho viviente.

El matrimonio más joven, hija ella del sobrino, y que había venido con los churumbeles, pues más de lo mismo: que si gracias por todo decían unos, que si siempre habían sabido que todo había sido una maquinación de aquella bruja y que qué alegría porque ahora podrían preguntar dónde estaba su tumba para quitarle el polvo y llevarle flores. Nunca es tarde para tener un detalle.

Antonio levantó los hombros y salió de la habitación, no sin antes dejar huella de su paso por la sala y por el mundo con un buen reguero de mocos y babas.

Me invitaron a una cervecita, detalle que decliné con la excusa de que tenía que coger el tren. Venga, adiós y muy buenas.

Salí al paseo del Prado, la verdad es que un poco triste porque la familia se había mostrado bastante parca en cariñitos para con su tío; claro que tampoco habían tenido roce con él, pero, bueno, igual ahora su tumba se convertía en un lugar de peregrinación y de culto, aunque molaba más como asesino y suicida. Igual por mala persona lo habían

enterrado en el pabellón de los proscritos o sus huesos estaban perdidos por cualquier fosa séptica. En fin, con su pan se lo coman. Salí y busqué un banco solitario donde sentarme; lo encontré y caí rendido; después de todo, un montón de kilómetros pesaban sobre mis espaldas, aunque los hubiese hecho *locomotoramente* hablando. Vi una sombra que se sentaba junto a mí. No, por favor. ¡Ah, bueno! Era Antonio.

—Qué mal rollo, tío, ni te han pedido un autógrafo. Claro, que hoy en día hubiesen preferido hacerse un selfi contigo, porque esto ha cambiado mucho desde que nos dejaste; bueno, esto, desde que sepultaron tu cuerpo, que, por cierto, esos mendas no saben ni dónde para. No sé si tú tendrás intenciones de hacer una visita a tus huesos.

La gente pasaba arriba y abajo con la prisa habitual de las grandes ciudades; incluso los turistas, después de la foto o el selfi de rigor, desaparecían con insólita rapidez.

Algunos ciudadanos de a pie me miraban, lo cual indicaba que estaría soltando por mi boquita todas las peroratas que se me ocurrían a mi vaporoso amigo, compañero y casi familiar lejano. Los locos de ese tipo pasan desapercibidos sobre el asfalto entre los locos silenciosos.

—Te veo triste —comenté a mi fantasma preferido—. Quizá te dé reparo dar el paso a eso de la eternidad, que, por cierto, algunos, si tienen que cargar con su gilipollez por los siglos de los siglos, lo tienen claro; por eso me inclino más a creer en eso de la reencarnación, que te sirve para ir aprobando asignaturas en cada viaje. ¿Cómo lo ves?

Por unos momentos sentí una brisa cálida que me acariciaba el rostro y vi como mi compañero alzaba la cabeza y ¡sonreía! Se levantó con la mirada fija en un punto y, volviéndose hacia mí, me tendió la mano. Dudé unos instantes por si me la llenaba de babas, pero se la estreché, contagiándome de un calorcillo muy agradable. Se volvió y comenzó a caminar hasta que su cuerpo fue diluyéndose poco a poco. Estaba claro que le habían abierto las puertas ¿del cielo? Esperemos.

Abrí mi maleta y saqué los tres sobres que había encontrado en mi compartimento.

Marisa me daba su dirección y la de su colegio (tentado estaba de recibir clases suyas). Un teléfono y un dibujo con un corazón atravesado por una flecha con nuestros nombres.

Esa era mi Marisa.

Isabel pasaba de dirección (a saber si abandonaba el hogar conyugal). Me dejaba su número de teléfono y había un pequeño texto: «Gracias por todo, te quiero… como a un hermano. Un beso».

Bien por la chica y su sinceridad.

Asunción me dejaba su número de teléfono y la dirección de su galería de arte. Se había pintado bien los morros y había estampado sus labios sobre la hoja de papel junto a un texto: «Bailar contigo me ha sabido a poco. Te esperaré, pero no te creas que mucho tiempo. Un beso».

A mí también me había sabido a poco.

Suspiré y sentí como una sonrisa de felicidad nacía en mis labios. Sonó el móvil.

Era Alejandro, que, después de insultos y cachondeo, me invitó a ir a tomar algo por la noche con los chicos de Chueca. Confiaba en aclarar lo de sus fantasmas y que me trajera algún libro. Quedamos a una hora y me fui a pinchar algo para comer; en Madrid no te mueres de hambre.

Entrantes
Revuelto de ajetes
Primer plato
Mollejas
Segundo plato
Callos
Postre
Café y copa
Vino
D. O. Madrid

Qui canta en la taula i menja en el llit no té l'enteniment complit. Es decir: quien canta en la mesa y come en la cama no está en sus cabales. ¿No?

¿Qué estará comiendo mi ex en Irlanda?

Eché de menos a Carlos y a Fermín.

Recordé con afecto a Friedrich y Gonzalo.

Eché de menos a las chicas.

Me encantó mi primera escapada de soltero.

Y la nave va.

a - *El nombre de la rosa*
b - *El hombre tranquilo*
c - *Con faldas y a lo loco*
d - Personaje de *El retorno del Jedi*
e - *Hasta que llegó su hora*
f - *Plácido*
g - *Tango. La maté porque era mía*

1 - A la mesa y a la cama, a la primera llamada.
2 - Joaquín Díaz sostiene que el término *Pucela* viene por la exclusividad que tuvo Valladolid con los cementos de Pozuoli al ser la ciudad desde donde se distribuían los portes.
3 - Canción de Paul Anka. *Put your head on my shoulder.*
4 - La mujer de Franco siempre aparecía adornada con collares de perlas.
5 - Ralph Waldo Emerson. Del ensayo *Confianza en uno mismo*.

Nota: Ya sé que existe la diferencia de un día en cuanto a fechas, porque en 2020 el 13 de abril caía en lunes, pero, por cuestiones de citas y efemérides, lo he estructurado de tal guisa. Pero ha muerto Aute.